

ATENUEA

1930

62-65

BPH

Ateneea

— Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes — —

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

- Romain Rolland. *El despertar nacional de la India y sus impulsores.*
 Fernando Santiván. *El tacho de don Banderas. (Cuento.)*
 Manuel A. Seoane. *Naturaleza económica del imperialismo norteamericano. I.*
 Carlos Keller R. *Primavera en el Valle Central.*
 Luis Silva Fuentes. *La organización universitaria argentina.*
 Domingo Melfi. *Panorama universal. La revisión después de la guerra.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Francisco García Calderón. *España docente.*
 José Vasconcelos. *Individualismo pero no incapacidad.*
 Magdalena Petit. *El estilo y la composición en la obra de Marcel Proust.*
 Manuel Ugarte. *La doctrina Monroe.*
 José Manuel Sánchez. *Sentido plástico de nuestra cultura.*
 Marta Vergara. *París y el centenario del romanticismo.*
 Manuel Rojas. *Orientaciones del arquitecto.*
 F. Ortúzar Vial. *Glosa del individualismo español.*
 Alfa. *Crónica de espectáculos.*

NOTAS Y DOCUMENTOS

LOS LIBROS:

Novela. *El Delator*, de Liam O'Flaherty, por Manuel Rojas.—*Le plan de l'aiguille, Les confessions de Dan Yack*, de Blaise Cendrars, por Ricardo A. Latcham.—*Los que teníamos doce años*, de Ernest Glaeser, por Manuel Rojas.—**Biografía.** *Byron et le besoin de la fatalité*, de Charles Du Bos, por Raúl Silva Castro.—*Los últimos años de Federico el Grande*, de Francisco Agramonte y Cortijo, por Carlos Keller.—**Crítica literaria.** *Literatura chilena con una antología contemporánea*, de Samuel A. Lillo, por Ricardo A. Latcham.—**Historia.** *Estado actual de la prehistoria ecuatoriana*, de Max Uhle, por Carlos Keller.—**Ciencias Sociales.** *El ocaso de un régimen*, de Luis Araquistain, por F. Ortúzar Vial.

ATENEA

PUBLICARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS LOS SIGUIENTES
TRABAJOS:

CUENTOS

de Luis Durand, autor de *Tierra de pellines*,

de Manuel Rojas, autor de *Hombres del Sur* y *El delincuente*,

de Amanda Labarca H., autor de *La lámpara maravillosa*,

de Mariano Latorre, autor de *Cuna de Cóndores* y *Chilenos del mar*.

ARTICULOS

de Enrique Molina, Domingo Melfi, Ricardo A. Latcham, Januario Espinosa, Manuel Vega, F. Ortúzar Vial, Manuel Rojas, Roberto Meza Fuentes, Mariano Picón-Salas, Gabriela Mistral, Abel Valdés A., Marta Vergara, etc.

Entre los colaboradores extranjeros que contribuirán a la redacción figuran:

Panait Istrati, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Gonzalo de Reparaz, Martí Casanueva, J. Pérez Domenech, A. Habaru, etc.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Abril de 1930 — Núm. 62

Romain Rolland

EL DESPERTAR NACIONAL DE LA INDIA Y SUS IMPULSORES

EN vísperas del Congreso Nacional hindú (1), que resolverá en el próximo mes la cuestión de la independencia de la India y de su autonomía o *self-government*, no deja de ser interesante para el Occidente conocer las fuerzas espirituales que han contribuido a este grande e inesperado despertar de un pueblo al que Europa se obstinaba en creer aletargado en una pasividad secular.

En la primera fila de esas fuerzas cuento yo el ardoroso espíritu del héroe, cuya rápida y asombrosa carrera he descrito ya en otras ocasiones: Vivekananda (1863-1902) (2).

El universalismo de su pensamiento religioso, que

(1) Téngase en cuenta que este artículo fué escrito por Rolland en Noviembre de 1929.

(2) Véase: *Europe*, números del 15 de Marzo, 15 de Abril, 15 de Mayo, 15 de Agosto de 1929: *Un héroe de la nueva India: Vivekananda*.

aspiraba a la cooperación de todas las razas de la tierra, puestas al servicio de la realización de la unidad humana, no había nunca perdido de vista la acción inmediata y el deber de la hora presente. El primero de todos los deberes creía como Tolstoi, a quien no conocía siquiera, que era el deber con respecto a su prójimo más inmediato, a su pueblo. A través de toda la vida de Vivekananda se oye el gemido de la India, que se ha encarnado en él. Su alma universal ahondaba sus raíces en esta tierra humana; y el más insignificante sufrimiento de esta carne muda venía a repercutir en todo el árbol.

En una nación que está formada de cien naciones diferentes y donde cada nación dividida y sub-dividida en castas y sub-castas, en sectas y en religiones, se asemeja a uno de esos enfermos cuya sangre no puede coagular por ser demasiado líquida, él era la unidad viviente y buscaba la unidad. La unidad de pensamiento. La unidad de acción. Y su mayor mérito no fué ciertamente el demostrar esta unidad hindú por medio de razonamientos, sino el de grabarla en el corazón, a fuerza de relámpagos de luz. Poseía el genio de las palabras luminosas, de las palabras fulgurantes que brotan como chispas del fondo del alma y atraviesan millones y millones de hombres. Jamás palabra alguna ha producido en la India una conmoción semejante a las de aquella célebre frase: *Daridra-Narayana* (el dios mendigo)... *El único Dios que existe, el único Dios en quien creo... mi Dios son los miserables, mi Dios son los pobres de todas las razas...* Puede decirse que desde entonces cambió el destino de la India.

En todos los actos más significativos de la India puede encontrarse durante estos últimos veinte años la huella, la viva cicatriz (lanzazo aplicado al corazón del Hijo del Hombre crucificado). Cuando el partido *Swarajaste* del Congreso Nacional de la India (cuerpo

meramente político) conquistó el Concejo Municipal de Calcuta, se trazó un programa de trabajo comunal, al que se llamó programa *Daridra Narayana*. Y la frase deslumbrante, repetida por Gandhi, se ha empleado constantemente con éxito asombroso. Se había logrado enlazar de un solo golpe la contemplación religiosa y el servicio de las clases inferiores. Vivekananda identificaba ambas cosas. «Y rodeaba ese servicio de una aureola divina elevándolo a la dignidad de una religión.» Aquella idea se apoderó completamente del espíritu hindú; y se multiplicaron con tal motivo por todo el país las obras de socorro para el hambre, las inundaciones, el incendio, las epidemias, obras que eran casi en absoluto desconocidas treinta años antes. El milagro lo llevaron a efecto los Sevashramas y los Sevassamitis (las casas de retiro y las sociedades de servicio social).

Se había dado una gran lección al egoísmo de la fe que rumia. Y repercutió la palabra, la ruda palabra del dulce Ramakrishna, que decía: «No se ha hecho la religión para los estómagos vacíos. . . » Si se quiere despertar en el corazón del pueblo la espiritualidad, es necesario antes que nada darle de comer. Y no creáis que basta proporcionarle el alimento: hay que enseñarle a procurárselo, hay que enseñarle a trabajar. Hay que proporcionarle instrucción y medios.

Hay aquí todo un programa de reformas sociales, aun manteniéndose, como lo quería Vivekananda, aparte de todos los partidos políticos. Y se encuentra aquí, por último, la solución del conflicto milenario hindú entre la vida espiritual y la vida de acción. El servicio de los pobres no solamente servía a los pobres sino que servía mejor aún a sus mismos servidores. Se cumplía el antiguo adagio: «El que da, recibe.» Si se efectúa el servicio con verdadero espíritu de adoración, viene a constituir el medio más eficaz del progreso espiritual. Porque

siendo el hombre el símbolo más elevado de Dios, su culto ha de ser la más elevada forma de culto sobre la tierra (1). ¡Comenzad por dar vuestra vida para salvar la vida de los que mueren; he ahí la esencia de la religión! (2).

De este modo sacaba a la India de las movedizas arenas de la estéril especulación en que se iba hundiendo desde hacía siglos, la mano misma de uno de los más grandes Sannyasins; y todo el caudal de agua del misticismo que dormía por debajo, buscó su salida a borbotones, desbordándose en acción. El Occidente, si hubiera sido mejor advertido, habría podido desde hace treinta años prever las energías que consumiría esta acción.



Ocurrió la primera explosión tres años después de la muerte de Vivekananda. Considero de utilidad para mis lectores hacer una síntesis histórica del tempestuoso período que separa esta muerte del advenimiento de Gandhi a la dirección moral de su país.

Se conocerá así mejor la posición de uno y otro jefe—los dos Jueces de Israel—y se comprenderá la continuidad de su acción.

El movimiento nacionalista hindú, preparado desde hace mucho tiempo y cuya llama se había despertado al soplo vivificador de Vivekananda, estalló violentamente en 1905 (3). La causa de este estallido fué

(1) Palabras del abad de la orden de Ramakrishna, Shivananda, en su Mensaje presidencial de 1926.

(2) Palabras de Vivekananda durante el hambre de 1899. A un pandit que fué a visitarlo y se lamentaba de no poder hablar con él de religión, le contestó: «Mientras haya en mi tierra aun cuando sólo sea un perro hambriento, mi única religión será el alimentarlo.»

(3) Consúltese la obra de uno de los jefes más inteligentes y enérgicos del nacionalismo hindú, que acaba de caer víctima de su causa. Lajpat Rai, amigo de Gandhi, al que tengo el honor de haber conocido: *La India moderna, el Movimiento Nacionalista*. Nueva York, Huebsch, 1917.

la división que hizo lord Curzon de la vieja provincia de Bengala (1) en dos circunscripciones, una de las cuales, la Bengala Oriental, estaba unida al Assam. Fué aquella una manera de dar un golpe de muerte al corazón y al cerebro de la India, la provincia más vital, la provincia que la dominación inglesa temía más porque era la más comprensiva y la más apegada al pasado glorioso de la raza. Y así lo comprendió toda Bengala. Antes de que fuera puesta en práctica la medida, resolvieron todos los jefes bengaleses el 7 de Agosto de 1905 declarar el boicoteo general a las mercaderías británicas, como un medio de protesta. Esta resolución de los jefes fué obedecida y secundada con entusiasmo. Al grito de «Swadeshi» (2) se pusieron contra los productos ingleses las mercaderías manufacturadas en la India. Se resolvió además fundar una Universidad nacional.

Lord Curzon no se preocupó de nada de esto. Y el 16 de Octubre quedó Bengala oficialmente dividida. Se sublevó la provincia. En el espacio de pocos meses cambió radicalmente la faz del país. La prensa, la tribuna, los templos, los teatros, la literatura, todo se hizo nacional. Por todas partes se oía el canto que pronto se hizo célebre, de «Bandé mataram» (*Salud, Madre Patria*). G. K. Gokhale, el miembro del Congreso Nacional hindú (3) que gozaba junto con el Presidente Dadabhai de una autoridad indiscutible y cuya

(1) René Grousset hizo resaltar el papel nefasto (y providencial) de lord Curzon. Fué el mismo que ideó el aplastamiento de Rusia por el Japón. Y la victoria del Japón tuvo una repercusión inmensa sobre toda el Asia. La Revolución rusa de 1905 no fué más que una segunda lección en realidad que enseñó el terrorismo a la India.

(2) Swa: propio; desha: país. Swadeshi: propio del país, lo que se produce o fabrica en el país, los productos indígenas.

(3) El Congreso Nacional Hindú se reunió por primera vez en 1885. Hasta 1900 preponderaron en él los elementos moderados leales, del tinte de Dadabhai Naoroji. En los años sucesivos se entabló una ruda lucha entre los dos bandos, el radical y el moderado. Desde Diciembre de 1907 fué el radical Tilak el verdadero caudillo de la opinión hindú (1855-1920) y este convocó abiertamente a la Revolución nacional. En mi obra *Vida de Mahatma Gandhi* se encontrarán algunos datos sobre Dadabhai, Gokhale y Tilak.

influencia sobre Gandhi fué más tarde respetuosamente reconocida por éste, organizó The Servants of India Society (la Sociedad de Servidores de la India) con el fin de formar misioneros nacionales para el servicio de la India.

Sonó entonces la gran hora histórica—demasiado olvidada—de Rabindranath Tagore, que marcó el punto culminante de su acción política y de su popularidad. Condenó la timidez del Congreso, que «mendigaba» una Constitución a los amos ingleses y proclamó con toda audacia el Swaraj (1) (el Home Rule o la Autonomía) simulando desconocer el gobierno británico y tratando a todo trance de implantar el de la nación indiana. Orador infatigable, hacía resonar por todas partes su voz elocuente, de la que por desgracia han llegado hasta nosotros muy escasos ecos porque la mayor parte de sus discursos eran improvisados y se han conservado muy pocos (2). Creó poemas y cantos nacionales, que al punto se hacían populares y circulaban de boca en boca entre la apasionada juventud. Por último, se esforzó por desarrollar las industrias indígenas y la educación nacional, a la que consagró todos sus recursos y energías individuales. Pero cuando el movimiento de independencia adquirió un carácter violento, el poeta tuvo que separarse y se retiró a Santiniketan. Fué desde aquel momento un hombre al agua, un jefe perdido (*lost leader*): y los nacionalistas de la India no le perdonaron jamás aquella deserción.

Otra personalidad, la más alta después de él, que hizo destacarse este movimiento de independencia, fué su joven amigo Aurobindo Ghose. Este fué el verdadero heredero intelectual de Vivekananda. Acababa de perfeccionar su educación brillantemente en

(1) Swa: propio; raj: gobierno. Swaraj: autonomía.

(2) Los pocos que nos quedan fueron publicados recientemente en un folleto: *Greater India*. Ganeshan, Madras.

Inglaterra, en la Universidad de Cambridge. Gran literato, imbuido en toda la cultura clásica europea, estaba al servicio del Maharajá de Baroda. Dejó, pues, un puesto bien rentado para aceptar en condiciones muy modestas el cargo de Director del Colegio Nacional de Calcuta. Se propuso allí forjar al carácter de la juventud de Bengala enlazando estrechamente la educación con la religión, con la política y con la vida nacional.

Bajo su impulso, junto con el de Tagore, se fundaron colegios y escuelas nacionales contra lord Curzon. Por todas partes empezaron a surgir sociedades y gimnasios donde los jóvenes bengaleses se ejercitaban en los deportes y en la esgrima, para responder así a las críticas injuriosas de los escritores ingleses, desde Macaulay hasta Kipling. Mantenían la agitación infinidad de periódicos en bengalés y en inglés, inspirados todos ellos por Aurobindo y sus secuaces y amigos.

Como prosiguiese el boicoteo, mandó Lord Curzon tropas a Barisal, a la Bengala oriental. A pesar de la violencia del lenguaje, la India no salió de la resistencia pasiva hasta 1907. Los patriotas se dejaban encarcelar y perseguir entre los gritos de aclamación de la nación, pero sin acudir al combate. Fué la repentina deportación de Lajpat Rai, sin acusación ni juicio previo, la que aplicó la mecha a la pólvora en Mayo de 1907. En Diciembre de aquel mismo año se disparó el primer tiro de fusil y en Mayo de 1908 se lanzó la primera bomba. Tres veces fué asaltado el teniente-gobernador de Bengala. Lord Minto, nuevo Virrey de la India, era atacado en Noviembre de 1909, en Ahmedabad. En Londres se asesinaba al secretario político de Lord Morley, Ministro de Estado. Se multiplicaron las huelgas, los boicoteos, los asaltos y saqueos de depósitos de armas, las destrucciones de vías férreas, los atentados de todas clases. El gobierno británico redobló su violencia. En el trascurso de pocos meses

fueron encarcelados todos los jefes nacionalistas. Aurobindo fué perseguido por conspirador. Tilak condenado a seis años de deportación a Birmania. Los años de 1908 y 1909 pasaron en medio de transportes de verdadera fiebre. Los dos años siguientes indicaron una calma engañosa: el rey Jorge V llegó a la India en Diciembre de 1911 y su llegada pareció tranquilizar los ánimos con el restablecimiento de la unidad administrativa de Bengala. Pero en Diciembre de 1912 un nuevo atentado más grave que los anteriores, vino a saludar la entrada a la India del nuevo virrey Lord Hardinge, al llegar a la antigua y nueva capital de Bengala, Delhi. Lord Hardinge fué herido, perecieron muchos miembros de su comitiva y el asesino pudo esquivar el castigo de la ley y burlar las pesquisas que se hicieron para descubrirle, a pesar de las sumas fabulosas que se ofrecieron para recompensar al que le delatara o entregara. Durante los años de 1912 y 1913 estuvieron los movimientos revolucionarios en plena actividad. Vino a calmarlos la guerra mundial, que trajo como consecuencia un acercamiento calculado, pero poco sincero, del gobierno del Imperio a la India, que bajo la acción incipiente de Gandhi, que regresaba del Africa del Sur, creyó demasiado en sus promesas. Sabida es la desilusión que se siguió y el poderoso movimiento de resistencia pasiva que inauguró Gandhi (1).

Pero ved aquí los elementos del pensamiento religioso asociados al despertar nacional, que constituyeron los fermentos de ese movimiento, durante el período anterior a 1914, según las concienzudas informaciones de Lajpat Rai, que fué uno de los principales jefes que lo impulsaron.

Fuesen cuales fuesen los partidos nacionalistas—ya preconizados los medios de terror, o la rebelión

(1) No recuerdo bien en este momento. Remito al lector a mi *Vida de Mahatma Gandhi*.

organizada, o la preparación paciente y constructiva de un Home Rule hindú—en todos ellos había representantes de las grandes asociaciones religiosas: Aryasamaj, Brahmosamaj, Ramakrishna Mission, discípulos de Kali, o Neo-Vedantistas, o deístas o teístas. Todos creían que su primera obligación era el culto a la Patria, la Madre Patria, símbolo de la Madre Suprema del universo. Y ved aquí uno de los fenómenos más asombrosos de la inmensa marejada de nacionalismo que se desbordó sobre la humanidad entera, en los diez años que precedieron a la guerra mundial. Hay quienes han pretendido puerilmente atribuir este fenómeno a causas individuales o locales, siendo que fué, sin género alguno de duda para quien abraza los acontecimientos en conjunto, una misma hora de crecimiento febril del mismo árbol gigante de la humanidad. Pero es natural que nuestras pobres inteligencias hayan atribuído en cada nación el magno acontecimiento a hechos aislados, de limitación egoísta, no reconociendo que se trataba de hechos de significación mundial.

Nada sobrecoge tanto como contemplar en la India esa llama de alucinación religiosa colectiva, que prende en trescientos millones de hombres y toma instantáneamente la forma de la Patria. La India Madre, que canta en su Marsellesa hindú Bankim Chandra, el Rouget de Lisle de Bengala, es la Madre, Kali, reencarnada en el cuerpo de la nación.

Fácilmente se comprende que el neo-vedantismo de Vivekananda, que engrandecía las potencias del alma y su unión esencial con Dios, fuese como alcohol encendido derramado sobre la nación delirante.

A estas dos clases—dice solemnemente Lajpat Rai—, a los Vedantistas y a los adoradores de la Madre, pertenecían la inmensa mayoría de los nacionalistas de Bengala.

La pureza de sus creencias, su desinterés personal, no eran sin embargo un freno para las más extremas violencias de su acción política. Por el contrario: sus violencias se consideraban santificadas. Siempre sucede lo mismo cuando la religión se une con la acción política.

Todas las libertades individuales de pensamiento y de acción se permitían en la lucha, por la sencilla razón de que los salvadores de la nación estaban, como el fakir y el sannyasin, por encima de toda ley.

Pero ¿cómo asombrarnos de que el nombre de Vivekananda pudiera sinceramente mezclarse en estas violencias políticas—a despecho de su condena formal de toda política—cuando vemos entre los asesinos políticos a «brahmos» que pertenecen al Brahmosamaj, iglesia de la razón y del teísmo moderado?...

No andaba, pues, descaminado el gobierno británico cuando vigilaba de cerca, durante este período, las organizaciones religiosas, aun cuando la dirección oficial de estas organizaciones se oponía a la violencia y trabajaba por la evolución lenta y legal de la nación hacia el objetivo común a todos: la independencia de la India.



¿Qué papel desempeñó en estos días la orden que representaba en la India el pensamiento de Vivekananda? La *Ramakrishna Mission* (1), fiel a la doctrina aunque no al carácter del impetuoso profeta, se negó

(1) Fundada en 1897 por Vivekananda, la *Ramakrishna Mission* contaba con un estatuto legal desde 1899, pero su organización no quedó completa ni fué reconocida oficialmente hasta 1909. Esta tiene hoy unos quinientos monjes, 25 mil discípulos y varios millones de adherentes. Cuenta con más de 120 Instituciones y una docena de revistas tanto en inglés como en lenguas indígenas.

a participar en los disturbios políticos. Hasta creyó prudente suspender su obra de predicación en Calcuta, Dacca y en la Bengala Oriental, prosiguiendo no obstante sus actividades de caridad.

En 1908 tuvo que adoptar la norma de no recibir extranjeros de noche en sus hogares, porque imperaba el temor de que algunos abusasen de la hospitalidad que se les dispensaba y se valiesen de ella para preparar sus atentados. Se pudo comprobar por los interrogatorios de los presos políticos que más de uno, disfrazado bajo los hábitos de sannyasin, se había amparado bajo el nombre de la obra de Ramakrishna para llevar a cabo sus designios. A muchos de esos presos, al ser registrados, se les habían encontrado encima ejemplares de la *Gita* y de los libros de Vivekananda. El gobierno sometió a la Misión a un riguroso espionaje. La Misión prosiguió predicando su ideal de servicio social. Reprobaba públicamente el espíritu de venganza y de partido y llegaba hasta condenar el patriotismo egoísta de algunos, demostrando que éste llevaba finalmente a la degradación y a la ruina. Contestaba a la vez a las acusaciones de los patriotas y a las sospechas del gobierno con estas palabras de Vivekananda, que hacía grabar en las cubiertas de sus libros y folletos:

Los ideales nacionales de la India son el renunciamiento y el servicio. Tratad de encauzar vuestras obras en este sentido y todo lo demás vendrá por sí solo. (The national ideals of India are Renunciation and Service. Intensify her in those channels and the rest will take care of itself.)

A pesar de todo recrudecía la lucha. Conforme a la táctica ordinaria de comprometer, de grado o por fuerza, a todos los espíritus independientes, los agitadores revolucionarios empleaban, desnaturalizándolos, fragmentos de publicaciones religiosas o filosóficas de la Misión. Y a pesar de las declaraciones públicas de és-

ta en abril de 1914, el Comité de administración de Bengala acusó en un informe de 1915 a la Misión y sus fundadores de haber sido los primeros instigadores del nacionalismo hindú.

En 1916, el primer gobernador de Bengala, N. D. Carmichael, que a pesar de todo simpatizaba con la obra de Ramakrishna, dijo públicamente que los terroristas se hacían miembros de la orden para conseguir con más facilidad sus fines.

No se necesitó más para disolver la Misión. Afortunadamente encontró ésta en las altas esferas amigos ingleses y americanos dispuestos a defenderla, y éstos apoyaron y aplaudieron calurosamente su defensa (un largo memorial) de 22 de enero de 1917. Había desaparecido el peligro.



Vemos que, lo mismo que Gandhi, la *Ramakrishna Mission* rechazaba absolutamente la violencia en política. Pero es digno de notarse que más de una vez se hayan cobijado bajo su amparo los violentos, a pesar de sus protestas, cosa que nunca han tenido la idea de hacer, según pienso, por Gandhi. Y sin embargo, los ramakrishnistas, más absolutos que Gandhi, o sea más papistas que el Papa, se negaban a todo compromiso no solamente con *cierta* política, sino con *toda* política.

Esta paradoja tiene en realidad el carácter individual, mejor diría aún, el temperamento peculiar de su maestro Vivekananda. Su natural fogoso y combativo de Kshatriya se conoce hasta en el renunciamiento y la Ahimsa (la no-resistencia).

Decía Vivekananda que el Vedante puede profesarlo ciertamente un cobarde, pero que no podría ponerlo en práctica

sino un corazón valiente y esforzado; es un alimento muy fuerte para estómagos débiles. Uno de sus ejemplos favoritos era que la doctrina de la no-resistencia suponía necesariamente (como primera condición) la capacidad y el poder de resistir, y el esfuerzo consciente de abstenerse de recurrir a la resistencia... Si un hombre fuerte, decía, se abstiene deliberadamente de emplear su fuerza contra un adversario débil o temerario, puede con justicia sostener que su acción obedece a móviles elevados. Pero si no tiene evidentemente fuerzas superiores o por lo menos iguales a las de su adversario, entonces la abstención de recurrir a la fuerza despertará naturalmente la sospecha de que hay cobardía. Decía Vivekananda que en esto estaba la esencia de los consejos dados por Krishna a Arjuna (en la Gita) (1).

Y en una conversación con Sister Nivedita, en 1898, decía:

Yo no predico más que los Upanishads, y en los Upanishads esta sola idea: la fuerza. En esta sola palabra reside la quinta-esencia de los Vedas y del Vedanta: la fuerza. Budha enseñaba la no-resistencia: «No haréis mal a nadie...» Opino que mi procedimiento es el mejor para enseñar la misma cosa. Porque detrás de esta «no-resistencia» (2) se escondía una terrible debilidad. Es la debilidad la que concibe la idea misma de la resistencia. Yo no pienso jamás en castigar o en evitar una burbuja de espuma. Eso para mí no significa nada. Pero para un mosquito podría ser muy grave... A mí me gustaría que sucediese lo mismo con toda ofensa. De la fuerza nace la falta de temor. Mi ideal sería el de aquel mártir asesinado en la revuelta, que no rompió el silencio cuando le estaban apuñaleando sino para gritar: ¿Eres tú? ¡Tú también!...

Reconocemos en el concepto gandhista una «no-resistencia» de nombre, que es en realidad la más viril de las resistencias, una no-aceptación que está

(1) Recuerdos del profesor G. S. Bhate M. A. (*Prabudha Bharata*). Vivekananda era entonces huésped de los padres de G. S. Bhate, en Belgaum, en su peregrinaje a través de la India.

(2) Al pie de la letra «no-injuria» (no hacer mal a nadie).

a la altura de los héroes espirituales. No hay en ella lugar para los cobardes (1).

Pero si en la práctica el ideal de acción gandhista es parecido al de Vivekananda, ¡a qué grado de apasionamiento es llevado en este último! En Gandhi todo es moderación, tranquilidad, constancia. En Vivekananda todo es paroxismo, orgullo, fe, amor. En cada una de sus palabras se siente arder el ascua del Atman, el Alma-Dios. Se comprende que el individualismo revolucionario, exaltado, se haya propuesto que estas ascuas sirvan para incendiar la sociedad. Ahí estaba el peligro que los sabios sucesores del gran Swami, encargados de su herencia, debieron muchas veces conjurar.

Y en tanto que la moderación tenaz de Ghandi, que no se desviaba jamás de la línea de acción previamente trazada, se mezclaba a la política e iba con ella a veces de la mano (la pasión heroica de Vivekananda Krishna en la batalla decía: «¡No!» a toda política), los ramakrishnistas se quedaban alejados de las campañas de Gandhi.

(1) Un temperamento de luchador como Vivekananda no habría podido llegar a este ideal heroico de la no-aceptación sin violencia, más que violentándose a sí mismo. Y a esto no se llega desde la primera tentativa. En 1898, antes de su peregrinaje a la caverna de Amarnath, que produjo en él una revolución moral, al preguntársele:

—¿Qué debemos hacer cuando vemos a los fuertes oprimir a los débiles?— contestó:

—Pues aporrear a los fuertes, naturalmente.

En otra ocasión dijo:

—Ni aun el perdón, cuando procede de la debilidad y de la pasividad, es sincero; vale más la lucha. Perdonad, si podéis, cuando queráis desencadenar legiones enteras de ángeles para vencer. (Es decir: Perdonad cuando seáis los más fuertes.)

Le preguntaron una vez:

—Swami, ¿se debe buscar la ocasión de morir en defensa de la justicia? ¿O se debe aprender a no resistir jamás?

Y replicó en el acto:

—No soy partidario de la resistencia.

Y al cabo de una larga pausa:

—Por lo menos en lo que respecta a los sannyasins.

Pero agregó después que «para el jefe de familia está permitida la defensa propia».

Podrá esto lamentarse, lo mismo que yo he lamentado no ver en los innumerables escritos de Gandhi y de sus discípulos el nombre, el ejemplo y las palabras de Vivekananda invocados más frecuentemente. Pero ambos movimientos, aunque independientes uno de otro y aunque siguieron cada cual un camino distinto, tienen el mismo valor para la consecución del fin apetecido. Se les encuentra juntos en las obras del servicio entre los que se dedican al bien público. Con diversa táctica, uno y otro van en pos del gran designio: la unidad nacional de toda la India. Uno con sus pacientes combates de la no-cooperación en pleno día, (acaba de coronarles la victoria, el año pasado en Bardeli); otro con su tranquila e irresistible cooperación universal. Yo tomaría como ejemplo la trágica cuestión de la invulnerabilidad. La *Mission Ramakrishna* no ha organizado contra ella una cruzada, como la organizó Gandhi; pero ha hecho algo mejor, la ha negado, de acuerdo con las palabras que acabo de citar de Vivekananda: «Es la debilidad la que concibe la idea misma de resistencia...»

Creemos—me escribía Swami Ashokananda—que un ataque de flanco será más eficaz que un ataque de frente. En todas nuestras fiestas invitamos a gentes de todas clases, creencias y razas, y todos se sientan juntos, hasta los cristianos, y comen juntos también. En nuestros Ashrams no hacemos ninguna distinción de castas, ni entre los residentes ni entre los visitantes. Ultimamente, en Trivandium, capital del reino hindú de Travancome, célebre por su extremada ortodoxia y su obstinada defensa de la invulnerabilidad, todas las castas brahmínicas y no brahmínicas se sentaron juntas para almorzar, con ocasión de la apertura de nuestro nuevo monasterio en esta ciudad; y no se produjo la más mínima protesta social. Por estos medios indirectos procuramos nosotros alejar el mal y somos de parecer que de este modo puede evitarse gran parte de la irritación y la oposición que en otra forma surgirían.

Más aún, mientras las grandes sectas hindúes, sumamente liberales, como la *Brahmosamaj*, la *Prathanasamaj*, atacaban de frente la ortodoxia y destrozando los puentes tras su marcha, se encontraban separadas de la masa popular y en parte rechazadas de la Iglesia Madre (1) para quien sus reformas son perdidas, la *Ramakrishna Mission* procura no perder nunca el contacto con la comunidad hindú; permanece siempre en el seno de la Iglesia y de la sociedad, llevando al mismo tiempo a cabo sus reformas en bien de la comunidad misma. No hay en ella nada de agresivo ni de violento. Procura no herir con actitudes de rigor protestante y aun cuando vaya armada de la razón evita desgarrar el universo con sus cismas. Su lema es mantenerse en la catolicidad de su religión pero con la razón por delante, una razón paciente y humanizada. Su ambición es llevar a efecto las reformas que desea, pero siempre desde dentro, nunca desde fuera de la comunidad.

Nuestro pensamiento—escribía en otra ocasión Ashokananda—es despertar la conciencia superior del hinduismo. Hecho esto, todas las reformas necesarias se harán automáticamente.

Los resultados ya adquiridos hablan en favor de esta táctica. Por ejemplo, la *Brahmosamaj* abogaba calurosamente por el mejoramiento de la condición de la mujer; se había a este respecto constituido en su caballeresco campeón. Pero las reformas que proponía para el caso eran demasiado radicales y sus procedimientos demasiado heterodoxos: puede decirse que asustaron a los hindúes.

Vivekananda decía que lo nuevo debe ser siempre un desarrollo de lo viejo y no su condena o su rechazo... Las insti-

(1) Entendemos por Iglesia la comunión de creencias. En otro sentido no existe propiamente en la India.

tuciones feministas de la Mission Ramakrishna, en Bengala, combinaban todo lo que hay mejor entre los hindúes y en el Occidente, y las nuevas teorías resultantes son consideradas hoy como modelos en lo que debe ser la educación de la mujer.

Igual cosa ha pasado en la cuestión del servicio de las clases inferiores. Ya hemos insistido en este terreno demasiado para volver a ocuparnos de ello. Los benéficos resultados de este espíritu conciliador que une lo nuevo con lo viejo, se han dejado ya sentir en el renacimiento de la cultura hindú, a la que han contribuído poderosamente otros elementos: en primer lugar, la gloriosa influencia de los Tagore y su escuela de Santiniketan. Pero no debemos olvidar que Vivekananda y su discípula predilecta de Occidente, Sister Nivedita, les había ya precedido. El gran impulso de la educación popular hindú puede asegurarse que data de la fecha del regreso de Vivekananda a Colombo en 1897. Vivekananda se indignaba de que apenas fuesen conocidas del pueblo y fueran sólo patrimonio de algunos pocos sabios las escrituras sagradas de la India, Upanishads, Gita, Vedanta, etc. Hoy día Bengala está materialmente inundada de traducciones de las Sagradas Escrituras indias en lengua indígena y de publicaciones que las comentan. Las escuelas de Ramakrishna se han encargado de su conocimiento y difusión en la India (1).

El mundo se encuentra frente a una India resucitada, cuyo cuerpo enorme, postrado, acostado sobre su inmensa península, extiende sus miembros y toma posesión de sus potencias desintegradas. Sea cual

(1) Y sin embargo (este es el rasgo más hermoso del movimiento Ramakrishna-Vivekananda) este renacimiento nacional no va acompañado, como sucede por lo general, de sentimientos de hostilidad o de superioridad respecto al extranjero.

Tiende la mano al Occidente. Los ramakrishnistas, que admiten occidentales no sólo en sus santuarios sino en sus clases (cosa inaudita en la India) y hasta en la orden sagrada de los sannyasins, han hecho considerar a todos como iguales.

sea la parte que en este despertar corresponde a la cohorte interminable de guías espirituales hindúes que han venido sucediéndose desde hace un siglo (saludemmos al más grande de todos, al genial precursor: Ram Mohun Roy [1]) la llamada decisiva ha sido la clarinada de los discursos de Vivekananda en Madras y Colombo.

¡La fe, la fe, la fe en nosotros mismos!... ¡Cabalgemos sobre esta fe!... ¡Que todos los otros Dioses vanos desaparezcan de nuestro espíritu! El único Dios que debe estar despierto en nosotros es nuestra propia raza. Extiéndanse por todas partes sus manos. Extiéndanse por todas partes sus pies, sus miembros, su cuerpo todo. Que todo lo cubra ese Dios y que duerman todos los demás Dioses... El primero de todos los cultos debe ser el de los hombres que nos rodean... Ahí están todos nuestros Dioses: los hombres, los que viven. Los primeros Dioses a quienes tenemos que servir, son nuestros compatriotas... (2).

La palabra de enlace, la mágica palabra fué la unidad...

... La grandiosa idea de la unidad espiritual del universo..., la realidad única e infinita, que existe en vosotros, en mí, en todos y en cada uno de nosotros..., la infinita unidad del alma, esta idea de que vosotros y yo no somos solamente hermanos, sino que vosotros y yo somos uno mismo...

Esta unidad esencial, que semeja un sol en el centro del Universo, se refleja en las mil facetas del espejo de la India viviente: unidad en cada hombre y en cada mujer de la India, unidad de todas las fuerzas del espíritu; en el sueño y en la acción, en la razón,

(1) Véase *Europe*, núm. del 15 de Diciembre de 1928: *La India en marcha*. Este artículo fué también publicado por *Atenea* en el curso del año 1929.

(2) Madras, Enero-Febrero, 1897: *Mi plan de campaña, El porvenir de la India*, etc. (Confróntese *Europe*, núm. del 15 de Mayo de 1929.)

en el amor y en el trabajo, la síntesis de los yogas (1); unidad en los cien pueblos de la India de cien lenguas diferentes, en la India de los cien mil Dioses y de un solo hogar religioso, en torno del cual se debe realizar y se realiza la reconstrucción nacional (2); unidad en las mil sectas del hinduismo (3); unidad en este pensamiento religioso oceánico, de todos los ríos del pasado que confluyen con los ríos del presente y de todos los ríos de Occidente con los del Oriente.

Pero en este encuentro de los dos mundos del espíritu, que no pretenda Europa imponer al Asia su supremacía. La nueva India ha levantado la cabeza desde su primer despertar con Ram Mohun Roy y el Brahmosamaj, que estaban fascinados aún con el espíritu de Europa; ha adquirido fieramente la conciencia de su fuerza. Hoy con Vivekananda rehusa su obediencia a la imperiosa civilización occidental, reivindica sus propios ideales, ha puesto la mano en la herencia milenaria que le legaron sus antepasados y no

(1) Todos los caminos del espíritu para llegar a la unidad esencial y unirse a ella. Vivekananda hace derivar la palabra yoga de la misma raíz sánscrita que la palabra inglesa yoke, yugo, tomada en el sentido de unir. El yoga es la unión con la unidad y los medios de realizarla. Sus formas son múltiples. Como se pretende que es capaz de influenciar a todos los hombres y estos se dividen esencialmente en tres tipos: activo, emotivo y reflexivo, el yoga es de tres clases principales: trabajo, amor y conocimiento (Karma Bhakti y Jnana) y los tres se apoyan en una energética, la ciencia de las fuerzas interiores, conscientes, controladas, dominadas: el Rajayoga. La novedad de Vivekananda está en que en lugar de atenerse a una sola de estas fuerzas o caminos, las abraza todas y pretende realizar la total armonía de la energía humana conquistando la unidad. Yo he dedicado al estudio de esta arquitectura espiritual un volumen titulado: *El Evangelio Universal de Vivekananda*.

(2) Vivekananda no ha dejado nunca de asegurar que el eje de la unidad indiana, o como él dice: «la tónica de todo el acorde», es la fuerza religiosa. En sus últimos momentos repetía siempre: *La India es inmortal a condición de que persista en su busca de Dios. Si abandona este ideal por otro cualquiera (político, social, artístico, etc.), perecerá*. El primer movimiento nacional hindú, el Swadeshi Movement, de que acabo de hablar, quiso cimentar su acción sobre esta base espiritual. Y el más eminente de sus jefes, Aurobindo Ghose, reivindicaba las ideas de Vivekananda.

(3) El descubrimiento y la declaración de la unidad del hinduismo (de acuerdo con los discursos de Colombo y de Almora) es una de las obras maestras, completamente moderna, de Vivekananda.

está dispuesta a sacrificar lo más mínimo. A pesar de todo, está dispuesta a beneficiar al resto del mundo y a recibir a su vez las conquistas del espíritu de Occidente. Ha pasado ya el tiempo de la preeminencia de una civilización incompleta y parcial. Asia, Europa, los dos colosos se miran frente a frente, de igual a igual, por la primera vez en la historia. ¡A trabajar juntas, si saben obrar con cordura! ¡Y a recoger todos el fruto de esta colaboración!

Exclusivo para *Atenea* en Chile. Traducción de Ramón Mondría.

EL TACHO DE DON BANDERAS

I

A mí' de ver en nenguna parte le priva mejor su máquina qu'en l'hijuela e on Mardones. . . Afíjese ustedé. . . Por el lao'el puelche, la trilla e lo Sanjuentes, lo Sandoval, lo Iribarra, lo Canuto, lo Aguilera, lo Ballestero, lo Sangüesa. Pa la travesía, la siembra mía y la' el rico Samaniego, qu'ese no tiene menos de quince cuairas; y el gringo «Pata e goma» y on Figueroa. . . Ese cae pa la máquina e on Zapata porque'stá pasao la subía e pieira. . .

—Güeno, qu'así sea. . . Pero le quea entuavía toa la indiá el sur: lo Calaqueo, lo Marinao, lo Pilque y hast'el indio guata e pipa de Peiro Astrosa.

—Esos güeñis no dan ñachi. . .

—Pero con too, no junta menos de setenta cuairas. No 'stá malo pa ilo pasando. . . Ustedé lo ha di ver, on Banderas.

—Ta bien, on Veloso. Yo me voy a venir a lo de Mardones; pero ustedes me traen la máquina con su bueyá. . . y me la degüelven a onde yo la pía. . .

—Clarito, pu, on Banderas.

—Compromiso.

—Compromiso.

Y los dos viejos colonos se dieron la mano. Conversaban en medio del camino que va bordeando el lago desde Villarrica hasta Pucón, caballeros en jamelgos de mala muerte; pero no por eso con menos empaque de grandes señores, con la gravedad de hombres que negocian intereses cuantiosos. Si se hubieran lavado alguna vez el rostro y las manos, si vistieran buenos trajes, nadie habría dejado de considerarlos como altivos fidalgos de la Vieja Castilla.

Era una mañanita de verano, clara y limpia. El lago en calma se adormecía en un ensueño azul, con leves estremecimientos de sus entrañas de virgen que presiente la llegada del amado. Se veía claramente la ribera opuesta en brusca ascensión a cerros boscosos y escarpados, oscuros de verdura, levemente tocados por una sonrisa purpúrea del sol.

Banderas torció su jamelgo hacia el Poniente y Veloso se perdió en dirección opuesta bajo la toldilla graciosa de un grupo de coigües y de boldos que se erguían cerca de la playa arenosa.

II

Los últimos gritos de los boteros se perdieron con sus ecos rudos en los bosques cercanos y el improvisado campamento comenzó a adquirir reposo.

Las siete yuntas de bueyes reunidos entre los colonos para traer el locomóvil, la trilladora y los aparejos de Banderas, formaban una mancha multicolor sobre una pequeña loma rubia de trigo recién cortado. Aun puestos al yugo, semejaban junto al motor un grupo de enormes flores movibles junto a la negra caparazón de un extraño animal prehistórico. Más allá, la trilladora pintada de rojo abría su boca de rana hacia los esqueletos de árboles grises y hacia el volcán enorme que cerraba todo el horizonte hacia el Oriente con sus laderas en la base azulosas, y su extremidad cubierta

de nieve coloreada de rosa y violeta por los últimos rayos del sol.

Banderas comenzó a instalar su campamento de trabajo. De una carreta sacó una treintena de tablas y tres postes; con ayuda de su hijo construyó una «ran-cha», especie de tienda de campaña de madera cuyas bocas se cierran, dejando una puerta delantera.

El hijo era un mozo pálido, blanco, de sedosa barba naciente, y grandes ojos melancólicos, muy oscuros.

—Apúrate, Inacio—díjole el viejo Banderas con sequedad al ver que el hijo, apoyado en la pala que había servido para hacer los hoyos de la ran-cha, quedábase mirando vagamente hacia el grupo de bueyes y al de la gente que descansaba debajo de un árbol.

—Vos siempre te andái queando p'al trabajo—agregó el padre, malhumorado.

—Mire—respondió el mozo con súbita animación—. Josefina se está viendo apurada con la descarga de las cosas. Voy a echarle una manito. . .

—¡Eso es! . . . respondió el viejo—¡Yo no soy nadien pa vos! . . . pero tu hermana, . . . tu hermana. . .

El mozo bajó la cabeza, vaciló un instante y en seguida salió en dirección a una de las carretas; allí estaba Josefina, atareada en bajar los cachivaches y algunos aperos de dormir.

Ignacio, en silencio, tomó de la carreta un saco de harina y luego un molinillo de hierro para el tostado; los colocó en el suelo, delicadamente.

—¿Pico leña?—inquirió, mirando furtivamente a la hermana.

Y sin esperar respuesta, fué en busca del hacha y atacó briosamente un tronco de roble seco que yacía a pocos pasos de allí. La joven se limitó a sonreírle, acariciándolo con sus rasgados ojos pardos. Quien no los conociera, los hubiera tomado por novios. . .

Era una belleza extraña en aquellos lugares la de

Josefina Banderas. Muy blanca, sólo ligeramente tostado el rostro por el sol, de facciones finas y rasgos de clásica corrección, tenía una envolvente caricia en sus grandes ojos, y su sonreír, a través de labios menudos y carnosos, era como una leve saeta lanzada por sus dientes blancos.

—Adios, señorita—gritáronle al pasar algunos de los boyeros que comenzaban a retirarse con su yuntas.

—¡Arre, Frutilla!...—gritaban otros—.¡Tiza, Jazmín!...

—¡Se agradece la compañía!—díjoles el viejo Banderas despidiéndose a voces.

—¡Cuando se le ofrezca, on Banderas!

Alguien preguntó, también a gritos:

—¿Y mañana podremos trillar?

El viejo Banderas, respondió:

—Para pasado, con más seguríá.

Se alejaron las voces rudas, agrias, indisciplinadas, y todo fué quedando en silencio en el improvisado campamento.

III

Tres días después, Banderas había terminado la instalación de sus máquinas.

Era una trilladora de vieja construcción, deteriorada por los años y por el descuido de sus propietarios. Seguramente en un tiempo fué una excelente máquina, de las primeras que la fábrica Pitts envió a la conquista de nuestra América atrasada; pero tenía sus cedazos gastados y de la dentadura quedábale apenas una que otra muela aportillada y caduca. A falta de buenos correajes, Banderas los había fabricado de cuero vacuno crudo; las maderas del forro, primitivamente pintadas de rojo, habían sido deslustradas por las lluvias y tenía tantos parches que más parecía un

inválido caduco envuelto en vendajes, compresas y toda clase de sostenes y apoyos.

Banderas, en mangas de camisa, sudoroso y pringado el rostro de negro aceite, hizo la última revisión general a la maquinaria, y en seguida dió la orden:

—Ya está, Inacio... ¡hácela andar!

Ignacio ejercía de fogonero. El motor, un locomóvil de seis caballos, era digno de la trilladora. Tenía el cañón remendado y torcido; la gruesa panza que contiene las tuberías del caldero había sido forrada con listones sujetos por alambres y daba la impresión de un animal que sujetase el abierto abdomen con faja de tablillas.

Ignacio hizo sonar el pito largamente. Era el aviso convenido con los cosecheros; un pitazo agudo que hería los tímpanos y que penetraba como culebrilla de fuego entre los esqueletos de árboles que circundaban el paisaje próximo como espesa cortina de torcidas lanzas, y que iba a taladrar, más lejos, bosques espesos y matorrales de maqui, para regresar en seguida en forma de eco, como fiera acorralada en el palenque y que busca afanosamente salida.

El motor comenzó su marcha con lentitud, resoplando vapor en blancas nubecillas. Púsose también en movimiento la trilladora que, chirriando, lamentándose, con estrépito de fierros, de latas desajustadas, de maderas que crujen, con tan convulsivo movimiento que parecía iba a desarmarse de improviso, para quedar allí, patas arriba, convertida en hacinamiento confuso de catástrofe.

Banderas observó un instante la marcha de su maquinaria con marcada complacencia, y decidió, al fin:

—'Ta güena... Para no má, Inacio. Ya podimo aprencipiar la trilla. Aura vamo a merendar y diay probamo la máquina con las carretas de on Mardones...

Y dirigiéndose a un grupo de hombres que deparían junto a sus carretas, fumando, y que observaban

la maquinaria de Banderas con socarrona cachaza, dijo:

—Atraquen carretas al cilindro, no má... mientras nosotros comimo...

—¿Y quien va'cilindriar?—preguntó un viejecillo de tez requemada, reseco como pellín antiguo. Era don Mardones, con más de cien años a cuestras, venerable tronco de numerosa descendencia.

—¡Vaya!... ¡Usté, pu, on Mardones!—dijo Banderas, con el ánimo alegre después de haber dado término a la instalación de su maquinaria.

Los presentes se echaron a reir; pero don Mardones no tomó a broma la proposición y, exclamó:

—Aunque tengo un deo escompuesto... claro que me alimo, no má...

Un hombre bizco, contrahecho, ceceoso, exclamó, dirigiéndose al grupo:

—Capaz ez, no má... Icen que el veterano ez caztizo... Zu última mujer ha tenío qu'echalo'el cuarto y lo hace alojar bajo los guindoz de la quinta porque no eja e cargoziarla...

—Ben haiga el mocito que no necesita peír ayuga e naiden p'arreglar sus negocios—exclamó un hombre de barba hirsuta, aludiendo, sin duda, al bizco ceceoso que tenía un compañero en casa que atendía a su mujer.

Los del grupo rieron ásperamente.

Banderas se dirigió a su rancho. Ya estaba en ella Ignacio, ayudando a la hermana en los menesteres de la cocina. Ella, complacida, lo dejaba hacer sin decir palabra.

—Pa eso sí que no tenís flojera—exclamó Banderas mirando de soslayo a su hijo—. Si parecís...

No concluyó la frase; pero su expresión estaba cargada de disgustos y de amenazas.

En el centro de la rancho ardía el fuego alegremente. En un ángulo, hechos un solo atado, sobre una baja ta-

rima de tablas, estaban los cueros y lamas que servían a la familia de lecho común, en esa despreocupada promiscuidad que impera en el bajo pueblo campesino. En otro rincón veíase la caja de herramientas, en donde el viejo guardaba con llave, además, un fajo de mugrientos papeles—escrituras, recibos de contribuciones, contratos de maderas—y el poco dinero que lograba retener en su vida de penurias y estrecheces.

Banderas abrió el tosco candado y levantó la tapa. Después de rebuscar preocupadamente entre los fierros mohosos, extrajo por fin un puñado de tuercas y pernos de distintos tamaños. Ignacio seguía los movimientos del padre y miraba con avidez codiciosa el interior de la caja.

—Esto me va servir pa' pretar los arneros—dijo Banderas, mostrando los fierrecillos.

—Pueda ser que ahora marche bien la máquina—observó Ignacio con desgano.

—¿Y por qué iba' andar mal?—interrogó el viejo con iracunda viveza.

El joven murmuró débilmente, como si temiera expresar en voz alta su pensamiento:

—Porque... nunca ha marchado bien...

—¿Nunca?... ¿Nunca?...—exclamó el viejo levantando la férrea cabeza, grande, huesosa, de frente testaruda. Sus ojos centelleaban; prosiguió con voz agresiva, áspera, atropellada:

—¡Qué sabís vos, zonzo!... ¡Tú hablás siempre por hablar! ¡Si yo tuviera hijos que supieran ayugar, otro gallo me cantara! ¡Pero, vos!... ¡Pa qué servís vos!...

—Hago lo que puedo, padre—murmuró el mozo con aparente dulzura, procurando apaciguar al viejo—. Usted sabe que no me gusta esta profesión, pero no por eso lo dejo de acompañar...

El viejo se puso trémulo de rabia. Leía en el rostro de sus hijos confusa rebeldía expresada ya en otras ocasiones a propósito de su empecinamiento para no

abandonar sus viejas maquinarias que lo estaban llevando a la ruina. Para comprarlas había vendido años atrás la mitad de una próspera hijuela de ochenta hectáreas obtenida del fisco a título de colono nacional. El resto lo hipotecó para pagar composturas y repuestos, tanto para el banco de aserrar, como para el motor y la trilladora. Los hijos procuraban disuadirlo del empeño. Pero el viejo tenía por sus máquinas un cariño absurdo. Eran su locura y su obsesión. Ya en vida de su mujer había recorrido gran parte de la montaña con sus fierros rechinantes y sus latones mal unidos, parchados y astrosos, haciendo trepidar los árboles con los resoplidos del pequeño monstruo e infundiendo a las soledades montañosas una palpitación insólita de vida industrial. Mal negocio, sin embargo. Cada nueva quebradura de los hierros era como un rajón que se le hacía a su fortuna. Pero el viejo, testarudo como buen descendiente de castellanos, proseguía su vida sórdida y trabajosa, indiferente a los pesares que no se relacionasen con sus máquinas.

Murió la mujer, aporreada en tantas aventuras de aquella vida gitanesca, viviendo siempre en provisionales ranchas de tablas mal unidas, soportando los terribles temporales montañoses; murió mansamente, junto al marido, sin que éste se diera apenas cuenta de su pérdida, preocupado en reparar nuevas abolladuras del motor.

—¡Mucho me acompañás!—masculló el viejo dirigiéndose al mozo—, ¡mucho!... Maldita en l' hora que te mandé a estudiar a las escuelas. Te golviste jutre y ya no te gusta más que pasarte en las faldas de las mujeres...

—Hace lo que puede, padre—murmuró Josefina sacando de la olla las papas humeantes con un grueso cucharón, y depositándolas en una palangana de madera. Sus manos delicadas disonaban, sin embargo, con aquella rústica ocupación. Continuó la joven:

—Ignacio estaría mejor en el pueblo, cierto, porque nació enfermizo y porque se ha educado un poco, pero ¿no es un buen fogonero?

—No digo que no—concedió el padre—, pero too lo hace como si juese hijo'e rico que le hace un favor a uno. Lo mesmo que vos... Si quieren d'irse, como los otros, pueen decilo...

—No es que lo queramos abandonar—dijo la joven con suavidad—, pero creo que con sus máquinas usted se está arruinando. Más vale que las vendiera y pagara sus deudas...

El viejo, lívido, tomó un tizón y lo esgrimió sobre su cabeza.

—¡Querís callate, mocosa!... ¡Voy a ejar estas máquinas, que son too nuestro pasar!... ¡Tamién! ¡la cabra arrestá!... ¡Mirenlá, mirenlá!...

Tartamudeaba. Saltaba saliva por sus labios gruesos; enrojecía el blanco de sus ojos.

Los jóvenes inclinaron la cabeza sobre su comida, deseosos de restablecer la paz. Sin embargo, Ignacio se atrevió a insistir, escogiendo las palabras para no herir la sensibilidad del viejo.

—No se moleste, padre. Si le decimos algo es porque creemos hacerle un bien. Mire... hay que componer el caldero que está botando agua por la rajadura de abajo...

Banderas, calmándose sólo con escuchar algo que se refiriese a su motor, dijo:

—Habrá que ponéle otro parche... Continás que teniendo cuidao de que no suba el vapor no le pasará ná... La quebraura está en güena parte... Si juera arriba, sería otra cosa... después d'esta trilla, como espero en Dios que nos ha d'ir bien, podré llamar al gringo del pueulo pa que le ponga una pieza en caliente... y con unos cuantos remaches, el motor queará como se píe...

—Así lo creo—confirmó el mozo. Y los ánimos se aquietaron alrededor del caldillo de papas. Padre e hijos comenzaron a cucharear reposadamente en la misma olleta, resoplando y chasqueando la lengua cada vez que el ají picaba traicioneramente.

IV

El trabajo comenzó. No eran muchos los trilladores, a pesar de las promesas de traer su trigo a la máquina de Banderas todos los colonos de una legua a la redonda. Los campesinos llegaban a la máquina con media carretada «para probar», según aseguraban con solapada sonrisa. El único que había cumplido bien y que se presentó con dos carros llenos, torre dorada de espigas, fué el viejo Mardones.

La pobre maquinaria, chirriante y acatarrada, a rescplidos, empujones y paradillas, dió término a una de las emparvadoras de Mardones. Banderas, triunfante, se limpiaba el sudor y exclamaba:

—¡Qui'hubo!... ¿anda bien, no?

—No anda na mal—exclamó uno de los presentes esquivando la vista—. Si no botara tanto trigo por atrás, sería mejor...

—Eso se puée arreglar—replicaba Banderas, un poco inquieto—. Es que tiene muchazo viento en los ventilaores.

—Algo parte, tamién...— murmuró otro de los presentes, un hombrecillo vivaracho, gordo, de canosas barbas encañonadas—. La máquina de on Zapata da trigo enterito... Y de limpio, no hay que icir...

Los hombres se agruparon en derredor de los sacos de trigo recién salido de la máquina y cada uno de ellos iba sacando un puñado, lo miraba con atención, lo volvía a tirar, y daba su opinión gravemente. Por fin, uno de ellos preguntó:

—¿Y cuánto va a cobrar de maquila, on Banderas?

Banderas, presa de inexplicable turbación y zozobra, se apresuró a ofrecer:

—El ocho... más barato, no puee ser...

Se hizo un silencio pesado en el grupo de campesinos. Al cabo de un momento, uno de ellos murmuró:

—El ocho... Caro píe, pus don... En l'otra máquina nos cobran el siete...

—¡Mentira!—protestó Banderas con violencia, encarándose a su interlocutor. Pero luego, recordó, sin duda, lo que exponía con su aspereza, y endulzó la voz.

—No diga eso, mejor será, on Ortiz. Yo sé bien que on Zapata cobra el diez... y no la baja a naiden...

—El siete—afirmó de nuevo Ortiz—. Al rico Samaniego le ofreció trillarle por el siete...

—Eso será al rico; pero a los demás, no... Lu hace pa'garrarse un güen cosechero...—afirmó Banderas con voz de fingido reposo, ligeramente trémula.

Otro de los presentes, que llevaba la mirada oculta bajo una gran chupalla raída, preguntó:

—Y'a los que l'hemos ayugao a'trer la máquina ¿no nos va a rebajar ná?

Banderas reflexionó.

—¿A ustedes...?... Güeno, a ustedes les daré el siete...

—El cinco será, on Banderas.

—Menos no se puee... Aprefiero no trillar ná...

Después de este parlamento, la trilla continuó, aunque ahora, por desgracia, los tropiezos aumentaron. Primero se cortó la correa del relimpiador que se empeñaba en atascarse; más tarde, los capachos del ensacador. Banderas se multiplicaba; corría de un lado para otro; trepaba al techo de la trilladora, abría puercecillas de observación, apretaba tuercas, metíase bajo el vientre de la máquina y reparaba desperfectos en el arnero de la granzas. ¡Todo inútil! La vieja ma-

quinaria parecía resuelta a desacreditar a su dueño, desmoronándose por todos lados, como esos enfermos a quienes se les cura el corazón para que se agraven del estómago, y se les arregla éste para que les sobrevengan ataques al hígado. Había momentos en que Banderas, en el colmo de su desesperación, hubiera deseado coger un martillo para molerla, pieza por pieza, descuartizarla, asesinar bárbaramente a su máquina, su único amor, como se mataría a una mujer que ridiculiza al marido con sus veleidades de hembra.

—¡Chas digo, ho!...—murmuraba un hombretón gordo, de voz ronca, moviendo su único ojo bueno con chispas de sarcasmo—. La máquina escupe trigo por boca y narices. Aquí se pierde, por lo menos, la mitad...

Banderas, exasperado, en medio de la fiebre de su trabajo impotente, le gritó:

—¿Quiere ejarme tranquilo, mire, don?... ¿No ve que toa máquina, mientras se acostumbra, anda mal?

—Pish—murmuró el otro—, ésta parece que tiene mañas viejas y está resabiá...

—Güeno, entonces—murmuró Banderas rechinando los dientes—. ¡Váyase con su música a otra parte si le parece mal mi trillaora; pero éjeme trabajar!...

—No s'enoje, on Banderas—murmuró el tuerto con sorna. Y el grupo de espectadores se echó a reír, con una risa cruel, pesada, y tonta, como suelen reír los campesinos, sin que se sepa nunca por qué...

Si la trilladora marchaba mal, el motor iba peor. Se descompuso la bomba y se empecinó en no chupar agua del depósito; por este motivo, subió la presión del vapor, amenazando hacer estallar el caldero. Fué necesario sacarle apresuradamente el fuego, mientras se componían los desperfectos. En seguida comenzó a dar que hacer el regulador; y más tarde un descanso del cigüeñal se caldeó a tal extremo que hubo necesidad de echarle un litro de aceite para refrescarlo.

Banderas, en cada uno de estos casos, descargaba su desesperación sobre el hijo, increpándolo con palabras duras:

—¡Pero si vos tenís la culpa, flojo de los diablos, que no le ponís aceite a tiempo al motor y le echás agua murienta a la tina...!

—Pero, papá.

—Cállate, mejor será, baboso, si no querís que aquí mesmo te las arregle...

El mozo resignábase a la injusticia, por no exasperar al padre; pero, por dentro, le roía el alma una rabia sorda. De tarde en tarde echaba una mirada hacia la rancho próxima, y de allí le devolvía Josefina una sonrisa de inteligencia. Algo tramaban los jóvenes y a Banderas, a pesar de su preocupación, no se le escapaba que un peligro cerníase sobre él.

Después de uno de los berrinches del viejo, la muchacha se acercó al hermano:

—¡Pobre Ignacio!

—¡Ya no aguanto más, Pina!...

—¡Espera!... Pronto nos libraremos... Esta noche...

—Chist... ahí viene él...

Esa tarde Banderas reunió la maquila ganada en el día. Una miseria: apenas treinta y siete kilos de trigo, que correspondía a dos carretadas y a cinco sacos de trilla.

—En fin—murmuró el viejo amarrando su saquito desportillado—, hay siquiera p'al tostao.

E inclinando su cabezota testaruda, murmuró:

—¡Mañana andará mejor!...

V

Al día siguiente...

—¡Malditos chicuelos!... ¿Aonde se habrán ido?...

¡Josefinaaaa!... ¡Inaaacio!...

Sólo el eco respondió. Silenciosa la montaña. Una neblina mañanera diluía el paisaje como una cortina lechosa. El lago, terso, era lo único que daba brillo en aquella claridad mate del ambiente. El viejo escuchó. Sólo el ruido de unas goteras que caían de un roble alto, a espaldas de la rancho, espaciaba su golpeteo triste y monótono. El motor, humedecido por la niebla, aparecía con su caparazón negro y cubierto de cataplasmas; parecía bostezar por la boca del fogón, envuelto en brumas. Algunos trozos de leña roja, entrecruzados cerca del motor parecían esperar algo, acentuando la impresión de abandono y soledad.

—¡Y este animal no irá a encender fuego hoy?— murmuró Banderas.

Permaneció un instante como ensimismado y entró a la rancho.

El camastro vacío, con sus pellejos y lamas que marcaban aún las huellas de los cuerpos, le hizo pensar en cosas entrevistas en noches de brutal cansancio físico, abatido como un tronco pesado sobre el lecho. Cuchicheos, vagas visiones de pesadilla... ¡Allí, junto al padre dormido!

—¡Cochinos!—murmuró, sin darse cuenta de que expresaba sus sospechas en voz alta—. ¡Si yo los merezco pillar!...

De pronto, algo lo hizo palidecer. El candado de las herramientas estaba abierto, con la llave puesta. Abrió la caja; palpó en un lugar conocido para él... ¡Nada!... Banderas comprendió.

—¡Cochinos!... ¡Ladrones!...—murmuró con furor reconcentrado.

Revolvió los pellejos de la cama, puso en movimiento algunos sacos y cajones vacíos, buscó en los rincones.

—Se han ido...—volvió a murmurar.

Salió al exterior. Meditó un instante, perplejo. En seguida echó una mirada sin pensamiento en derredor.

Soledad. Goteritas irónicas de las ramas húmedas: «Sí, sí...» ¡Nada más!

Imposible perseguir a los fugitivos. ¿Cómo abandonar sus máquinas, sobre todo ahora que comenzaba el trabajo lucrativo? Sería la ruina. Y además, ¿para qué seguirlos, si no tenían voluntad de vivir a su lado? Habría que buscar fogonero y una mujer que hiciera la comida. Eso era todo. ¿Lo abandonaban porque lo creían en derrota?... ¡Tanto peor para ellos! Las máquinas le devolverían con creces las amarguras sufridas y la fortunita evaporada. Entonces...

La idea de la venganza que le proporcionarían sus máquinas, tan combatidas por su familia pesimista, calmó un poco el dolor que pesaba sobre su pecho como una lápida. Después de todo, debería alegrarse. Ya no tendría que arrastrar en pos de sí la cadena de la desconfianza, de la resistencia muda a sus proyectos industriales, el desánimo y la falta de fe. Solo, solo, sería más fuerte.

Como si este pensamiento lo hiciera alivianarse, se dirigió a los montones de paja esparcidos cerca de la trilladora, cogió una brazada y rellenoó con ella el fogón del motor. En seguida encendió un fósforo y el fuego empezó a abrasar las entrañas del pequeño monstruo de hierro. Echó leña; las llamas crecieron y un resplandor salió de la boca del horno. Empezaba a caldearse el motor. Pocos momentos después, chirriaba el aceite hirviente al deslizarse en gotas sobre la caldera; silbó un tufillo de vapor en las válvulas de seguridad; y el rostro de Banderas comenzó a recobrar su habitual expresión testaruda.

Comenzaba a vivir su máquina: ¡ya tenía compañía!

VI

Banderas arregló concienzudamente los nuevos desperfectos e hizo silbar el pito «pidiendo trilla», según

la expresión de los campesinos. Era un largo sonido agudísimo que hería los oídos; era un grito angustioso de animal enfermo; una llamada de auxilio y una imperiosa exigencia de actividades.

—Es el tacho de on Banderas que está llamando...— murmuraban los colonos, sonriendo socarronamente.

Pero no se apuraban. Banderas esperó toda la mañana, llegó la hora del mediodía y no acudió una sola carreta.

—Deben d'estar cortando...—pensaba Banderas para tranquilizarse, aludiendo a la faena de la siega. Pero no podía evitar que sus ojos escrutaran ávidamente los contornos esperando a los cosecheros que vendrían a llenar la boca insaciable de los cilindros.

Banderas sacaba mentalmente sus cuentas:

—Con diez carretadas que alcance «a pasar» en el día... rendimiento de cuatro sacos por carro, son cuarenta sacos... Me correspondería de maquila, al siete, cerca de tres sacos... En un mes podría juntar unos noventa o cien saquitos... tres mil pesos...

De un manotón mató un tábano importuno que vino a clavarle su aguijón en la frente, y continuó sus reflexiones.

—Tres mil pesos... que podrían ser también cinco mil. Con eso arreglo mi «tacho» y me pongo 'aserrar... ¿Cómo no alcanzar a cortar unas diez mil pulgadas antes de que comiencen las aguas?... Pisch....

Se veía empezando la ascensión de la fortuna, dueño de aserradero modelo, con motores y bancos recién sacados del almacén de maquinarias, «haciéndose» mil pulgadas diarias. Luego, instalando otros negocios; extrayendo de la montaña el raulí en proporciones incalculables, llenando la selva entera con el ruido poderoso de su industria.

—¡Ah—pensaba—, los cochinos!... Me abandonan; me creen pobre!... Día llegará...

Pensaba en los prófugos, en la pareja degenerada

que naciera de su noble y enérgica sangre de luchador.

Pero pasaban las horas y los cosecheros no acudían. Más allá de la cortina espesa de árboles que cubrían un cerro no muy distante, se escuchaba a intervalos pitazos y el ¡chac, chac! característico de los motores en trabajo. Era la máquina de Zapata que trillaba sin descanso, a juzgar por los ruidos venidos de allá.

A las tres de la tarde asomaron entre la espesura verde unos puntos amarillos que se movían. Banderas se incorporó bruscamente.

—¡Listo!... ¡Apura el vapor!—ordenó al muchacho que reemplazaba al hijo prófugo.

—Son carretas de los Sandovalés—murmuró el mazuero sin apresurarse, haciendo pantalla con las manos para ver mejor.

—Esas vienen p'acá—murmuró Banderas, vibrando de emoción y de actividad, dispuesto a prodigarse—. ¿Cuánto vapor hay?

El muchacho examinó el manómetro.

—El reló marca ochenta—dijo con suficiencia—. Demás vapor pa trillar.

Las carretas cargadas de trigo fueron agrandándose lentamente. Ya se oía a los carreteros azuzando los bueyes con gritos salvajes: «¡Arre!... ¡Arrrii!...» Las picanas de coligüe fulguraban a la luz como lanzas amenazadoras.

De pronto las carretas torcieron de rumbo y comenzaron a alejarse en dirección a la playa del lago para tomar el camino matriz.

—Y a éstos, ¿qué les pasa?—murmuró el muchacho, decepcionado. Banderas comprendió el objeto de la maniobra y exclamó con voz sorda:

—¡Se van a l'otra máquina!...

Más que descorazonamiento, sentía hervir en su pecho contra los cosecheros una rabia sorda. Habíanle hecho colocar allí, le prometieron entregarle toda su trilla, y ahora a los primeros contratiempos que le

ocurrían a su máquina, volvían traidoramente la espalda. Estuvo a punto de salirles al paso e increparlos; pero venció en su corazón su dignidad nativa y se limitó a exclamar entre dientes:

—Ejenlos... ojalá se jodan allá... ¡por brutos!

Una hora mas tarde, cuando Banderas, descorazonado, comenzaba a renegar de su suerte, llegó chillando sobre las ruedas y el eje de palo, una carreta de Mardones.

El viejecillo, seco y varonil, a pesar de sus años, se acercó a Banderas y le dijo:

—Mire, on Banderas... Le traigo otra carretá pa cumplile... Si sale mal ahora, usted me irá si seguimos trillando...

—Bien, on Mardones,—respondió Banderas, conmovido. Dios quiera que no tenga por qué arrepentirse...

Comenzó el trabajo. Gemir de latas; resoplidos de motor; gritos y carreras de Banderas; en seguida, una pesadilla. La máquina se atascaba. El trigo que salía a los sacos, cada vez más sucio... El motor jadeando, jadeando, como animal cansado. Los trabajadores que acompañaban las carretas de Mardones y que servían de vaciadores a los cilindros, el cilindrero mismo, todos sonreían maliciosamente señalando a Banderas que se multiplicaba para atender los desperfectos de su máquina... Sólo el enhiesto viejecillo, con su grave rostro enjuto y lampiño de indio viejo, observaba calmamente, en silencio, con impasible aire de gran señor que está por encima de las pequeñeces mundanas.

De pronto, ¿qué pasa?

Un grito del muchacho fogonero:

—¡El motor está seco y la goma no quiere chupar!...

En seguida, un silbido prolongado de vapor que se escapa. Luego, una explosión y una gran nube blanca, turbulenta, que lo envuelve todo, que se eleva al cielo

y se arrastra por tierra, una invasión quemante de vapor y de barro. . . ., de infierno.

Gritos. Alguien que se queja con estertores de agonia. Luego, silencio. La gran nube se aquieta y sube al cielo como una visión blanquecina de grandes alas transparentes que se aleja del lugar del sinistro.

Sólo entonces se pudo ver el tacho de don Banderas convertido en montón de escombros y a su dueño aplastado bajo la trilladora. El fogonerito había saltado a veinte metros de distancia y aparecía clavado a un árbol como insecto de colección, por un largo fierro que debió desprenderse del motor.

El viejo Mardones y sus trabajadores, milagrosamente sanos, sólo habían recibido algunos rasguños y quemaduras de barro hirviente que los hacían aparecer con el rostro pintarrajeado y cadavéricos.

Extrajeron penosamente a Banderas. Tenía una gran herida en el vientre, que le horadaba los intestinos. Sin embargo, abrió los ojos.

—¿El moo. . . mo. . . tor?—murmuró con voz estropajosa, apenas perceptible.

El rostro consternado de los presentes le hizo comprender sin duda la magnitud de la catástrofe, porque inclinó la cabeza con expresión de desaliento definitivo. Ya no volvió a levantarse más, como si, conocida la pérdida de sus máquinas, nada le interesase en la vida. Pocos minutos después, espiró.

Manuel A. Seoane

NATURALEZA ECONOMICA DEL IMPERIALISMO NORTEAME- RICANO

I

OBJETO DE ESTE TRABAJO

ESTE libro (1) quiere ser una somera descripción del imperialismo capitalista de los Estados Unidos. Ningún otro fenómeno de la época contemporánea iguala en importancia a este complicado proceso económico que, en menos de un cuarto de siglo, ha transformado el poder de los EE. UU., elevándolo a la categoría de árbitro tácito de los destinos del mundo. Como varias ciudades en otros ciclos históricos, aunque en condiciones y por motivos muy diferentes, Nueva York es actualmente el emporio más poderoso de la humanidad. El prestigio de Londres, París o Berlín, primeras plazas del capitalismo industrial, ha sido velozmente superado por la pujante aparición de esta cosmópolis de los rasca-cielos, corazón económico de un país que ya alberga en su seno más de la mitad del oro de la tierra.

Desde los orgullosos y egoístas países europeos has-

(1) El señor Seoane ha accedido a adelantar a los lectores de *Atenea* el primer capítulo de un libro en preparación, que versa sobre el tema reflejado en el título de este trabajo.

ta las modestas colonias africanas, de todos los puntos del globo llegan a Nueva York las dóciles utilidades de las inversiones yanquis en el extranjero, acrecentando, sin cesar, las cifras astronómicas de sus riquezas. En ese inmenso crisol tales utilidades se transforman: agregáanse al capital originario, adquieren potencias expansivas y retornan al exterior convertidas en nuevas inversiones, para reproducir después, hasta el infinito, esta mágica y moderna siembra y cosecha de oro, que está haciendo del mundo un vasto campo labrantío, con un exclusivo y poderoso propietario.

Un movimiento radial, centrípeto y centrífugo a la vez, dinamiza el capital norteamericano en su afiebrada conquista de mercados y recolección de dividendos. En el orden químico, este alternar de fuerzas diametrales, del centro a la periferia y viceversa, se produce en la cristalización de algunos cuerpos. Paralelamente, en el orden económico, o con más exactitud, en el orden histórico, tal movimiento cobra una significación absoluta. El proceso del imperialismo es, también, el de la cristalización capitalista. Su última etapa, como dijo Lenin (1).

Casi huelga añadir que un hecho de tanta significación, por sus universales consecuencias presentes y por sus extraordinarias posibilidades futuras, puesto que el proceso del imperialismo norteamericano contiene los gérmenes del porvenir inmediato de la especie, exige atenta meditación y sereno análisis de quienes aspiran a interpretar el problema social. Tal exigencia se torna severa y condicionante en nuestra América Latina, campo propicio e inmediato del rebalse imperialista, donde ya juega un papel decisivo y fundamental. Hablando en términos de generalización histórica

(1) «De todo lo dicho precedentemente sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que caracterizarlo como al capitalismo de transición, o más bien, como el capitalismo agonizante.» Nicolás Lenin: *El Imperialismo, última etapa del capitalismo*. Cap. X.

puede afirmarse que todo el movimiento político-social de los países que pueblan el continente al sur de Río Grande tiene que definirse, más o menos dramáticamente, en favor o en contra de la penetración capitalista yanqui.

Este trabajo, por su función informativa y por su inspiración doctrinaria, aspira a significar una contribución a la lucha anti-imperialista. Queda dicho más arriba que procurará una descripción del fenómeno expansivo, y es momento de ratificar la palabra y añadir que la extraordinaria complejidad del proceso, su enorme y cambiante variedad de recursos, la prontitud con que se suceden los episodios principales y la simultaneidad desconcertante de aparentes acciones contradictorias, hacen imposible una fría disección del mismo a la manera universitaria. El observador atento se desconcierta ante esta verdadera explosión de fuerzas económicas, que irradiándose en todas direcciones, agudizan las contradicciones capitalistas, derrumban viejos mitos del derecho internacional, quiebran la débil moral de los gobernantes cómplices, abarcándolo todo en una incoercible voluntad de dominación. Es tan imposible ensayar una imagen exacta de este impetuoso devenir, como querer fotografiar, en su movimiento, la marcha de un río. Cabe, empero, una versión cinematográfica. Y eso se intentará haciendo desfilar las causas, los instrumentos y los episodios del proceso imperialista, para inducir después sus leyes determinantes.

El lector, al cabo de estas páginas, que importan un esfuerzo de comprensión panorámica, posiblemente coincidirá con el autor en la profesión de fe de una enérgica y urgente política de resistencia.

Señalada así la importancia del proceso y su complejidad, obvio es añadir que este trabajo adolece de yerros u omisiones, ineludibles por la carencia de seguras fuentes de información, por la exigüidad del

material, penosamente acumulado sin embargo, y por la vastedad del fenómeno estudiado. Toda crítica y rectificación sinceras servirán, pues, para integrarlo y el autor agradece desde ahora la buena y la mala voluntad de quienes aporten, por elogio o por diatriba, hechos o datos de interés.

Finalmente debe quedar constancia expresa de que el propósito fundamental de este libro es la presentación popular del problema. No es un libro para especialistas. Es un libro para los trabajadores manuales e intelectuales que están prestos a poner el hombro en la pesada tarea del anti-imperialismo. En consecuencia, el autor procurará, en todo momento, la mayor claridad posible en el lenguaje y en la explicación de cada uno de los puntos del trabajo.

NO ES IMPERIALISMO TERRITORIAL

Antes de precisar las medulares características económicas del imperialismo norteamericano conviene despejar algunos de los equívocos más frecuentes en que se incurre al juzgarlo. Críticos simplistas, cegados por la similitud de fenómenos históricos lejanos, opinan que los Estados Unidos procuran la expansión territorial por sí misma: el «imperialismo del kilómetro cuadrado» como dice Barcia Trelles.

Es cierto que la Unión ha expandido sus fronteras en forma harto visible y es cierto que ese crecimiento se ha producido al amparo de toda clase de recursos coercitivos, desde la tranquila negociación en dólares hasta la persuasión violenta de los cañonazos (1). Pero

(1) «EXPANSIÓN TERRITORIAL DE LOS EE. UU. DESDE 1898.»

Nombre	Fecha	Origen	Area en millas	Población
Hawaii.....	1898	Anexado.....	6.450	250.000
Cuba.....	1898	Protectorado virtual.....	44.150	2.900.000
Puerto Rico .	1898	Anexado después de la guerra con España.....	3.000	1.250.000

debe observarse que este crecimiento geográfico no constituye el eje del proceso de su actual conquista del mundo.

Una guerra continua exige un gasto extraordinario y un espíritu de beligerancia *ad hoc*. Los ciudadanos norteamericanos son suficientemente pacíficos como para no desear la guerra sino por excepción y su capitalismo sobradamente práctico para hacer malos negocios. En lugar de ejércitos emplea dólares. En vez de conquista armada, logra la suave y segura dominación de los empréstitos. La misma organización capitalista, edificada respetuosamente alrededor de la propiedad privada, le ha brindado un arma mucho más eficaz que cualquier instrumento bélico.

Y así es curioso observar que Gran Bretaña, por ejemplo, que procuró la expansión del «kilómetro cuadrado», sea desplazada, en sus propios dominios y colonias, por este extraordinario competidor que realiza en ellos grandes negocios mientras Inglaterra tiene que sostener los gastos de la ocupación.

La habilidad del capitalismo norteamericano aplica el mismo sistema en la mayor parte de los países

I. Filipinas..	1898	Anexadas después de la guerra con España.....	115.025	8.500.000
Isla Guam..	1898	Anexada después de la guerra con España.....	210	14.500
Tutuila.. . . .	1899	Anexado por tratado con Inglaterra y Alemania.. . . .	77	7.250
Panamá.. . . .	1903	Vigilancia general.....	32.400	450.000
Sto. Domingo	1907	Insp. financiera.....	18.500	955.000
Sto. Domingo	1916	Administr. militar.....	11.000	
Haití..	1915	Insp. financiera.....	49.500	2.500.000
Nicaragua... .	1913	Protectorado virtual.....		746.000
Nicaragua... .	1916	Concesión de derechos para el canal y base naval.....		
Islas Vírgenes	1917	Adquisición por compra.....	132	26.000
TOTALES..			281.044	17.598.750

Scott Nearing y J. Freemann: *La diplomacia del dólar*. 1926. Pág. 319.

Debe añadirse que, a raíz de la guerra contra Méjico, EE. UU. se apoderó, por Tratado de 2 de Febrero de 1848, de 851.600 millas cuadradas, con tres millones de habitantes.

de América Latina. Lejos de provocar intervenciones violentas y anexarse territorios, utiliza—salvo casos de urgencia estratégica que analizaremos más adelante: Méjico, Nicaragua, Panamá, Haití, etc.—la conquista pacífica, el «imperialismo sin dolor». En lugar de enviar un ejército y costear una guerra de conquista, con la subsiguiente carga de pagar la administración virreinal, explota cínicamente su poderío financiero, apoyando o boycoteando a la caterva de caudillos rapaces que se disputan su preferencia y ejerce de hecho funciones de mando efectivas.

Además, la colonización sin ambajes, o el protectorado directo, contradiciendo en forma visible las normas éticas de los fundadores de la Unión y su respeto a «la libertad», despierta, en buena parte de la población sana de los EE. UU., una oposición violenta y decidida. Este sector, cristianizante e idealista, aunque no detenta el poder político, se hace respetar en las elecciones. Por eso, en su homenaje, y aprovechando su voluntaria aptitud para comulgar con ruedas de molino, los presidentes imperialistas suelen formular hipócritas declaraciones sobre la «próxima» libertad de Filipinas, Haití o Puerto Rico. Los sentimentales amigos de la libertad se ven satisfechos y confían en el porvenir. Entre tanto el imperialismo no va más allá de la promesa y continúa la opresión.

Por otra parte, como hace notar Guilaine (1), los Estados Unidos repugnan la posible anexión de otros países, en calidad de Estados de la Unión. Además de un confuso aunque incuestionable orgullo de raza, el pueblo yanqui estima que nuevas incorporaciones legales podrían romper el equilibrio político entre los Estados del Norte y los del Sur, que al romperse por la guerra de Secesión, puso una sombra de inquietud en la unidad nacional. La famosa línea de demarca-

(1) Louis Guilaine: *L'Amérique Latine et l'imperialisme américain*. París. Pág. 107.

ción de Maxon y Dixon, trazada en el grado 36 de latitud fué la base de una estabilidad que el norte, industrial y capitalista, sede del imperialismo, procura mantener a toda costa, para impedir la preponderancia del sur, agrícola, demócrata y negrero. Si hubiese anexión legal, la América Latina engrosaría el bloque sureño y ocasionaría aquel «suicidio de la raza» de que hablaba el rubio presidente Roosevelt.

Finalmente, hay una tendencia, cada vez más generalizada, que el Ku Klux Klan representa en su extrema agudeza, a impedir la mezcla racial, o nuevas mezclas raciales para decir mejor. Los Estados de América Latina, con sus indios, sus mulatos y sus negros, pueden significar excelentes campos de expansión económica para los capitalistas norteamericanos, pero estos no desean ni desearán que se conviertan en viveros de ciudadanos de la Unión (1).

No existe, pues, un afán específico de dominación política de nuevas tierras. Esta puede sobrevenir accidental o temporalmente, obligada por razones estratégicas o económicas. Pero el eje por el que se desliza la máquina imperialista no es el eje del «kilómetro cuadrado». Es una moderna forma de opresión. Invisible y silenciosa. Es la fuerte malla de oro del imperialismo económico, que ata y esclaviza con más firmeza y dolor que la vieja imposición armada.

Salvo el caso de una guerra con Japón o Gran Bretaña y su bloque europeo, o el de una revolución latinoamericana anti-imperialista, EE. UU. no intentará la sustitución de un aparato estatal que le rinde tan dóciles y baratos servicios. El dominio político de nuevas tierras es, por tanto, una mera consecuencia ac-

(1) Al respecto debe recordarse que a Puerto Rico se le permite elegir Congreso y designar funcionarios, a excepción del Gobernador y el Secretario de I. Pública, pero no se le permite enviar Diputados y Senadores al Congreso Federal. Está en situación inferior a Wyoming o a Delaware, miembros legales de la Unión, que le son inferiores en todo sentido.

cidental o episódica. Jamás una causa. La llave motriz del imperialismo es otra muy diferente.

En consecuencia, para la real soberanía de los pueblos de América Latina es mucho más peligrosa, pese a todas las apariencias, la llegada de un alegre millonario yanqui que la aparición meteórica de cualquier superdreadnought colérico.

NO ES IMPERIALISMO DEMOGRÁFICO

Otro de los errores frecuentes consiste en confundir el tipo de la invasión estadounidense, asignándole un carácter de emigración forzosa. Quienes esto afirman se apoyan en la circunstancia de que el territorio de la Unión alberga una de las más crecidas cantidades de hombres que pueblan el globo. Efectivamente, los últimos censos acusan la presencia de 117.136.000. Pero olvidan que la superficie de los 48 estados y el distrito federal alcanza a cerca de ocho millones de kilómetros cuadrados, o sea da un promedio de menos de 15 habitantes por cada uno.

Italia, España, Japón y otros países de gran población y territorio reducido, cuyo estado económico dista de ser próspero, sí se ven sujetos a cierto desangre de población. Las corrientes emigratorias, en esos casos, obedecen también a leyes económicas, porque van al exterior en busca del trabajo que no pudieron hallar en su medio, por saturación humana o por deficiencia comercial. Algunas veces puede convertirse en peligrosa, cuando, extendiendo la teoría del «jus sanguinis», intenta edificar sobre los emigrados un verdadero edificio colonial de raza, como predica Mussolini en su paranoica visión imperial.

Pero este no es el caso de los EE. UU. No sólo en un sentido físico sino en el sentido económico, el territorio de la Unión es sobradamente vasto para sus ciudadanos. Quizá no llegue nunca el día en que pue-

da producirse una emigración obligada. Debe pues rechazarse de plano la suposición imaginativa de muchos anti-imperialistas sentimentales que asignan a este fenómeno capitalista y silencioso los contornos desesperados que normaron la invasión de los bárbaros hacia la Europa del medioevo, por ejemplo.

NO ES IMPERIALISMO «CIVILIZADOR»

Cierta clase de propagandistas interesados y ciertos sectores boquiabiertos de la opinión latinoamericana intentan justificar el imperialismo yanqui con el argumento de que realiza una obra en beneficio de los intereses generales de la cultura, con particular provecho para el país que lo soporta.

Si las tropas norteamericanas desempeñasen un verdadero papel apostólico y civilizador en el mundo, deberían iniciar su campaña en las regiones salvajes de Africa o en los desconocidos territorios de la Oceania por ejemplo. Pero no en la América Latina, poseedora de cierta índole particular en el mundo de la cultura. Ya Bolívar, hace más de un siglo, proclamaba con visión profética: «Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miseria, en nombre de la Libertad.»

Por otra parte, hay una serie de hechos que prueban sobradamente las verdaderas finalidades del imperialismo norteamericano. De nada debe desconfiarse más que de las grandes palabras de los presidentes yanquis. Debajo del fino guante civilizador se encuentra siempre la enérgica garra imperialista. Por eso M. Henri Jaspar, al prologar un libro de Crokaert, observa con aticismo que los norteamericanos persiguiendo la fiebre amarilla habían tropezado con el canal de Panamá. También dió la casualidad de que cuando Mr. Mellon se preocupaba del «progreso institucional» de México era propietario del 80% de las tierras petrolíferas que

se encontraban en discusión. Concluiremos por recordar que el dedo civilizador, al extenderse generosamente hacia Nicaragua, encuentra de paso la posibilidad de construir un nuevo canal para beneficio político y económico de los EE. UU.

Pese a la buena fe de algunos panamericanistas afiebrados, y aunque se ignorasen los hechos precedentes, también cabe sorprenderse de los métodos curiosos que emplea Norteamérica en sus hipotéticos afanes de redención moral. Así, por ejemplo, Haití ha visto sucumbir a más de tres mil de sus habitantes a manos de los soldados «civilizadores». En Nicaragua ha ocurrido cosa peor a raíz del desembarco de diciembre de 1926, tan heroicamente resistido por Sandino.

Ni por sus objetivos ni por sus métodos, el imperialismo puede invocar razones idealistas. Pero hay más aún. Un país donde la hipocresía moral es un barniz que apenas cubre la corrupción generalizada, no puede ser portaestandarte de la cultura. El ejemplo de fanatismo ofrecido por los tribunales de la Unión al condenar al profesor Scopes por enseñar la teoría de la evolución natural, demuestra la ausencia de una verdadera libertad de pensamiento. Los continuos escándalos y la burla diaria provocados por la humedad de la famosa ley seca, revelan la ausencia de un auténtico sentido moral. Su torpe hostilidad para las razas de color, llevada a extremos inhumanos, como la limitación al amor y a la instrucción (1), aconsejan

(1) «En la Carolina del Sur, donde los negros alcanzan al 51% de la población, su parte de presupuesto escolar no alcanza sino al 11% del mismo. Esto impide que ellos progresen y tiene por objeto mantener bajo el precio de la mano de obra. En las ciudades del Sur, en 1922, la tasa de la mortalidad fué de 12 por mil para los blancos y de 25 para los negros.

«Todos los esfuerzos se concentran sobre la prohibición del casamiento entre las dos razas. En todos los Estados del Sur, y en algunos otros también, la ley prohíbe este matrimonio. Es suficiente descender de un abuelo negro para que la interdicción rija. La unión extralegal de una blanca y un negro es más peligrosa. No es entonces un asunto de los Tribunales o la policía. Es el Ku-Klux-Klan, o cualquier otra organización secreta, quien hace saber a la pareja que debe separarse; si no su vida será ultimada y los asesinos quedarán impunes.» André Siegfried: *Les Etats-Unis d'aujourd'hui*. París. 1927. Pág. 91 y 94.

a los latinoamericanos, que contamos con fuertes núcleos de gentes oscuras, desechar este posible protectorado espiritual, que guarda tantos riesgos para quien no lleve blancos los pigmentos de la piel.

No es este el lugar de hacer un análisis de los valores culturales de Norteamérica, de sus grandes virtudes y defectos, inherentes a su particular proceso de crecimiento. Pero sí corresponde afirmar que los EE. UU. están bastante lejos de poseer un crecido acervo espiritual e idealista que les dé derecho, como nación, a ejercer la paternidad moral de otros pueblos. Justo es reconocer que, en general, se observa cierta regularidad en las costumbres, pese a algunos testimonios contrarios de sus panegiristas. No se puede olvidar tampoco que es el suelo de Washington, Emerson, Franklin, Whitman, etc. Pero su capitalismo, nervio motriz del derrame que nos amenaza, es sustantivamente corruptor y desalmado. De ahí que nos pongamos en guardia contra estos disfraces rendidores y señalemos que, en el orden moral, es el único ramo en que Yanquilandia carece de saldos disponibles para la exportación.

(*Concluirá.*)

Carlos Keller R.

PRIMAVERA EN EL VALLE CENTRAL

INVASIÓN DE LA COLONIA

22 de Diciembre. Ayer llovió todo el día. Pero cuando, todavía en la oscuridad de la noche, el auto salió de Santiago, el cielo se presentó despejado. Penetraba al coche ese delicioso aire de las noches de primavera. Esperanza y premio por los calores del día. Y, además, húmedo, impregnado de esa saturación tan viva y despierta de la tierra. Hacia el Oriente, se extendía la muralla negra de la Cordillera cual silueta cortada en papel negro a tijera. Más tarde, cuando comenzó a amanecer esa muralla se disolvió. Primero parecía como si se hubieran colocado diferentes bastidores, uno tras otro, pero después surgieron los cuerpos de las montañas.

Fué una mañana transparente de primavera. El paisaje se presentaba pulido y limpio, como si un gigante lo hubiera lavado el día anterior. El paisaje del Valle Central es de una sencillez encantadora. Potrerros verdes, sauces frondosos, alamedas sin fin, ranchos blanqueados de inquilinos, con parras y nogales, de vez en cuando una aldea de aspecto rústico, y más allá, sobre el horizonte, la nueva perenne de la Cordillera. Una luz suave baña todo esto y le participa una dulzura un tanto melancólica.

Muy pausada es la vida en estos campos. Atravesamos grandes latifundios señoriales. Las chacaras, cuyos cultivos rinden óptimas cosechas, están en manos de medieros o sub-arrendatarios. Los métodos de explotación que emplean son los que heredaron de sus padres, y éstos, de sus abuelos. Todavía utilizan el arado de palo, cuya existencia no me querían creer en Europa. No saben preparar la tierra, apenas conocen el abono, no combaten la maleza, trillan a yeguas. Las carretas de bueyes se mueven lentamente por el camino. Los inquilinos viven contentos en sus ranchos. Su vida no tiene ningún sentido. Han aprendido demasiado a obedecer, en tres siglos de coloniaje. Es bueno que el hombre mantenga su equilibrio, que no lo aniquile espiritualmente la duda ni físicamente la rebeldía. Pero necesita un aliciente, un ideal, necesita sueños intranquilos, impulsos que lo precipiten hacia adelante. Necesita una dosis de duda, de rebeldía. El equilibrio absoluto es la muerte. La Colonia triunfó en Chile central exageradamente. ¡Después de tanta lucha, tanta tranquilidad!

Las aldeas (a algunas de ellas solemos llamar ciudades, por eufonía) son risueñas y tranquilas. Apenas me acuerdo de una chimenea que haya visto durante todo el viaje. Siempre esas fachadas con altas puertas y altas ventanas hacia la calle. Vida urbana aparentada en poblaciones rústicas. Han conservado las modalidades caballerescas, el lenguaje pulido, los gestos de gran mundo (herencia de la Colonia), pero esas modalidades, ese lenguaje y esos gestos no están ligados con el trabajo cotidiano. La forma prima sobre la vida. Pero la forma es una mera sombra de algo que fué vida en otro tiempo, no es vida actual. La forma mata la vida.

La vida se mantiene sin que nadie sepa por qué, en este Chile Central. Por tradición, quizá. ¡La naturaleza es tan pródiga! No se necesita comercio, no es

preciso trabajar para el mercado. La vida es algo perfectamente natural.

Desgraciadamente, la tradición mata el progreso.

LUCHA CONTRA LA COLONIA

Pero el cuadro que ofrece Chile central no sería completo si no agregara algunos rasgos que parecen de otro mundo. Desde luego, los caminos. En gran parte, son excelentes, especialmente en los alrededores de Talca y de Linares. Donde todavía han conservado su forma antigua, se puede observar trabajo. Hay partes cortadas que lo obligan a uno a desviarse del camino real, pero ello se debe a que se está construyendo una nueva calzada. En los trabajos se nota espíritu moderno: medios mecánicos de transporte y movilización, esfuerzo dinámico, orden y finalidad. Muy pocos puentes faltan que construir en el camino longitudinal. Si las construcciones siguen en las mismas condiciones, dentro de pocos años tendremos una red caminera de primer orden.

El camino bueno es el gran propagador del espíritu económico moderno. Extiende el mercado hacia el campo; el comerciante lo emplea para comunicarse con el agricultor y comprarle los productos; el agricultor se acostumbra a producir para el mercado; se apodera de él el espíritu de lucro, sin el cual no hay progreso. La vida pausada y risueña se convierte en un torrente, se trabaja con énfasis, los productos circulan rápidamente, se trata de mejorar los rendimientos y las calidades, se explota el último metro disponible de tierra, terminan la lentitud y el desorden de la Colonia.

Al volver a visitar una aldea, a través de la cual se construyó entre tanto un camino moderno, siempre me parece difícil reconocerla. Antes, un camino pesado, en mal estado, casas mal tenidas, polvorientas, «Colonia». Ahora, limpieza, impulso, trabajo persis-

tente, vida moderna. El camino transforma la vida. Quinta, San Javier, Villa Alegre, Yerbos Buenas, Santa Clara: ¡qué bien se presentan en su nuevo vestuario! Han cambiado profundamente en pocos años, al menos en su aspecto exterior. Sin duda, en corto tiempo más también tendrán una nueva alma.

Desgraciadamente no son muy numerosas las poblaciones cual éstas. El latifundismo colonial impide el crecimiento de Chile central. Tenemos en todo el país poco más de un millón de hectáreas de tierras regadas y podríamos tener, sin exagerar, cinco millones. En esta superficie, subdividida la gran propiedad, cada cinco hectáreas podrían alimentar diez personas, lo que nos daría un total de 10 millones de campesinos, sólo para los cinco millones de hectáreas que se pueden regar en el país, sin contar el resto de nuestras tierras, las ciudades y las minas.

Hemos emprendido la modernización de nuestro territorio. Hemos creado cajas de fomento económico, iniciado las obras públicas tan necesarias en un país tan colonial, hemos reformado nuestra educación, tratando de basarla en los principios de la vida actual, pero nos falta todavía que poblar nuestros campos desiertos. La Caja de Colonización Agrícola debería ser el fundamento de toda nuestra política económica. Los caminos y las demás obras emprendidas harán progresar enormemente lo que actualmente existe en el país, pero su plena utilización sólo será posible si aumentamos la población, para que mayor número de personas disfrute de este fomento.

Así también daremos fundamento a la industria manufacturera incipiente, cuyos progresos son lentos por falta de consumidores, y así también nuestro sistema económico, basado hoy día en el mercado mundial y expuesto, en grado máximo, a sus constantes alzas y bajas, adquirirá ese ligamento orgánico y la estabilidad interna que tanto le hacen falta. La in-

migración viene a ser así el gran problema insoluto de nuestro futuro. La tierra colonial de Chile central, tan pródiga en sus frutos, tan privilegiada en su clima, necesita brazos e inteligencia para convertirse en un núcleo de intensa vida moderna.

EL GLACIS DE LA ARAUCANÍA

Lector, ¿has cruzado alguna vez la inmensa llanura que se extiende desde Chillán hasta Los Angeles? Probablemente no conozcas esta tierra, pues el ferrocarril parece huir de ella, al buscar refugio en las laderas de la Cordillera de la Costa, circunvalándola en pronunciada curva. Pues, al entrar en esta tierra, creerás cruzar un desierto. El suelo consiste en arenas volcánicas, y está cubierto de raquíticos arbustos. Apenas encontrarás un rancho, pobre y miserable cual la tierra en que se construyó.

Es un inmenso arenal aquel territorio, casi despoblado. Es el glacis de la Araucanía. Durante tres siglos se luchó sobre esta tierra. Los araucanos la invadían durante la primavera, verano y otoño de cada año, y sólo en invierno existía relativa calma. Más tarde, los indios de la pampa argentina hacían en ella sus terribles invasiones, y todavía en el siglo pasado, los Pincheira encontraron aquí un refugio.

Es un campo de batalla ideal. El terreno plano permite la rápida movilización de las hordas guerreras. En una noche podían llegar del Bío-Bío a Chillán. En caso de desastre, la fuga era fácil. No hay accidentes del suelo que la impidieran. Los españoles no tenían fuertes ni poblaciones en el corazón de este territorio. Por el Sur, Los Angeles se aproxima a los primeros contrafuertes de la Cordillera. Más al Norte, Antuco ya casi es Cordillera, y al Poniente, Yumbel se protege con la Cordillera de la Costa. Además, la misma ari-

dez del suelo impedía que se poblara con mayor intensidad.

Sobre este glacis se formó, como es natural, una población de cualidades especiales: astuta, valiente, enérgica y, además, porque la camaradería era la base de su existencia, fiel y reconocida. Son cualidades que ha conservado hasta nuestros días. El obrero de Chillán es un obrero sui generis en Chile.

¿Es posible dar a estas tierras desiertas una destinación más humana? Ahí tenemos el ejemplo de la hacienda de La Aguada de Yumbel. Cuando su propietario se radicó entre las dunas del Laja, todos los consideraban como visionario, como un perdido. Pero con los años, La Aguada surgió y hoy es una de nuestras haciendas ejemplares. Una hacienda industrializada, cuyos productos, transformados y, por lo tanto, valorizados, salen de las fronteras del país.

LA ARAUCANÍA

Al atravesar los campos de los alrededores de Yungay nos saludan los primeros representantes de la Araucanía: unos grandes coihues que una mano humanitaria conservó en los roces. El cambio completo del paisaje en el momento de penetrar en la Araucanía se debe, en primer término, a los árboles que surgen por todas partes. Pues durante todo el viaje, desde Santiago hasta más allá de Collipulli, no se cruza un solo bosque, excepto una pequeña plantación que existe antes de llegar a Chillán. Naturalmente, existen infinitas alamedas, pero no hay monte.

Dos causas explican este hecho un tanto extraño. En el centro del país, los arbustos que cubren la Cordillera de la Costa y de los Andes son suficientes para proveernos de leña y de carbón vegetal. Los bosques artificiales — en su mayor parte, pino y eucaliptus — no nos dan una madera fina, aprovechable para cons-

trucciones o trabajos de mueblería. Son árboles que crecen con suma rapidez, pero que producen una madera poco valiosa, aunque para leña y otros efectos su plantación es un buen negocio. Así nos hemos acostumbrado a surtirnos de las excelentes maderas finas que nos entregan las selvas vírgenes del Sur. La plantación artificial de estos árboles parece posible, pero su crecimiento es sumamente lento (60 a 70 años), y el hacendado chileno, aunque tradicionalista en sus métodos, no iniciará jamás un negocio a plazo tan prolongado. 10 años le parecen excesivos. Por esta razón, la población forestal del Valle Central no será solucionada hasta que el Gobierno inicie una política forestal activa.

Las selvas australes se están retirando de los ferrocarriles y caminos. Cada año, la sierra y el fuego invaden mayores extensiones de montes. A lo largo de las vías principales ya casi han desaparecido los últimos vestigios de la rica flora forestal que cubría antaño los campos. Se han conservado algunos hermosos ejemplares de coihues y raulíes, reunidos a veces en pequeños grupos que sirven de refugio al ganado en invierno, o también formando extensiones tupidas en los pantanosos bajos. Pero a pesar de desaparecer el monte, la Araucanía ha conservado los caracteres que adquirió en la lucha contra la selva.

Ya no existen los hermosos caminos que encontramos hasta Chillán. Falta toda señalización. Los pueblos ofrecen un aspecto de suma rusticidad; sus casas son construcciones livianas de tablas, mal ajustadas, sin el menor indicio de belleza. La población campesina es pobre; hay en ella un fuerte injerto indígena. Es la Araucanía una tierra en que la cultura jamás parece haber penetrado, y los atractivos que ofrece hay que buscarlos alejándose de todo lo que lleve rostro humano.

Pero en esos rostros tan graves se manifiesta la energía y voluntad que han adquirido en la lucha con-

tra la selva. La voluntad de surgir, de imponerse, de realizar el ideal económico, de hacerse ricos cultivando el suelo y extrayéndole la inmensa fortuna que encierra. Si prescindimos de la región minera y de Magallanes, la Araucanía es la única región de Chile dotada de espíritu yanqui. Temuco es una ciudad de movimiento asombroso. Su aspecto no difiere del de otros pueblos de la Frontera; es una de las ciudades más feas de todo el país. Pero es una ciudad que surge, que se desarrolla con rapidez norteamericana. Y su movimiento y desarrollo no es sino el fiel reflejo de lo que está ocurriendo en toda la provincia de Cautín, que en pocos años ha llegado a ser nuestra primera provincia agrícola. Al observar tal evolución de año en año, me he podido dar cuenta de las fuerzas que genera la lucha sorda y victoriosa contra la selva. Al ceder ésta ante el brazo del hombre, parece haberle transmitido la savia de su brava naturaleza.

Pero hay un segundo factor que nos explica este rápido desarrollo. Me refiero al colono. Cuando se sometió la Araucanía a la soberanía nacional—a principios de los años 80—el elemento intranquilo de las provincias centrales emigró a la Frontera. Cambió la suerte tranquila y risueña de inquilino por la agitada y aventurera de domador de la selva. Cambió la esclavitud por la libertad. Una esclavitud dulce por una libertad amarga, llena de sacrificios. Más tarde, el Estado radicó a esos pioneers de la Araucanía, a los que se asociaron elementos extranjeros de igual temple. Organizó colonias. En la forma más absurda y torpe que jamás se haya inventado en el mundo: trazando sobre un mapa líneas rectas y paralelas, y dividiendo así un inmenso territorio en pequeños rectángulos de 40, 60 y 80 hectáreas. Se los entregó en seguida a los colonos y los encargó a su propia suerte. Así se convirtieron en propietarios de un rectángulo absurdo de tierras cubiertas de monte salvaje. No había caminos,

no había mercados, no había médico, hospital o auxilio alguno, no había cura ni almacén ni nada. Existía un rancho miserable, construido de algunas docenas de tablas. Padecieron hambre. No podían protegerse contra la intemperie. Pero tenían brazos fuertes y una voluntad de hierro. Lucharon contra la selva. Hicieron a muerte los gigantescos monstruos del monte. El hacha, la sierra y el fuego aniquilaron al enemigo. Le arrebataron unos pocos metros de tierra cultivable, sembraron en ella arvejas y avena cada año, aumentaron la superficie cultivada. Hoy pueden vivir, ya no padecen hambre.

Pero la lucha no ha terminado. Todavía se encuentran abandonados, pobres y miserables. El aspecto que le ofrece la Araucanía al viajero es un simple reflejo de la vida de esos pobladores.

A ellos la Frontera le debe lo que es actualmente. Temuco es un símbolo del colono de la Araucanía. El le ha dado la vitalidad pavorosa que lo caracteriza. Temuco es ciudad fea y miserable, pero ciudad del porvenir. Osorno es ciudad señorial, centro de una provincia latifundista, muy bien tenida, muy limpia y pulida, muy atractiva, pero ciudad muerta.

El gobierno actual del país, que está transformando el espíritu colonial del Valle Central, ha iniciado una amplia política de fomento en Cautín. En pocos años desaparecerá la rusticidad de la provincia, las colonias existentes serán cruzadas por caminos modernos, habrá cooperativas, habrá crédito, habrá agricultura intensiva. Cautín será una de nuestras más bellas provincias. Entonces el rostro serio y grave del colono será acariciado por primera vez después de medio siglo de lucha, por una sonrisa.

Por la sonrisa de la melodía eterna
del trabajo.

Luis Silva Fuentes

LA ORGANIZACIÓN UNIVERSITARIA ARGENTINA

La Universidad de Concepción, «deseosa de intensificar las relaciones entre las Universidades del Continente», me comisionó en mi carácter de profesor de Derecho Internacional Privado para que me trasladara a Buenos Aires, por el término de tres meses, en una honrosa misión de intercambio y de estudio de las orientaciones de mi ramo en las Universidades de Buenos Aires y La Plata.

Más tarde, el señor Ministro de Educación Pública me dió también otra importante comisión—ad-honorem ésta—a fin de que hiciera un estudio de la organización universitaria.

Sin tiempo suficiente, pues el plazo era demasiado corto y debía dedicarme especialmente al cumplimiento del objetivo principal de mi viaje, no podía entregarme al estudio de la organización de conjunto y de detalle de las diferentes Facultades de las dos principales Universidades argentinas. Pensé entonces que era de más utilidad, de más conveniencia y que estaba más al alcance de mis conocimientos, circunscribir dicho estudio a la sola Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Así lo hice. Resultado de mis observaciones en mis visitas y asistencia a clases orales, seminarios e institutos y conversaciones con directores y profesores, es este trabajo.



Hablar de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales; referirse al funcionamiento de sus principales reparticiones; indicar sus programas y medios de labor, etc., sin dar a conocer previamente algunos aspectos generales, sería hacer obra

incompleta. Tal es su importancia y tan marcada es la relación que existe entre su organización, sus métodos y las finalidades que persigue, que es de imprescindible necesidad señalar unos y otros aunque sea sólo en forma muy somera. Y también es menester, para formarse concepto exacto sobre la materia, llevar nuestra mirada no únicamente al estado actual. Un estudio situado en este orden, contemplando la organización del momento, que es muy avanzada y progresista, tiene, sin duda, aspectos interesantísimos, pero su valor se acrecienta si hacemos un poco de historia, y, sin engolfarnos en términos excesivos y oscuros, nos concretamos a patentizar algunos hechos sobresalientes.

En realidad, la Universidad argentina ha experimentado en los últimos años una evolución profunda. De esta evolución—casi revolución en 1918, año en que se inició un gran movimiento renovador—se da cuenta fácilmente el visitante, ya que es frecuente oír hablar, sobre todo en el ambiente universitario de La Plata, de la Nueva Universidad. Desde luego, este término supone uno opuesto: vieja Universidad. Pero, ¿cuál es la nueva Universidad? ¿La actual? ¿Otra que está por venir? ¿Qué diferencia hay entre una y otra? El concepto mismo de Universidad, ¿cuál es?

He aquí la pregunta fundamental. Precisado este concepto, se verá con claridad el alcance de la evolución a que he hecho referencia y podrá darse respuesta a las otras interrogaciones.

Universidad es un «instituto público donde se cursan todas o varias de las facultades de derecho, medicina, farmacia, filosofía y letras y ciencias exactas, físicas y naturales, y se confieren los grados correspondientes», dice el Diccionario de la Real Academia Española. Esta definición da la idea clásica y corriente de lo que se entiende por Universidad. Muchas veces en lugar de público decimos instituto superior, con lo cual elevamos un poco más nuestro pensamiento; mas siempre él va hacia la materialización de un conjunto de edificios más o menos modernos o más o menos antiguos, donde funcionan los diferentes cursos. Seguramente los señores académicos, evitando todas las dificultades de una definición, quisieron señalar la característica que distingue a este instituto de otros de la enseñanza que proporciona, dejando, sí, claramente indicada la finalidad que persigue de conferir grados.

En efecto, se ha entendido generalmente que una Universidad es un instituto que prepara profesionales y otorga títulos, solamente.

Según expresa declaración de sus más eminentes educadores, hasta el año 1918, en términos generales se entiende, por supuesto, la Universidad argentina creía cumplir con su alta misión con sólo la formación de profesionales de la abogacía, de la medicina, etc.

Para evitar malentendidos debo insistir que este concepto es de carácter general. No se puede hablar en forma absoluta en el sentido de que la Universidad no hacía otra cosa hasta ese año, pues los hechos se encargarían de desmentir tal afirmación en muchas oportunidades, ni tampoco que desde esa fecha todo es un progreso constante en todas sus actividades.

El carácter exclusivista de la Universidad con la finalidad que queda expuesta; su espíritu tradicionalista; su aislamiento del medio en que debía actuar, por un lado, y por el otro, la forma de la enseñanza, arcaica, rutinaria, sin métodos, hacía que estos institutos de cultura superior se mantuvieran muy atrasados respecto de los centros análogos de la vieja Europa.

El doctor Alfredo L. Palacios, el talentoso escritor y educador argentino, en un trabajo admirable, puntualiza detalladamente todos los defectos de la Universidad en cuanto se refiere a la Facultad de Derecho.

Esa situación de atraso no podía mantenerse indefinidamente. El estupendo progreso material de la Argentina, particularmente de su capital; las corrientes cada vez más constantes de los principales centros culturales, y más que todo, las transformaciones ideológicas, consecuencia de la gran guerra, dan nacimiento a aspiraciones nuevas, al vehemente deseo de renovar instituciones y procedimientos. Nace así el concepto de la nueva Universidad. Córdoba, La Plata, Buenos Aires ven levantarse entre los muros universitarios una vida nueva de superiores anhelos, que quiere vibrar con el mundo exterior, vivir con él, actuar con él. Alumnos y profesores, más los primeros que los segundos, son los que inician y mantienen el movimiento reformista.

La reforma transforma las clases, hace nacer los seminarios, los centros de estudio. La Universidad no prepara ya profesionales, únicamente; hace obra de investigación; extiende la cultura al pueblo por medio de la conferencia, el libro y el folleto. Por medio de sus espléndidas bibliotecas especializadas, base principal, a mi juicio, de este enorme progreso, el público mismo vive en sus Universidades.

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Como no sería posible en un trabajo de esta naturaleza extenderse demasiado en comentarios, a pesar de la importancia del tema, debo entrar de lleno a reseñar las características, métodos etc., de los actuales estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

La sola exposición de las materias nos servirá mejor que cualquier otra cosa para comprender el adelanto y bondad de esos estudios.

PLAN DE ESTUDIOS DE ABOGACÍA

Primer año:

Introducción a las Ciencias Jurídicas y Sociales. Derecho Romano, primera parte. Derecho Internacional Público. Economía Política.

Segundo año:

Derecho Civil, primer curso. Derecho Romano, segunda parte. Derecho Político. Finanzas.

Tercer año:

Derecho Civil, segundo curso. Derecho Constitucional Argentino y Comparado. Derecho Penal, primera parte. Legislación del trabajo.

Cuarto año:

Derecho Civil, tercer curso. Derecho Comercial, primera parte. Derecho Penal, segunda parte. Derecho Rural y de Minería. Derecho Procesal, primera parte.

Quinto año:

Derecho Civil, cuarto curso. Derecho Comercial, segundo curso. Derecho Procesal, segunda parte. Filosofía del Derecho. Derecho Administrativo.

Sexto año:

Derecho Civil, quinto curso. Derecho Internacional Privado. Derecho Comercial, tercera parte. Derecho Público Provincial y Municipal.

Además el alumno debe asistir a los cursos de seminario y enseñanza práctica, que acuerde anualmente la Facultad.

PLAN DE ESTUDIOS DEL DOCTORADO DE JURISPRUDENCIA

Historia de las instituciones del Derecho Público. Historia de las instituciones del Derecho Privado. Derecho Civil comparado (Seminario). Derecho Comercial Comparado (Seminario). Filosofía.

La enseñanza de estas materias se realizará simultáneamente con las correspondientes a la de quinto año de abogacía, las dos primeras, y a las de sexto, las últimas.

El alumno debe, además, aprobar una tesis, cuyo tema fija el Consejo.

DERECHOS Y ARANCELES

Del curso de abogacía:

1). Cuatro cuotas anuales de inscripción de treinticinco pesos (moneda argentina) cada una para los regulares y una única para los libres arancelarios de ciento cuarenta pesos (moneda argentina). No hay casi ninguna diferencia entre las dos clases de alumnos, ya que la división se hace según paguen o no sus cuotas en la época de inscripción.

2). Biblioteca (pago anual). \$ 10 m/a.

3). Trabajos prácticos (pago anual). \$ 20 m/a.

4). Libreta universitaria (una sola vez, al ingresar); los regulares arancelarios pagan este derecho en cuatro cuotas de \$ 5.— cada una y los libres en una de \$ 20 m/a.

5). Diploma (derechos arancelarios y fiscales). \$ 200.—m/a.

Del curso de Doctorado en Jurisprudencia:

1). Cuatro cuotas de inscripción de \$ 35.— cada una para los regulares y una única para los libres arancelarios de \$ 140.— m/a.

2). Biblioteca (pago anual). \$ 10 m/a.

- 3). Trabajos prácticos (pago anual). \$ 20.— m/a.
- 4). Libreta universitaria (para el caso de que no hubiera sido abonada con anterioridad). \$ 20.— m/a.
- 5). Diploma (derechos arancelarios y fiscales). \$ 200.—m/a.

Ingreso al Curso de Abogacía:

Para ingresar al Curso de Abogacía se requiere la justificación de haber aprobado las materias de la enseñanza secundaria y rendir un examen, escrito y oral, sobre historia, especialmente argentina, filosofía e idiomas (francés, inglés, italiano, alemán o latín, a elección del interesado).

Quedan exceptuados del examen los bachilleres egresados del Colegio Nacional de Buenos Aires y los alumnos que reúnan determinados requisitos.

Existen cursos preparatorios de historia y filosofía, y de acuerdo con una ordenanza de 1928 se crean cursos de los idiomas que acabo de señalar siempre que haya una inscripción de 10 alumnos para latín y 20 para los otros.

Ingreso al Curso del Doctorado en Jurisprudencia:

Las condiciones y requisitos que se necesitan para ingresar al Doctorado son: tener aprobadas las materias del curso anterior de abogacía o presentar título de otra facultad, nacional o extranjera, que habilite para el ejercicio de la profesión.

CLASES

El año escolar de la Facultad de Derecho—desde el 15 de Marzo hasta el 15 de Noviembre—se inicia con un acto más o menos solemne, de carácter público, al cual deben asistir los académicos, los profesores y alumnos. El decano pronuncia el discurso inaugural. Los profesores, a su vez, tienen la obligación de pronunciar una conferencia inaugural de sus respectivos cursos sobre la materia de sus ramos.

La enseñanza se imparte en tres horas semanales para cada asignatura; de ellas, dos están a cargo del profesor titular y una del suplente. La asistencia a clases es libre. Además de las clases orales existen las de los seminarios, las del instituto de enseñanza práctica, las sesiones de los centros de estudios, y en la Universidad de La Plata, las sesiones del Instituto de Altos Estudios. La asistencia a los seminarios e institutos es obligatoria.

La clase oral es, generalmente, una verdadera conferencia, cuidadosamente preparada y mejor expuesta. A pesar de ser voluntaria la asistencia, los alumnos concurren en buen número. La excelente preparación del profesorado influye indudablemente en este hecho; sin embargo, en los últimos meses del año escolar se observa una notable disminución de estudiantes.

La asistencia libre es una de las consecuencias del movimiento reformista iniciado en el año 18. Se la defiende con entusiasmo por estimarse que a ella se debe el mejoramiento del profesorado. «Si el profesor no es competente, no tiene alumnos», se dice. Muchos son partidarios de esta forma de estudio, pues se la considera muy ventajosa desde el punto de vista anterior. No obstante, oí opiniones contrarias y pude ver, personalmente, clases a las cuales debían concurrir cien o más alumnos que tenían una escasa asistencia, no debiéndose esta circunstancia a falta de competencia del profesor. ¿A qué se debe tal cosa, entonces? Seguramente al empleo que hacen los alumnos de las horas que debían dedicar a clases en otras ocupaciones que son rentadas o simplemente no van porque no quieren, que no es ninguna razón.

PROGRAMAS

Una de las primeras novedades respecto de nosotros que nos llaman la atención es la referente a los programas de estudio. Entre nosotros, en efecto, se ha considerado un exceso la ventaja de la libertad de cátedra en los cursos universitarios, lo que ha dado margen a que no se cuente con un plan organizado y armónico, que es de una utilidad manifiesta.

Disponiendo los profesores argentinos de la «necesaria libertad» a fin de profundizar en sus conferencias los tópicos que consideren de mayor importancia y de exponer someramente aquellos que por su naturaleza no requieran el comentario detenido del catedrático, según dice textualmente una ordenanza, deben someterse a un programa previo redactado por comisiones formadas por los profesores de la materia.

Hay detalles interesantes en este importante asunto que vale la pena exponer.

Cada comisión se reúne citada por el decano de la Facultad. Las citaciones son comunicadas también al Centro de Estudiantes, que es una institución de autoridad reconocida por el Consejo Universitario. El Centro de Estudiantes puede hacer llegar por escrito sus observaciones al decano de la Fa-

cultad y aún en algunos casos concurre un delegado de los estudiantes a las reuniones de la comisión. La confección de los programas en esta forma permite incorporar en las materias de estudios los últimos adelantos en las Ciencias Jurídicas y Sociales, no sólo bajo el aspecto nacional, sino universal. (Es sabido que se da en la Argentina gran importancia al estudio comparado.)

La intervención de los alumnos no deja tampoco de ser interesante en este caso como en otros actos de la vida universitaria.

BIBLIOGRAFÍA

De conformidad con un decreto del decano, los profesores proporcionan a todo alumno que la solicite por escrito una bibliografía de obras generales de la materia que dicta o una bibliografía especial y completa sobre partes del programa del año. Está casi de más señalar la utilidad que importa esta exigencia, que hace suponer desde luego un interés de los estudiantes para ampliar o reafirmar los conocimientos de la clase.

Por otra parte, para acceder al pedido de los alumnos se necesita disponer de una buena biblioteca.

BIBLIOTECA

La Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires cuenta hoy día con una espléndida biblioteca. En obras exclusivamente de derecho tiene 73,000 volúmenes. Funciona en un amplio salón provisional mientras se termina el hermoso y monumental edificio en que se encuentra la escuela. La atienden un bibliotecario, cuatro ayudantes, dos auxiliares y cinco escribientes.

Cuanto se diga de la importancia que en el ambiente universitario se da a la biblioteca, será un pálido reflejo de la realidad. En este ambiente es frecuente oír las expresiones de laboratorio, talleres espirituales, etc. Confieso que, al principio, por lo que respecta a la Facultad de Derecho, de estudios generalmente teóricos o doctrinarios, dichas palabras disonaban en mis oídos y me parecían algo tan extraño que creía que fueran una exagerada manifestación de la vida estudiantil.

Mis visitas a la biblioteca me convencieron pronto de que, efectivamente, estas reparticiones son en la Universidad verdaderos laboratorios, donde profesores y alumnos, en crecidiísimo número, investigan o perfeccionan su saber.

Es impresionante, en verdad, la concurrencia de estas salas de estudio, tanto por su número como por su calidad. Jóvenes, ancianos, muchachos que empiezan el estudio del Derecho Romano, hombres envejecidos en las prácticas jurídicas, todos ahí forman una masa silenciosa, entregado cada cual a la lectura con un interés tan visible que yo lo quisiera para mi Patria.

La clasificación de las obras, estricta y cuidadosa; el admirable sistema de fichas; el método que se observa en todo, en fin, permite la consulta en un tiempo mínimo.

SEMINARIOS

Los seminarios son, quizá, la parte más interesante de los estudios de derecho, tanto en la Universidad de Buenos Aires como en la de La Plata. Los seminarios son cursos de carácter propiamente científico destinados a hacer obra de investigación en forma de que se permita actuar a los alumnos de manera directa y personal. El profesor dirige y colabora en la investigación y desarrollo de un tema que, en lo posible, se relacione con problemas de actualidad y cuya solución científica y práctica, al mismo tiempo, permita a la Facultad contribuir eficazmente a la dilucidación de cuestiones sociales, constitucionales, económicas, financieras, etc., planteadas en el país. El tema se divide en subtemas que se distribuyen entre los alumnos.

La organización de los seminarios está perfectamente reglamentada. Según esa reglamentación deben efectuarse dos reuniones semanales que tienen una duración de hora y media cada una. La asistencia es obligatoria.

Funcionan desde el primero de Abril hasta el 31 de Octubre. En el primer tiempo, dos o tres meses, el profesor trata de que los alumnos conozcan las fuentes de primera mano y hagan el fichaje de los elementos de que van a servirse, los meses siguientes son de orientación, elaboración de los trabajos, que son estudios monográficos, y comentarios y crítica de los mismos para llegar a un resultado de conjunto, armónico y coordinado. De esta suerte, se hace, generalmente, un trabajo de mérito y muchas veces de utilidad práctica como obra de estudio y de consulta.

El éxito de los seminarios depende en primer término del profesor, cuya competencia y método de enseñanza son de influencia decisiva en la orientación y preparación de los trabajos y depende también de los alumnos, pues según sean su

inteligencia, su espíritu de estudio, su amor por la ciencia y deseo de descubrir la verdad, así será el valor de los esfuerzos que desplieguen.

No hay uniformidad respecto del método de trabajo, como lo pude observar personalmente en las clases a que asistí. Resalta, sí, la evidencia del deseo de hacer trabajar personalmente a los alumnos; que adquieran éstos una buena orientación en los estudios, se posesionen de un método que pueda servirles de rumbo o ejemplo para sus trabajos en la futura vida profesional. Se quiere que tomen gusto por la labor de investigación, que busquen la verdad y la solución de los problemas en forma razonada y científica.

En la clase oral, que es una especie de conferencia, como lo dije más arriba, casi toda la labor corresponde al profesor.

En ella, el alumno es un ser casi inactivo. En el seminario, en cambio, la mayor parte del trabajo ha de realizarlo el estudiante. Y esto, en el desarrollo de las disciplinas científicas que cumple, va formando su mentalidad con un miraje muy amplio, más propio, hasta con cierta originalidad si se quiere. Sus instrumentos son la observación y la experimentación.

El doctor Torino, director de los seminarios, explicándome sus pensamientos, me insistía en la necesidad de mantener un buen método inductivo y de observación que mueva el espíritu del joven hacia la investigación personal. Punto esencial para estos cursos, me agregaba, es el mantenimiento, en el mismo local en que funcionan, de una biblioteca propia, fuera de la que tiene la Facultad. De este modo, las fuentes de estudio, además de estar al alcance de la mano, de hacer la obra de fácil uso, se irían ampliando en un sentido técnico. Hoy esto sólo es una aspiración.

Sería, sí, un error creer que únicamente dentro de las salas de estudio, contando con los libros, se hacen los ejercicios de seminario. Para desarrollar el tema «Las Cajas de Previsión Social» el doctor Saavedra Lamas, profesor de Legislación Social y del Trabajo, visitó con los alumnos las organizaciones administrativas correspondientes, donde aquellos recogieron todos los datos e informaciones que necesitaban. En la Facultad de Ciencias Económicas, donde estos centros de estudios han alcanzado un perfeccionamiento admirable, el método de observación directa en fuentes ajenas a la biblioteca es un hecho corriente.

El Instituto de Economía Bancaria de esa Facultad, que visité, está en relación con todos los bancos y demás instituciones de crédito no sólo de Buenos Aires sino de las demás

ciudades del país. Los trabajos que ahí se preparan son sorprendentes por su minuciosidad y por el contraloro de los datos que se llevan.

Tengo a la vista un volumen publicado este año de un *Análisis estadístico y económico de algunas series bancarias y afines en el período de 1901 a 1927*, que es una obra que sirve de consulta en el comercio argentino, resultado de los estudios que se practican en el mencionado Instituto.

Por su exposición, datos estadísticos, gráficos, cuadros detalladísimos, se ve ahí el esfuerzo serio y completo que representa la labor de un seminario.

Actualmente se hacen los siguientes seminarios en el curso de abogacía:

Derecho Romano. Primera parte del ramo.—Economía Política.—Legislación del trabajo, tercera parte.—Derecho Penal. Segunda Parte.—Derecho Comercial y Marítimo.—Derecho Civil. Cuarto Curso.—Derecho Civil. Quinto curso. En el Doctorado: Derecho Civil Comparado.—Derecho Comercial Comparado. En los años anteriores se han hecho seminarios de otros ramos, pues se van cambiando según lo disponga la Facultad.

Explicado el alcance filosófico de los seminarios, indicaré algunos temas recientemente tratados.

Tema: *Los seguros marítimos en el Derecho Comercial Comparado*. Subtema: 1.º Noción y evolución del contrato de seguro marítimo: su naturaleza y elementos esenciales.—2.º Normas aplicables a la formación del contrato; prueba, póliza; pólizas flotantes.—3.º Obligaciones del asegurado. Doctrina de la reticencia.—4.º Obligaciones del asegurador; los riesgos. Riesgos de mar y riesgos de guerra.—5.º Las cláusulas de irresponsabilidad del armador y el seguro marítimo.—6.º La acción de avería.—7.º La acción de abandono.

Otro tema: *Regímenes matrimoniales*.—*Parte Primera*.—Antecedentes históricos. Derecho antiguo y medioeval.—*Parte segunda*.—Derecho canónico. Derecho moderno.—*Parte tercera*.—Derecho contemporáneo. Clasificación de los regímenes o estatutos que han reglado o reglan actualmente en derecho comparado los intereses matrimoniales de los esposos entre sí y con relación a terceros.—*Parte cuarta*.—Antecedentes en el derecho argentino. El régimen en la época colonial y hasta la sanción del Código Civil.—*Parte quinta*.—El régimen de la sociedad conyugal en nuestro Código Civil antes de la sanción de la ley especial 11357.—*Parte sexta*.—La ley 11357. Sus propósitos. Discusión parlamentaria.—*Parte séptima*.—Régimen

actualmente en vigor. Su interpretación. Su práctica. Doctrina y jurisprudencia.

Otro tema: *La causa en las obligaciones contractuales*. Subtemas.—1. En Derecho Romano y Español.—2. En la antigua doctrina francesa.—3. En la doctrina moderna.—4. En la doctrina contemporánea francesa.—5. En la jurisprudencia francesa.—6. En la legislación comparada.—7. En la doctrina y legislación argentina.—8. En la jurisprudencia argentina.—9. En el Derecho anglo americano.

Sería largo entrar en muchos detalles de esta clase, pero debo, sin embargo, recordar otro tema: *El enriquecimiento sin causa*, cuyo subtema «Evolución del principio a través de la legislación chilena» fué ampliamente desarrollado como si hubiera sido hecho en nuestra Universidad. Como chileno el hecho debió llamarme gratamente la atención.

Tuve el agrado de asistir a varios de estos cursos de seminarios y en todos ellos pude observar un intenso espíritu de estudio, un afán creciente de trabajo y colaboración entre los alumnos y entre éstos y el profesor. Quizá sea esta particularidad la más notable como mira pedagógica, como también el propósito de que los alumnos se acostumbren a un buen método de estudio: desde temprano adquieren el hábito de pensar por sí solos.

Debo recordar con particular complacencia los seminarios de los distinguidos profesores doctores Pablo Calatayud y Alejandro M. Unsain, de Civil, Comparado y Legislación del Trabajo, respectivamente. Si dijera que eran cursos brillantes, no incurriría en ninguna exageración.

EL INSTITUTO DE ENSEÑANZA PRÁCTICA

El Instituto de Enseñanza Práctica es una sección que forma parte integrante de la Escuela de Derecho. La asistencia es obligatoria. No se otorga el título de abogado si el postulante no acredita cien asistencias al Instituto en un término de dos años y si no ha escrito tres monografías sobre los casos que se le han indicado.

Se compone a su vez de varias secciones que funcionan en la misma Escuela, salvo el consultorio jurídico que está instalado en el edificio de los Tribunales.

Para inscribirse, el alumno debe tener aprobadas dos materias codificadas.

La finalidad que se persigue es poner a los estudiantes frente a la realidad, ante los problemas mismos del derecho, de

suerte que su estudio sea un complemento de la enseñanza técnica que se proporciona en las clases orales.

Una corta explicación del funcionamiento de las diferentes secciones dará una idea más exacta de lo que es el Instituto.

Primera sección.—Se prepara a los alumnos en el campo procesal, enseñándoseles las formas de los juicios, la redacción de las diversas piezas que los componen, la verificación de la prueba. Se les plantean problemas jurídicos que deben tramitar y resolver en forma práctica. Poco a poco se les presentan cuestiones más complejas. Se dan las argumentaciones contrarias, se discute la doctrina, etc.

Segunda sección.—Se trabaja aquí en expedientes judiciales auténticos, cuyas piezas se dan a conocer minuciosamente.

Tercera sección.—Se llevan casos prácticos que se estudian y resuelven como si fuera en la vida real.

Cuarta sección.—Se da especial importancia a la redacción de escritos, contratos, etc.

Quinta sección.—Los alumnos deben asistir al Consultorio Jurídico que funciona en el Colegio de Abogados. Ahí atienden las consultas que se producen.

Sexta sección.—Se siguen juicios completos, ordinarios, especiales, etc. Se hacen estudios de juicios terminados.

Séptima sección.—Se da enseñanza práctica sobre derecho procesal y derecho sustantivo.

Octava sección.—Se lleva la jurisprudencia de los Tribunales en forma minuciosísima.

CENTROS DE ESTUDIOS

Desde el año 1924 funcionan los centros de estudios de materias que figuran en el plan de trabajos del año o que están relacionados con él. Los trabajos que se hacen en estos centros tienen equivalencia con los de los cursos de seminario.

Cada día estos centros de estudios toman mayor importancia.

Es notable el Centro de Estudio de Derecho Penal dirigido por el eminente profesor, decano de la Facultad, doctor Juan P. Ramos.

EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Además de los cursos señalados, existe la extensión universitaria, que complementa la enseñanza por un lado, y, por el otro, prolonga la vida universitaria hacia el exterior.

ACADEMIA. «REVISTA DE DERECHO». MUSEO SOCIAL

Para el fomento del estudio del derecho y ciencias sociales la Facultad cuenta con una Academia, institución ya respetable, a la cual pertenecen los profesores que más se han distinguido. No sólo respetable sino utilísima es la *Revista de Derecho*, publicación que es suficientemente conocida en todo el continente y aún fuera de él. También se cuenta con un Instituto de información, estudios y acción sociales (Museo Social) que está llamado a desarrollar una importantísima labor.

EXÁMENES. TESIS

Hay tres épocas de exámenes: Marzo, Julio y Diciembre. Los alumnos para recibir su título deben desarrollar una tesis que será un trabajo de investigación personal. Se presentará escrita a máquina, en papel de oficio, en cinco ejemplares. Después tienen que hacer una exposición de la materia ante la respectiva Comisión Examinadora.

REVALIDACIÓN DE TÍTULOS

La Facultad de Derecho revalida los títulos profesionales expedidos por Universidades extranjeras, equivalentes a los otorgados por ella. Para este fin, la persona interesada debe presentar su título legalizado, justificar la identidad de su persona y la reciprocidad de parte de la Universidad que lo hubiera otorgado y someterse a pruebas de suficiencia sobre Derecho Constitucional, Derecho Civil y Legislación de minas y rural, en primer término, Derecho Comercial, Derecho Penal y Derecho de Procedimiento en segundo.

El arancel de derechos para los exámenes de revalidación o habilitación de títulos es el siguiente: Para los doctores en jurisprudencia y abogados, tres mil pesos moneda argentina. Para los escribanos, mil quinientos pesos moneda argentina.

NOTARIADO. DIPLOMACIA. CURSO DE PROCURACIÓN

En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, además de los cursos de Abogacía y Doctorado, funcionan los siguientes:

Notariado, que se estudia en tres años, en la siguiente forma:

Primer año: Derecho Civil, primer curso. Derecho comercial, primer curso. Elementos de derecho constitucional y administrativo.

Segundo año: Derecho Civil, segundo curso. Derecho comercial, segundo curso (marítimo y quiebras). Derecho civil tercer curso. Procedimiento civil.

Tercer año: Derecho Civil, cuarto curso. Derecho Civil, quinto curso. Legislación y procedimiento penal.

Diplomacia, que se estudia en dos años, como sigue:

Primer año: Derecho constitucional. Derecho Civil. Derecho internacional público. Economía política y finanzas.

Segundo año: Derecho Civil. Derecho marítimo y legislación aduanera. Derecho diplomático. Derecho internacional privado. Geografía económica nacional. Fuentes de la riqueza nacional. Estadística.

Procuración, en dos años:

Primer año: Elementos de derecho público (constitucional y administrativo). Derecho Civil (libros 1 y 2). Organización judicial y procedimientos civiles.

Segundo año: Derecho comercial. Derecho Civil (libros 3 y 4). Legislación y procedimientos penales.

A mi juicio, no hay razones serias que justifiquen la existencia de estos tres cursos, que no hacen otra cosa que aumentar el ya excesivo número de titulados. Para las notarías, carrera diplomática y procuraduría debería exigirse el título de Abogado, con lo cual se haría una carrera más seria.

Desde luego, se puede decir que ya está suprimido el curso de diplomacia.

LA INTERVENCIÓN DE LOS ALUMNOS EN LOS ESTUDIOS Y EN EL GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD

Es interesante desde muchos puntos de vista dar a conocer la intervención de los estudiantes en el gobierno universitario y, para este efecto, empezaré por señalar la composición general de las autoridades superiores.

De acuerdo con una ley, la Universidad goza de autonomía y su gobierno lo constituyen: Primero. La Asamblea universitaria; Segundo. El Consejo Superior; Tercero. El Rector; Cuarto. Los Consejos Directivos.

La Asamblea universitaria está formada por los miembros de los consejos directivos de las Facultades. El Consejo Su-

perior se compone del Rector, de los decanos de las Facultades y dos delegados de cada una de éstas, que no podrán ser miembros del Consejo directivo. Los Consejos directivos, que gobiernan las Facultades, se componen del decano y catorce consejeros. Aquí, en estos consejos, está precisamente la intervención estudiantil.

El artículo 26, N.º 2, de los Estatutos, dispone la forma de elección de los Consejos estudiantiles y dice textualmente que se elegirán «cuatro consejeros, a propuesta de un comicio en que votarán delegados de los estudiantes en número igual al número de profesores titulados: a).—Los delegados de los estudiantes serán elegidos en un comicio primario, en el cual tendrán derecho a votar únicamente los alumnos regulares de los tres últimos años en las escuelas de cuatro o más años, de los dos últimos años en las escuelas de tres años, del último año en las escuelas de dos años: la elección deberá recaer en alumnos regulares que no repitan curso. b).—El número de estudiantes electores que corresponde a cada escuela será fijado por el Consejo directivo, proporcionalmente al número de alumnos regulares inscritos en las diversas escuelas que forman las respectivas Facultades. c).—Los electores que corresponden a cada escuela serán elegidos únicamente por los estudiantes con derecho a votar en el comicio primario de la escuela respectiva».

El número 3 del mismo artículo 26 prescribe que los comicios (elecciones) serán convocados con ocho días de anticipación por lo menos.

Me he detenido especialmente en este capítulo con un poco más de atención, pues la cuestión de que trata es de una actualidad extraordinaria.

Tanto en la Universidad de Buenos Aires como en la de La Plata oí comentarios favorables respecto de la intervención de los alumnos que, son los mejores cooperadores del mejoramiento de la enseñanza. Su intervención en la confección de los programas, la parte que se refiere a las bibliografías, etc., es de utilidad manifiesta. La intervención en el gobierno mismo de la Universidad es una conquista que ha traído beneficios para la cooperación desde muchos puntos de vista. La ha rejuvenecido, sacándola de su carácter demasiado solemne y arcaico; ha hecho que se mantenga una más lógica y humana preocupación por los jóvenes, como debe ser en realidad, pues al fin y al cabo la Universidad existe principalmente por ellos y para ellos; llevándole más inquietud espiritual le han dado más vida y fuerza al organismo, etc., etc.

Mas existe un *pero* muy grave en esta intervención, que preocupa hondamente a los educadores y a la prensa seria del país. El se refiere a la forma de elección de los consejeros estudiantes, a los comicios. Estos comicios, en primer término, se prolongan demasiado, siendo ya excesivamente largos los actos preparatorios. En su preparación y celebración los alumnos pierden semanas y meses, con perjuicio evidente para sus estudios, como ha de comprenderse. En seguida, como si lo anterior no fuera suficiente, los comicios se celebran en forma que recuerda los antiguos actos electorales de la política con todos sus defectos y corruptelas.

El doctor Palacios, gran amigo de los estudiantes, leader de sus aspiraciones, manifestaba este año una enérgica protesta contra estos procedimientos viciosos que tanto daño hacen a la juventud misma.

«Violencias y fraudes en algunas casas de estudios, *compra de votos* en nuestra casa—decía—son hechos que consternan y ponen en grave peligro nuestras instituciones, pues de la Universidad saldrán los hombres que gobernarán el país.»

La Nación de Buenos Aires (Editorial de 9 de Agosto) decía: «El ejercicio de la pequeña parte de la soberanía universitaria que cabe a cada uno de los afiliados a una facultad, demanda tal suma de energías que la docencia y el aprendizaje quedan relegados a un plano inferior.»

Así como es sumamente interesante y provechoso conocer los grandes adelantos de la Universidad, es también útil señalar los defectos y vacíos que puedan observarse para sacar de ellos la experiencia del caso. En esta virtud he querido exponer las observaciones anteriores, que están confirmadas, desgraciadamente, por actos posteriores.

UNIVERSIDAD DE LA PLATA

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

Si se hiciese un estudio comparativo y de conjunto de las dos grandes Universidades argentinas, la de Buenos Aires y la de La Plata, seguramente, se llevaría la última la supremacía en cuanto a espíritu innovador y a modernidad. El mismo hecho del número relativamente corto de años con que cuenta (fué constituida en Universidad Nacional por ley convenio de 1905) ha permitido a sus directores abrirse camino en una marcha ascendente, sin tener que luchar contra la rutina y la tradición, que son, como se sabe, tan serios obstáculos.

La Universidad de La Plata, organizada sobre bases más modernas, cuenta visiblemente con ese gran espíritu de renovación. Se patentiza en innumerables hechos el afán de progreso, de perfeccionamiento constante.

La Universidad misma, como conjunto de facultades, es una organización admirable, existiendo entre todos sus componentes una estrecha coordinación. Se desea que haya entre las diversas facultades más relación, más contacto, a fin de establecer, en lo posible, beneficios recíprocos. Al servicio de esta idea pone sus mejores esfuerzos su Presidente, Dr. Ramón C. Loyarte.

Por lo que respecta a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, ésta ha adoptado los últimos adelantos en materia de enseñanza, en forma, sí, más restringida que en la de Buenos Aires, por lo cual he preferido dar a conocer a aquélla más detalladamente. De todos modos, debo indicar algunas particularidades.

Una diferencia importante entre las dos facultades existe en lo relacionado con el plan de Estudios, que en la Universidad de La Plata comprende cuatro años, solamente, para la abogacía.

Ese plan es el siguiente:

ABOGACÍA

Primer año: Evolución de las instituciones jurídicas de Roma. Historia del Derecho Argentino. Historia constitucional de la República. Economía Política. Derecho Civil (primer curso).

Segundo año: Derecho Civil (segundo curso). Derecho Comercial (primer curso). Derecho Constitucional. Derecho Penal y Régimen Carcelario. Derecho Público Provincial y Municipal.

Tercer año: Derecho Civil (tercer curso). Derecho Comercial (segundo curso). Legislación del Trabajo. Legislación administrativa. Organización Judicial y Procedimientos Penales. Derecho Federal.

Cuarto año: Derecho Civil (cuarto curso). Derecho Marítimo y Legislación Aduanera. Finanzas. Derecho Procesal, Civil y Comercial. Derecho Internacional Privado.

DOCTORADO

Primer año: Derecho Ferroviario. Derecho Privado actual

(últimas transformaciones). Historia de las instituciones representativas.

Segundo año: Derecho Público actual (últimas transformaciones). Política Económica. Derecho Internacional Público (soluciones diplomáticas).

CURSOS DE SEMINARIOS

Este año funcionaban, además, los siguientes cursos de seminario:

De Derecho Civil. De Derecho Penal. De Derecho Público, Provincial y Municipal. De Legislación del Trabajo. De Economía Política.

CURSOS DE ADAPTACIÓN PROFESIONAL

Instituto de Enseñanza práctica en Buenos Aires

Estos cursos comprenden el estudio de la Organización Judicial y Procedimientos Penales, el Derecho Procesal, Civil y Comercial.

MUSEO VUCETICH Y LABORATORIO DE IDENTIFICACIÓN

Dependiente de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales «con fines de extensión universitaria», funcionan el Museo Vucetich y el laboratorio de identificación. Como es conocido el «sistema de identificación por las impresiones digitales» creado por el sabio Juan Vucetich, detallarlo y hablar del museo mismo sería obra extensa, por lo cual no puedo sino señalarlo en este trabajo.

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS JURÍDICOS

Dada su indiscutible importancia, y, por lo demás, su gran novedad en los estudios universitarios, debo llamar especialmente la atención sobre la existencia del Instituto de Altos Estudios Jurídicos, creado en 1928 y que funciona desde este año con el fin de contribuir al estudio y solución práctica de los problemas jurídicos y sociales de interés para el país.

Sobre los fundamentos de su creación, voy a exponer la autorizada opinión del Dr. David Lazcano, decano de la Facultad, y a quien se debe esta interesante iniciativa:

«Desde hace algún tiempo, viene siendo una preocupación

principal de las universidades de todos los países la necesidad de intensificar ciertos estudios con vista a la sociedad donde actúan. Es así que se han creado organismos dependientes de las Facultades o patrocinados por ellas con otros fines que los exclusivamente docentes, para realizar la función social que la Universidad Moderna está llamada a llenar. Ese carácter tiene el Institut für Auslandsrecht de Berlín, el Instituto de Derecho Comparado de Lyon, el Instituto Universitario des Hautes Etudes Internationales de Ginebra, el similar de París, etc. Entre nosotros la Facultad de Derecho de Buenos Aires ha organizado varios centros de estudios especiales, como el de Derecho Penal y el de Filosofía; la Facultad de Derecho de Córdoba creó el Instituto de Derecho Civil comparado, y la Universidad del Litoral acaba de fundar el Instituto Social.

«Nuestra Facultad debe hacer lo propio; no puede permanecer al margen de los grandes problemas jurídicos y sociales que agitan al país. Su carácter de centro de alta cultura le impone el deber de participar, dentro de su esfera de acción en la vida institucional de la República, aportando su contribución científica para facilitar la solución de los asuntos de interés general atingentes a las disciplinas que constituyen su especialidad.

«Para llenar este vacío, proyecté la creación de un instituto de altos estudios jurídicos y sociales, que no tendría como objeto permanente de su labor una sola especialidad, sino durante un tiempo determinado: el necesario para estudiar la cuestión planteada con la profundidad que sea menester y dar cima a un trabajo orgánico y completo. De esta manera podría considerarse a su turno y según lo aconsejan las circunstancias, asuntos de índole estrictamente jurídica, política, económica, social, etc.

«Nuestra Facultad es relativamente joven para que pueda tener una tradición en determinada especialidad. Por más que haya organizado sus estudios con una orientación prevalente del Derecho Público, no constituye éste, por el momento, una vocación científica que convenga cultivar o desarrollar con exclusión de las demás disciplinas jurídicas. De ahí que no existe razón alguna para que el instituto reduzca su campo de trabajos e investigaciones a una sola materia, menos aún cuando la acción de la Universidad puede ser necesaria en distintos sentidos dada la complejidad y multiplicidad de los problemas contemporáneo; hoy es la reforma del Código Civil,

mañana puede ser el problema del petróleo, después el régimen financiero lo que interese su atención.

«Lo interesante es que la Facultad pueda expresar su pensamiento sobre los asuntos trascendentales que preocupan al país y al mismo tiempo contribuya al mejoramiento de la Legislación con antecedentes, principios, consejos, etc., aprovechables por los legisladores. Esto último, sobre todo, lo considero de conveniencia actual en atención a que, por razones que no es del caso puntualizar, el Congreso y las legislaturas provinciales tropiezan con serias dificultades en la elaboración de leyes.

«Creo innecesario hacer presente que este organismo no puede ser sustituido por los Seminarios que con marcado éxito funcionan en la casa. Estos difieren de aquél en que tienen y deben tener un propósito exclusivamente docente; constituyen un sistema didáctico en el cual se aplica el método experimental; su objetivo es el estudiante a quien se le quiere dar un hogar de investigación para que haga exégesis de textos y discernimiento de hechos. El instituto, en cambio, tiende a realizar la función social que a la Facultad le incumbe.»



El instituto funcionará en ejercicios sucesivos de dos años, cada uno de los cuales se concretará a una determinada materia. Forman parte de él los profesores de la Facultad, los abogados y doctores que se inscriban y estudiantes de cursos superiores.

En el presente año, a cargo del director Dr. Juan Carlos Rébora, el instituto ha cumplido una interesante labor y cuyo tema *Contribución a la obra preparatoria de la reforma del Código Civil* se ha desarrollado como sigue:

a) Separación con destino a un capítulo o título anexo al Código Civil, de todas las «leyes de derecho internacional privado» que éste contiene; b) Igual separación de las «leyes de aplicación» (disposiciones de procedimientos judicial o administrativo); c) separación de principios meramente doctrinarios, y especialmente de las definiciones; d) traslación de textos, con tendencia a un mejor orden lógico y a la agrupación de leyes consagradoras de un mismo principio; e) Eliminación de redundancias, determinación de incongruencias y supresión de principios meramente doctrinarios.

El estudio se completará con los siguientes trabajos: f) Determinación de los casos en que otros Códigos o leyes nacionales se desvían de doctrinas fundamentales aceptadas por el Código Civil; g) Determinación de las correcciones gramaticales que deberían proponerse, a los textos que subsistiesen; h) Compilación, estudio y comparación de todos los proyectos presentados al Congreso desde la promulgación de la ley de erratas de 1882; i) Consolidación en el Código de todas las leyes que lo han modificado explícitamente, y correlación de las que lo han modificado implícitamente.

Actualmente una comisión oficial compuesta de legisladores, profesores y jueces superiores estudia la reforma del Código Civil argentino.

El Instituto de Altos Estudios de La Plata colabora indirectamente en esa reforma, aportando un acervo de conocimientos de incalculable valor.

Fué para mí muy grato concurrir a los estudios que hacía el Instituto, invitado gentilmente por su director. El carácter y la seriedad de los estudios no me llamaron tanto la atención, pues ya estaba en antecedentes de tal cosa, como el hecho de ser la mayoría de los asistentes abogados ya, que voluntariamente se imponían esta tarea para perfeccionarse en sus conocimientos jurídicos mediante el trabajo en colaboración y realizar, al mismo tiempo, una obra de interés para el país. Es decir, como me explicaba el doctor Rébora, quiere la Universidad formar hombres más completos como profesionales y de una mentalidad más amplia como ciudadanos.

OBSERVACIONES GENERALES

Después de más de diez años de iniciado el gran movimiento reformista, podría preguntarse si la obra de renovación ha dado ya todos sus frutos.

Los seminarios, institutos, centros de estudios, que han venido implantándose poco a poco, están dando, indudablemente, los mejores resultados. Cabe, sí, observar que ellos no son aprovechados ampliamente, sino por una cuota relativamente baja de alumnos, en comparación con el total de inscritos que pasa de muchos centenares.

La asistencia libre permite el mantenimiento en la Universidad de un gran número de alumnos, pero más en el nombre, salvo para los comicios electorales, donde se hacen presentes los que no han concurrido nunca a clases y que son, seguramente, los causantes del orden de cosas que se lamenta.

Las dos grandes Universidades argentinas, de Buenos Aires y de La Plata, son hoy grandes laboratorios de experimentación de la enseñanza. Sus dirigentes se afanan en introducir los mayores adelantos y progresos en forma de hacerlas servir lo más eficazmente posible a sus fines primordiales de docencia, de investigación y extensión de la cultura hacia el pueblo. Lo han conseguido ya, en gran parte, lo que es su mejor galardón.



Antes de terminar, debo cumplir con el deber de dejar constancia de mis agradecimientos por las facilidades y atenciones que en todo momento encontré de parte de los dirigentes y profesores universitarios, de los Rectores de las Universidades de Buenos Aires y la de La Plata, Dres. Ricardo Rojas y Ramón Loyarte, respectivamente, de sus decanos Dres. Juan P. Ramos y David Lazcano, del vice decano Dr. Pablo Calatayud y en forma muy particular, del Dr. Carlos Alberto Alcorta, distinguido profesor de Derecho Internacional Privado, que tuvo gentilezas que guardo con profunda gratitud.

Domingo Melfi

PANORAMA UNIVERSAL

LA REVISIÓN DESPUÉS DE LA GUERRA

LOS publicistas de la Rusia Roja iniciaron la revisión de los documentos secretos de su historia diplomática. Mostraron al mundo toda la verdad que los políticos del zarismo se obstinaron en ocultar. Parecían estar poseídos de un espíritu demoníaco de investigación y de análisis y con un sentido implacable de crítica bajaron hasta lo más escondido de las galerías subterráneas, y tal que si acabaran de descubrir un tesoro, asomaron, temblorosos, con las manos llenas de documentos.

Europa ha seguido este mismo rumbo, sin trepidar, poseída también de un vértigo de sinceridad que hace pensar en que se encuentra al borde de una nueva catástrofe y trata de evitarla, mostrando las llagas que la llevaron a derramar tanta sangre. Políticos, diplomáticos y novelistas extraen del fondo de los archivos o del surco todavía abierto de las trincheras, el secreto y el horror de la hecatombe inútil. Parecen decir: «La humanidad ha vivido de mitos, de leyendas, de errores, de prejuicios. Vamos a descomponer pieza por pieza el complicado mecanismo del pasado, para que las generaciones de hoy, más conscientes de su destino, vean

hasta qué punto están pagando las culpas y los errores de los hombres que fueron erigidos en símbolos. . . .»

Y así los hombres que parecían héroes quedan reducidos a las proporciones de simples seres humanos con todas las ambiciones y miserias que son privativas del común de los hombres. A estos investigadores de una realidad que vivió oculta les importa menos la ira de muchos de sus contemporáneos que la reconstrucción simple y precisa de los hechos y de los personajes. Rehacen la historia, arrancan las caretas con que los diplomáticos cubrieron sus perfidias, quiebran los prejuicios, descubren los caminos tapiados por el disimulo y muestran en toda su impresionante desnudez la deslealtad, el capricho, la ambición, el mal. Son investigadores libres, temerarios y enérgicos; héroes de una guerra sin trincheras, que no habrían podido subsistir años atrás en medio de la vorágine envenenada de Europa.

En Francia inició esta revisión implacable Pierrefeu, en un libro que causó sensación: *Plutarco ha mentido*. Hacía la historia de los héroes, pero no en sus debilidades de alcoba ni en sus secretos íntimos, sino en el error, como conductores de la guerra. Pierrefeu tenía la misión de redactar durante la guerra, día por día, a las tres de la tarde, el comunicado oficial de los ejércitos. Es decir la mentira oficial. . . . El demostró más tarde que en realidad era el redactor obligado de las mentiras piadosas, con las cuales se calmaba la ansiedad de Francia y del mundo. En su libro salían mal parados Joffre, Foch, Petain y Gallieni. Dejaban de ser los héroes que el mundo había admirado, para convertirse en juguete de los acontecimientos. La guerra no la habían ganado los jefes, que cometieron errores, sino la muchedumbre. La victoria del Marne no era más que una retirada temerosa de French; y por tanto Joffre la había ganado por casualidad; Foch era un testarudo, junto con todo su Cuartel General, pues se

obstinó en creer que los alemanes entrarían por Alsacia y Lorena, y los generales que habían previsto la invasión por Bélgica, fueron castigados. Muchos de los jefes franceses se detestaban entre sí. Al frente iban los rencores vivos, las pasiones desnudas. Entre tanto la masa avanzaba o retrocedía, ignorante de las pasioncillas de sus conductores.

Francia vivió días amargos con el libro sensacional de Pierrefeu, quizá exagerado; tal vez lleno con la pasión de un hombre al que las circunstancias obligaron a mentir cada día; pero luego Francia comprendió que era ese el mejor medio para penetrar en el fondo de la verdad que se le había ocultado sistemáticamente. Un millón de muertos y 700 mil mutilados era la pirámide sobre la que monsieur Pierrefeu se había encaramado para lanzar sus demoleadoras carcajadas....

Luego surgieron los libros ingleses y alemanes. Los almirantes ingleses siguieron el mismo camino. Se trataba de fijar las responsabilidades, los desaciertos, los errores, y para ello no había más remedio que hablar fuerte y claro. Resonó entonces la voz seca y dura del almirante Jellicoe acusando a Beety de no haber sabido manejarse en la batalla naval de Jutlandia. El poder naval inglés había estado a punto de hundirse. Un calofrío de terror arañó la espina dorsal de Inglaterra. Londres vivió minutos trágicos, quizá más impresionantes y más crueles que los que hubo de soportar cuando los ejércitos alemanes se acercaban rápidamente a Calais. Días sombríos para el orgullo insular de los británicos que sentían ya en sus costas el torbellino de la avalancha germánica.

Revisión implacable de errores que estimula y que sólo es posible en pueblos de conciencia democrática capaces de mirar con entereza sus propias culpas. Los escritores y políticos de Europa dan un ejemplo saludable a los países de Hispano América que viven ocultando sus miserias y sus desaciertos como esas familias

arruinadas que fingen bienestar o como esos enfermos que cubren las llagas de su podredumbre.

Ludwig, en Alemania, no ha trepidado en descorrer el velo de las perfidias de sus diplomáticos y gobernantes que arrojaron a la civilización occidental en la espantosa catástrofe que todos estamos pagando. *Guillermo II* podrá ser un libro apasionado pero es en todo caso un documento de inestimable valor como lo es *1914*, el libro de la historia diplomática de la guerra. En sus manos de investigador voraz se ve el temblor de los hilos ocultos que vibraron desde Berlín a Viena, de Viena a San Petersburgo, de Londres a París, de París a Roma. El mundo occidental de antes de 1914 revive con sus emboscadas, con sus deslealtades, con sus agonías. Lo levanta como si fuera un cuerpo muerto, para mostrar los surcos y los caminos a través de los cuales se arrastró la ambición fría de los gobernantes. El hombre de hoy, para el que ya no existen héroes ni símbolos—tal vez sea este el secreto de la profusión con que ahora se escriben biografías noveladas de grandes hombres...—, puede palpar la terrible realidad de los días que precedieron al gran drama europeo. Puede asimismo conocer las pequeñas pasiones, los orgullos morbosos, las torpezas de los políticos ignorantes, las imprudencias criminales, los odios de las castas monárquicas, el desprecio de los capitalistas a las masas famélicas. Hay, a pesar de todo, en esas revisiones, una realidad desgarradora que conmueve. Evoca al actor que se despoja de los trajes ostentosos que vistió una hora para volver a la realidad opaca y triste de su vida cotidiana.... Realidad mezquina y vergonzante de hombre acosado por las necesidades y las penurias de una existencia difícil.

Lo grande es el patetismo, la dramaticidad de las obras que produce el dolor de los que fueron víctimas de un penoso y estéril sacrificio. Parecen devorados por el frenesí de la confesión. Tienen prisa de descargar

el corazón, quizá la conciencia, como si estuvieran a las puertas de un mundo tenebroso, en el que se les exigiera, para penetrar, alivianarse de las culpas. ¡Y no son culpables!. . . Pero hablan el lenguaje dramático de los que sufrieron; habla por ellos una generación desorientada, que no sabe qué camino seguir, porque Europa, como antes de 1914, parece de nuevo acometida por el vértigo de la desesperación. Escritores y pensadores toman posiciones netas. El orden social reinante, según ellos, va a arrastrarlos a la misma vorágine y urge entonces sacudir a las masas, mostrándoles el vacío y la soledad de sus existencias. Esta literatura es de combate, más que de otra cosa. Su naturalismo es excitante y angustioso porque no se contenta con describir únicamente las costumbres, sino que impone derroteros y abre simas inesperadas en la conciencia de los lectores.

Se comprende que en los países americanos estos libros obtengan éxitos tan definitivos. Las clases sociales americanas viven también desorientadas, sin ideales, ahogadas en una espantosa soledad interior. Encuentran, por tanto, una secreta analogía con el alma centrífuga de esas generaciones europeas que perdieron la fe en una lucha bárbara e inútil y vieron caer a su lado, en el lodo de las trincheras, a los hombres mejor dotados por el destino para luchar y vencer en las horas pacíficas.

Quien lea el libro póstumo de Clemenceau, *Grandezas y miserias de una victoria*, comprenderá hasta qué punto los bastidores de la historia están amasados, en realidad, con más miserias que grandezas. El espíritu crítico de la nueva generación no perdona los yerros de los que, bien o mal, asumieron el papel de conductores. El documento ofrece esta garantía. Rehace una verdad que se mantenía oculta y ayuda a construir una realidad que aunque dolorosa, sirve para enmendar los rumbos futuros. El ilustre muerto arroja

todavía desde ultratumba sus feroces sarcasmos. Se defiende de los que intentaron restarle méritos a su acción. Parece ansioso de llegar pronto a la inmortalidad y entonces con golpes que parecen codazos y sonrisas que parecen rugidos, el Tigre abre el camino para llegar al sitio que le corresponde. Así se baten los héroes.

Es natural que las generaciones de hoy que leen estos libros sonrían con un poco de ironía

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

España docente

SE multiplican las visitas de escritores franceses a España. Conferencias y conversaciones, fecundo intercambio espiritual. A París vienen con frecuencia escritores y artistas de más allá de los Pirineos. Gómez de la Serna que quisiera establecerse en París. Enrique Díez Canedo, el notable crítico, que estudia el movimiento teatral. Ors que asiste, como delegado de la península a las sesiones del Instituto de Cooperación intelectual. Ortega saludado como joven maestro. Don Rafael Altamira que en plena Sorbona estudia la evolución del pensamiento español. Se avecinan los dos pueblos en el orden espiritual. Francia se interesa por lo ibérico, editores y revistas le consagran vigilante atención.

España enseña. Ningún Marinetti reniega de museos y sagradas vejeces e impone la consideración de lo actual con frenesí, en la nación tramontana remozada; y así puede el extranjero asociar el amor a lo pretérito y la simpatía por el trabajo actual. Tantos amables peregrinos nos enseñan cómo trabaja la España moza, no contra el régimen, decía recientemente uno de ellos, sino fuera de la acción política del Directorio, en libre y saludable empeño. Se prepara así un firme renacimiento espiritual o, mejor dicho, asistimos ya a un extraordinario florecimiento de ideas y de formas donde lo castizo prepondera.

¿Avanza hacia un siglo de oro la nueva generación resuelta y lúcida? No lo sabemos. Se ha desnudado de su pesimismo, cree en la nobleza y en la eficacia de su esfuerzo. Sin renunciar a la crítica, afirma y construye. El afán demoleedor parece vencido por un ímpetu vernal. Se anuncia la publicación de dos diarios nuevos que defenderán doctrinas de la derecha,

de reacción, frente a la abundancia de órganos del pensamiento liberal. Los jóvenes van a fundar una revista, *Nueva España*, heredera de esa otra *España* tan brillante de Ortega, de Araquistain, de tantos otros. Poderosas y flamantes casas de edición, como la Compañía Ibero-americana de Madrid, puede decirse que crean un mercado para sus libros, se dirigen a más vastas áreas del público, dilatan la curiosidad de abundantes lectores. Cien mil ejemplares ha alcanzado la edición española del libro de Remarque *Sin novedad en el frente*. La literatura alemana sobre la guerra, en traducciones españolas, está destinada a apasionar al público peninsular.

Por otra parte, es más brillante y más segura la carrera del hombre de letras. El público lo sigue, se extiende su influencia, va constituyéndose esa clase de lectores que no vaca a la función de escribir o de enseñar y que se interesa, sin embargo, por el libro, la conferencia o el folleto.

La generación del 98 no abandona la estacada. Continúa escribiendo, dirigiendo la opinión, europeizando al país sin renegar de lo tradicional. *Azorín* se renueva, como en otro orden Marcel Prévost en Francia; y al otoñar escribe novelas donde aparece una nueva inquietud. Valle Inclán engarza una serie de libros semejantes a los *Episodios* galdosianos de los cuales surge la España de ayer suntuosa y traviesa. dividida en bandos, incierta entre el orden antiguo y el nuevo. Menéndez Pidal, que acaba de publicar el primer tomo de una admirable reconstrucción de la época del Cid, no abandona su obra de alta y sabia erudición, renovando la historia de la lengua y de la literatura vernáculas, rodeado de discípulos que pueden llamarse sus émulos, como Américo Castro, autor de un libro profundo de elegante construcción sobre *El pensamiento de Cervantes*. A Ortega y Gasset se dirige la gente de hoy para pedirle admoniciones y consejos, lo rodea, lo exalta y lo cita; pero él se mantiene distante, entregado a sus meditaciones, sin buscar seguidores. Es dictador, me decía en una ocasión un joven profesor de filosofía; dictador *malgré lui*. Ors anuncia la publicación de sus obras completas con el título de *Orbis pictus*, total descripción del mundo, amplia visión del continente europeo; y explica desde *La Gaceta Literaria* que en esa colección de sus libros distingue tres partes: una en que mostrará su pensamiento reducido a severa unidad, su filosofía; otra, el *Glosario*, libre y diversa como el mundo y la vida, y una tercera que relatará su lucha por la cultura en Cataluña y en otras tierras.

Cuando fervientes escritores jóvenes de la península decla-

ran que el meridiano espiritual de América pasa por Madrid, se sienten heridos en su patriotismo vehemente las generaciones prestas para dominar la vida que habitan «la gran capital del sur» como decía la canción. Empero, en diversos órdenes, la información cuidadosa, acendrada, la tradición cultural, el amor a los clásicos de la lengua, España nos hace ventaja.

En una ocasión oí decir al filósofo Bergson de regreso de Madrid que el gran pueblo convecino ceba virtudes necesarias a una Europa extraviada en querellas menores y en la frenética persecución de lo útil. Sobre un sólido basamento moral—ascetismo, hidalguía natural, hospitalidad, desdén a lo estrechamente práctico—se levanta ahora la elegante fábrica intelectual. Un espíritu fielmente vigilante de información y respeto de las letras del mundo moderno domina en ella, como escribe *La Gaceta Literaria*.

El *scholar*, el ordenador, no está todavía en el Nuevo Mundo ibérico sino en España. El gaucho de la República de las letras, escribió Menéndez y Pelayo de Sarmiento, extraño a normas, abundante, irreverente. El que había traducido con amor a Horacio y leía a Platón en griego, desconfiaba de la facilidad genial y tumultuosa. Mientras no renovemos nuestras escuelas, mientras desdeñemos las lenguas clásicas y nos extraviemos en la improvisación, hemos de acercarnos a España docente en actitud discipular.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Individualismo pero no incapacidad

(LOS JUEGOS EN LOS COLEGIOS NORTEAMERICANOS)

USAN los colegiales norteamericanos de las escuelas del Sur un juego que probablemente es común a todas las escuelas inglesas porque es como un símbolo de las cualidades de acción disciplinada que han hecho grande aquella raza. Ese juego se llama: «Follow the leader», sigue al jefe, y consiste en señalar por elección un muchacho que hace de jefe y va por delante guiando la marcha; una marcha de infantiles obstáculos a través de los campos, una simulación de guerra contra apaches o alguna proeza de agilidad, de aventura. Desde que se ha aceptado al jefe todos lo siguen, atentos a su menor indicación, solícitos en la obediencia.

cia, confiados en la dirección del que ellos mismos pusieron a la cabeza. Si como puede suceder, el jefe falla, en los siguientes juegos se le despojará de la jefatura y se nombrará otro en su lugar, pero mientras el juego está en desarrollo, nadie critica, todos se someten y siguen al jefe hasta en sus yerros menores y todos ayudan a realizar el propósito común: ninguno se adelanta para demostrar que es mejor que el jefe; todos esperan a que el jefe dé de sí todo lo que pueda y sólo después de algún fracaso o después de que se ha mostrado notoria la incapacidad del elegido se procede a buscar un nuevo leader de la tropa infantil.

Se advierte ya desde el juego escolar el poder de acción colectiva, que es patrimonio en todas las épocas de las razas que van adelante en la tarea del progreso. Se comprueba en esta elemental y voluntaria disciplina que la sumisión del grupo al jefe no está reñida con la libertad, puesto que la jefatura se da por consentimiento de cada miembro del grupo, ni está reñida con el aprovechamiento de las facultades excepcionales, de las facultades geniales puesto que periódicamente hay una especie de referendium, en el cual se aquilatan los valores de cada uno, inclusive el jefe temporal designado.

Si se compara esta diversión anglosajona con el juego habitual de ciertos colegiales de nuestros países, la simulación de la corrida de toros, por ejemplo, se advertirá, sin entrar en análisis hondos, que, así como el juego norteamericano estimula las cualidades de cooperación y de disciplina necesarias para el logro del fin colectivo, el juego nuestro—y particularmente en México— desarrolla no la emulación que contribuye al éxito sino el deseo de sobresalir a toda costa; el deseo de saltar de peón de brega a matador y en seguida el deseo de sobreponerse a todos los demás matadores con el correspondiente acompañamiento de pequeñas envidias, de pequeños rencores y con un resultado de egolatría estéril que el público se encarga de consagrar con sus aplausos y sus rechiflas. Desde allí comienza entonces a formarse ese obscuro complejo de un *contra todos*, que está implícito en el alma de muchos de nosotros y en el alma de cada uno de los ciudadanos en las épocas de decadencia en que en realidad ya no existe ni la misma ciudadanía. El reto estéril del yo contra todos, reto que debilita, que condena, en vez del yo con todos que crea las civilizaciones.

Por supuesto que a fin de que el yo con todos nos regenere, es preciso que como en el juego de los norteamericanos la autoridad se refrende y se ponga a prueba. Pero hoy sólo voy a ha-

blar de la disciplina que es indispensable para lograr un albedrío que no lleve a la destrucción, sino a la creación. Presuponiendo que el jefe lo constituimos liberalmente y con facultad de rectificación, es necesario saber cuál es la forma eficaz y varonil de la obediencia. No es decoroso ni conduce jamás a buen resultado, aceptar un jefe que nació del azar. La única manera digna de aceptar jefe es admitir sinceramente en nuestro fuero interno que el hombre que va a ser jefe está más capacitado que nosotros para la tarea especial que se le encomienda. Este reconocimiento de mayor capacidad, puede provenir o de cualidades personales del jefe o de la situación particular de la situación social en que se encuentre colocado. Desde que esto ocurre, es un deber obedecer con lealtad. Y la obediencia leal supone el sacrificio de nuestra propia opinión delante del mandato del jefe. Supongamos un oficial de marina salido recientemente de la escuela, bien sobrecargado de teoría libresca y puesto a las órdenes de un capitán práctico que da una orden que al oficial le parece, según sus cálculos y aparatos, completamente absurda. El deber del oficial será llamar la atención de su jefe, acerca del supuesto error y obedecer si el jefe insiste; pero si en vez de esto, el oficial se dice: «Mi jefe no sabe lo que yo sé, y por eso, para salvar a mi jefe de un yerro, voy a obrar de manera distinta de cómo se me ha ordenado», resultará desde luego un debilitamiento en la acción y en seguida un oficial desleal; pero no sólo eso, también inepto. Porque hay casos en que la aptitud consiste precisamente en obedecer, aún en contra de nuestra opinión. Nótese bien que yo no hablo de obediencia en algo que va contra nuestra convicción; en esos casos no hay más ley que la convicción; hablo de la necesidad de coordinar esfuerzos para una acción común en la cual cada uno ha aceptado su sitio. Y si me tocó obedecer, no debo hacer otra cosa que obedecer. Y si me convenzo de que llevo a costas un jefe mediocre, debo esperar el momento oportuno, el momento de la tregua para separarme, para renunciar, pero mientras dura el esfuerzo no debo hacer otra cosa que obedecer. El antiguo adagio afirma que no sabrá mandar quien no ha sabido obedecer. En el juego infantil del «follow the leader» no se está atento a sobrepasar al jefe ni se piensa en enmendarle la plana, se está atento a seguirlo y a colaborar con él en la aventura común; la imaginación propia se entrega a la imaginación del jefe; la voluntad propia se suma, se coordina de modo que colabore, no en forma de que sobresalga. Hay casos en que sobresalir y señalarse es un bochorno, como el recluta que pretendiera lucirse porque se

adelantaba en la marcha. Si el recluta insistiese en hacerlo pararía en el manicomio, así son—sólo que impunes y sin riesgo de manicomio, pero más dañinos—todos esos que quieren saber más que el jefe, que quieren contrariar y sobrepasar al jefe.

En los raros casos en que aparece un genio auténtico, un músico, un filósofo, la regla tampoco falla; si es genio de verdad, prestará su concurso callado, modesto, humilde a la tarea diaria que le tocará desempeñar y dejará al tiempo, al trabajo continuo y a la soledad, la tarea de ir consumando la obra maestra que aparecerá un día como revelación y sorpresa. Pero si sólo se cree filósofo, si sólo se cree músico, hará mal la tarea humilde y murmurará de todo y de todos con el pretexto de que es injusta una sociedad que lo condena a tareas inferiores. El genio, al contrario, comprende que no hay tareas inferiores; sabe que sólo hay una tarea inferior, la tarea mal hecha. El genio sabe que hay belleza en lavar un piso si se le lava bien. Y sólo hay una tarea realmente inferior, la tarea mal hecha. Y esto son en realidad, la mayor parte de los indisciplinados, la mayor parte de los incomprendidos, son ineptos. No saben seguir y por lo mismo no sabrán guiar; no saben obedecer y no sabrán mandar. El que ha ocupado en la vida todos los puestos, los altos y los bajos, o el que sabe, el que siente que su destino lo va a llevar lo mismo por abajo que por arriba, trabaja bien y trabaja siempre contento. Si está, por ejemplo, de encargado de una sección en un ministerio y advierte la pobreza del plan directivo del ministro, se dirá a sí mismo con orgullo: «Cuando sea ministro haré las cosas de otro modo; mientras tanto procuremos cumplir bien estas órdenes tontas que se volverán menos dañosas por lo bien ejecutadas.» En cambio, si el jefe de sección es uno de esos irremediables, uno de esos incomprendidos, entonces no procurará cumplir la orden o desarrollar el plan con estricto apego a su espíritu, sino que tratará de enmendarlo, lo comentará y acabará por torcerlo. Y si llega a Ministro añadirá nuevas inepticias a las inepticias de su mocedad.

Por otra parte, y desentendiéndonos del caso individual, lo que más necesita una civilización es la disciplina, la lealtad de las segundas manos. En el aspecto profundo, todos, aún los más geniales, somos segundas manos; somos porción de esfuerzo de alguna magna obra que supera nuestra misma comprensión individual. Y como todos somos un poco distintos, todos podemos desarrollar nuestra individualidad y debemos desarrollarla; pero a fin de desarrollarla no es necesario andar

atropellando, ni andar estorbando la tarea que en un momento dado hace el jefe. El que se siente verdaderamente único, está también seguro de que ha de llegarle su turno de ser jefe y entonces podrá exigir de los demás esa misma lealtad en la cooperación que él haya sabido prestar cuando iba a la cola en el deporte infantil de seguir al jefe, o en la tarea social de trabajar para una institución o para alguna empresa. El destino mismo a menudo se venga de los que descuidan la tarea secundaria y rara vez les encomienda el mando.

Esfuerzo que sólo nos lleva a sobresalir entre los demás es un esfuerzo estéril, destructivo, a menudo criminal y es siempre esfuerzo de hombre que no confía en sí mismo, de hombre inepto; en cambio, el esfuerzo realmente varonil, aún cuando sea muy individualista, tenderá a la realización de una tarea superior a la vanagloria individual, superior al interés del individuo; esfuerzo que no puede realizarse sin la cooperación leal del grupo de la sociedad, de las gentes todas de una época.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

El estilo y la composición en la obra de Marcel Proust

PROUST ya pasó, Proust es uno de tantos y nadie lo toma ahora en cuenta.» Oír esta frase en París cuando hace apenas tres años que apareció el último volumen de su obra maravillosa, causa irritante sorpresa. Como se comprende, fué enunciada por uno de estos papagayos que repiten de café en café las estupideces que sueltan a tontas y a locas los grupitos de «fracasados» que se forman aquí y allá, los que, no pudiendo levantar una obra propia, emplean su tiempo tratando de derribar la ajena. Lo terrible es que estos grupitos son los que se agitan, meten bulla y salen resultando verdaderos vocingleros de la fama.

Para describir a este tipo del crítico (o, más bien, *criticador*) vocinglero, cuadran admirablemente las palabras de Nietzsche en su lapidario capítulo «De las moscas de la plaza pública» (*Así hablaba Zaratustra*) que por falta de espacio siento citar sólo fragmentariamente:

El cómico tiene espíritu, pero poca conciencia del espíritu. Cree siempre en aquello por lo cual hace creer más enérgicamente, creer en *él mismo*.

Mañana tiene una fe nueva y pasado mañana otra más nueva. Posee sentido rápidos como el pueblo y temperaturas variables.

Derribar: a eso llama demostrar. Volver loco: a eso llama convencer. Y la sangre es para él el mejor de todos los argumentos.

Llama mentira y nada a una verdad que no penetra más que en oídos finos. Verdaderamente él no cree más que en dioses que hagan mucho ruido en el mundo.

¿Pierde Proust al «no estar de moda»? Me parece que al contrario. No ha escrito para el populacho y está bien que el populacho reniegue de él.

Más que la frase: «Proust ya pasó de moda» me dolió oír un día: «¡Ay! Proust, qué regio!» No, Proust no puede, no debe ser ni «regio», ni «macanudo»...

Como queda aún un grupo de gente que lo lee todavía, sea por goce o para discutirlo, pero esto seriamente, cual conviene entre gente honrada, me permitiré hablar un poco de él, a mi manera, aunque ésta sea mala e indigna del gran tema que me solicita.

Nada me desconcierta tanto como oír o leer que la lectura de Proust es aburridora; que su estilo es pesado; que tiene «de longueurs désespérantes». Si se le lee materialmente, tan sólo, con los ojos, lo comprendo; pero si a cada palabra, a cada frase se le da su significado, ya no entiendo; pues pocos hombres han dicho más cosas interesantes y de una manera más concisa.

Para que no se me tilde de paradójica cuando me atrevo a afirmar que Proust tiene un estilo *conciso*, invito a reflexionar unos instantes sobre lo que es la *concisión del estilo*. A mí me parece que ella consiste en no emplear sino las palabras rigurosamente necesarias para expresar el pensamiento. Ahora, si el pensamiento es complejo, sutil, variado, simuoso; dominado constantemente por la perspectiva de una cuarta dimensión, el tiempo, que lo obliga a retroceder y adelantar, aludiendo al pasado y al porvenir junto con el presente, la frase podrá ser *larga*... y *concisa* A UN MISMO TIEMPO. Será larga por el hecho de abarcar muchas cosas; y concisa porque las dirá del modo más corto sin que nada le falte, sin embargo, para su comprensión exacta.

Esta frase larga de Proust tiene el original encanto de quitarle a sus penetrantes observaciones el carácter dogmático del aforismo (aunque contienen, ellas, toda la profundidad de los mejores). Ha venido a probar elocuentemente, además,

que no siempre lo corto es lo sintético, sino que proviene de lo esencial; y que, a veces, es el detalle lo esencial (y el detalle escondido: Lineo no reparó en la corola exuberante de las flores ni en el follaje de los árboles para llegar a su magnífica clasificación botánica.)

En Proust, la visión de la vida es, a un mismo tiempo, la de un hombre de ciencia, de un psicólogo, de un filósofo y de un artista que colaboran siempre; de manera que, al traducir cuatro versiones diferentes de un mismo tema, es natural que la escritura se prolongue, *sin que esto signifique prolijidad de estilo*, aunque sí de pensamiento. De aquí me parece provenir la confusión: se le achaca al estilo de Proust lo que se le debería achacar a su pensamiento (si es que se le pueda reprochar al pensamiento el ser profundo y vasto). Me imagino que ningún autor ha tenido más conciencia para pasar su frase por el tamiz hasta que ni un solo término sobre. Es el clasicista por excelencia. Nunca se le encuentra una redundancia; nunca un cliché, una frase de cajón, una sola palabra escapada al azar de la pluma o que venga a servir de relleno o balanceo musical a la frase. Jamás se contenta con un «à peu près». No se abandona, es siempre dueño de sí mismo y, en consecuencia, de su lector a quien domina completamente: es imposible leerlo con interpretaciones personales porque carece de toda vaguedad u obscuridad que las permitan. La consideración de esto me llevaría a afirmar una segunda *aparente* paradoja: Proust se distingue por la claridad del estilo. Es verdad que hay claridades que nos deslumbran porque nuestra vista es débil y preferimos, antes que acostumbrarnos a ellas con el fin de ver bien lo que iluminan, cerrar los ojos diciendo que no se ve nada o que todo es turbio.

Proust es difícil, sí; pero esto es otra cuestión. La ley del menor esfuerzo no rige para leerlo. No podemos, con él, soñar por cuenta propia: va, lámpara en mano, señalándonos *su* camino y diciéndonos cómo hay que mirarlo. Ahora, a nosotros nos toca tener los pulmones fuertes y el pie firme del buen excursionista, porque el viaje ha de ser largo, entre paisajes accidentadísimos y deberemos salvar los pequeños obstáculos de sus frases y escalar las montañas de sus «côtés» antes de alcanzar el maravilloso panorama de su pensamiento total.

La excepcional memoria de Proust ha sido su hilo de Ariadna, sin el cual no habría podido ejecutar los continuos movimientos de acercamiento y alejamiento necesarios para encarar y dominar las distintas perspectivas de su construc-

ción gigantesca; sólo porque nosotros no poseemos igual memoria y al leerlo nos perdemos con frecuencia en el dédalo, primero de sus frases, segundo de sus «côtés», creemos a primera vista en la obscuridad de sus períodos y en la falta de unidad de la obra. Mas la composición de ella está en proporción y perfectamente adaptada al vasto tema que trata. Sería ridículo exigirle que se angostara a las antiguas medidas de las obras unilaterales que en nada se le pueden comparar porque ésta es completamente original y, por consiguiente necesitó crear su forma adecuada (o, más bien dicho, su forma iba implícitamente contenida en el fondo, como debe suceder siempre que los autores tengan la sinceridad y la audacia de hacer las cosas como deben y no al revés).

A la recherche du temps perdu este título, genial «trouvaille», no es fantasista como parece en el primer momento; no ha sido inventado para «epatar» al burgués. Se le ha impuesto al autor mismo que (hay que hacerlo notar) tiene la modestia de considerar al artista como a un *traductor*; no como a una especie de improvisador. Este irremplazable título viene, una vez más, a probarnos el espíritu de síntesis de su autor: es la coronación magnífica de esta obra única.—MAGDALENA PETIT.

La Doctrina de Monroe

INTERROGADO sobre incidencias tan ruidosas como recientes, alguien formuló hace poco una definición inesperada:

—La Doctrina de Monroe es un enigma.

Y acaso traducen esas palabras una realidad.

Lo que maravilla cuando estudiamos el origen del célebre postulado, o cuando lo seguimos en sus evoluciones múltiples, es la impericia perseverante de que dieron prueba ante él los gobiernos de la América Latina. Ni comprendieron el significado, ni calcularon las consecuencias, ni vigilaron la aplicación. El árbol se alimentó con la savia de los que debían ser sus víctimas, y nadie indagó en beneficio de quién se desarrollaba, qué frutos debía dar, o hasta dónde alcanzaría su sombra.

Ciegos, sordos, mudos, los dirigentes dejaron que obrara la naturaleza, que en política suele tener abundancias de selva virgen. Sólo cuando las raíces levantaron los cimientos del propio suelo natal, parecieron empezar a darse cuenta de que algo ocurría. Pero ya era tarde. De aquí que nos encontremos ahora ante

un conflicto que no depende de sutilezas protocolares o de argumentos leguleyos. Los Estados Unidos se han cuadrado ante el mundo y han dicho: no nos interesa lo que ustedes piensen, dentro o fuera de América; la doctrina existe porque la necesitamos; y su interpretación sólo depende de nosotros.

Por eso se puede decir que los expedientes a que recurren ciertos diplomáticos son inocuos.

Poco importa que la república X declare que no se ha enterado aún del mensaje que Mr. James Monroe suscribió hace un siglo, o que la república Z pida, sobre el alcance de dicha declaración, anacrónicos esclarecimientos a la Sociedad de las Naciones, que no existía en 1823 y de la cual no han formado nunca parte los Estados Unidos. Se necesita tener candor para suponer que estos juegos infantiles pueden ejercer alguna influencia sobre la marcha de los acontecimientos.

No se destruye el protectorado (la palabra fué empleada oficialmente por el Presidente Wilson en su discurso pronunciado el 9 de Enero de 1919, sin que ninguna de las repúblicas latino americanas levantase una protesta) dando un grito inútil y cobijándose de nuevo bajo el cálido regazo del supremo dispensador de empréstitos, o de Presidencias, que hace ley en el Continente. Eso servirá para contemporizar con la opinión pública; pero si se trata de rectificar realmente las direcciones de una política, si realmente se quiere salvar el porvenir, hay que reconocer que el procedimiento equivale a hostilizar a un elefante con un alfiler.

Nos hallamos en el nudo del drama, frente al enigma de que hablamos al comenzar. De nada valen las tímidas protestas que se traducen en declaraciones unilaterales, o en abstenciones aparatosas, a las cuales se quiere dar solemne significado. Al punto a que han llegado los acontecimientos, la Doctrina de Monroe no es ya una cuestión de diplomacia, sino de densidad. Empleamos la palabra en el sentido de masa y volumen. Nuestras Cancillerías, que no tienen visión de conjunto ni plan global, no hacen más que bordar arabescos verbales alrededor de una ley física que se hallan en la imposibilidad de torcer. Los Estados Unidos no las consultaron antes, ni las consultan ahora sobre si aceptan o no aceptan la tutoría. Sin cuidarse de lo que pensemos, la ejercen rotundamente. Y así será mientras duren los errores. En el estado actual de la América Latina, ninguna república se halla capacitada para impedirlo.

Pero la impotencia de los gobiernos actuales, la inutilidad de sus actividades tardías, tiene que ser el punto de arranque de la nueva política. Nada sería más torpe y más engañoso que

entregarse al pesimismo y decretar que no queda nada que hacer. Miramos el tablero de ajedrez y comprendemos que podemos ganar aún la partida, a condición de jugar bien. Hay que afrontar el peligro con una conciencia solidaria. Sólo puede tener acción suficiente para detener o equilibrar la influencia que pesa sobre nosotros, un concierto de todas las repúblicas latino americanas realizado alrededor de un contra postulado defensivo. Es la obra de hombres nuevos en una América regenerada.

Tan bien hecho estaba el nudo que ataba la lanza al carro de Gordio, el viejo rey de Frigia, que nadie lograba descubrir los cabos. El oráculo había prometido el imperio a quien lo deshiciera. Pero era tan hábil el enredo, tenía tantas vueltas y revueltas, que no asomaba nunca principio ni fin. La Doctrina de Monroe, más que un enigma, es un nudo gordiano. En vano ensayan los políticos de nuestra América su ciencia y su paciencia. Siempre naufragan en insalvables dificultades. Pero esto no implica que el nudo no se pueda desatar. Yo no digo que imitemos el gesto de Alejandro. La diplomacia por renovadora que sea, tiene formas más suaves de expresión. Pero no cabe duda de que habrá que encararse con el obstáculo empleando sistemas adecuados a la magnitud del problema. No para conquistar, esta vez, el imperio, sino para detener su marcha.—M A N U E L U G A R T E.

■ Exclusivo para *Atenea* en Chile

Sentido plástico de nuestra cultura

ENTODOS los aspectos de la cultura y del progreso de nuestra época se advierte una pasión irreprimida por la forma y el color. Así es como el hombre contemporáneo busca la satisfacción de sus necesidades, cada vez más complejas, en la producción de una industria con apariencia artística. Ahí están el arte exclusivo y hechizado del letrero luminoso, el claroscuro centelleante del cinematógrafo, la mística suntuosidad de las vidrieras comerciales, los caprichos estilizados de las indumentarias, las severas y flamantes creaciones de la ebanistería y el vasto prodigio del arte aplicado en general.

Margen habría para hacer un nutrido ensayo sobre la trascendencia social y psicológica de esta franca hiperestesia del sentido plástico. No otra cosa que la expresión de una *libido*

videnti constituye, por ejemplo, la enorme afición de la gente al espectáculo de bataclán, al cinematógrafo; el creciente culto por el deporte y la tendencia a aligerar el vestido o a ceñirlo al cuerpo, de manera que se luzca en plenitud la realidad y pureza de las formas. El deporte turístico, desarrollado intensamente gracias a la invención de portentosas máquinas, es lo que mejor informa, en nuestra época, el predominio del sentido visual sobre los demás sentidos. Trasladarse rápidamente de un punto a otro; ver, en el menor tiempo que sea dado, la mayor cantidad de imágenes sensibles, he ahí el ideal de la civilización nerviosa y panorámica que es la nuestra.

Si hubiéramos de buscar el antecedente histórico de esta tendencia al «visualismo», tendríamos que referirnos tal vez a la escuela filosófica de Comte. Surgido como una reacción a las truculencias metafísicas de los escolásticos, el positivismo descartó de la filosofía toda proposición que no estuviese basada en la experiencia, reduciéndola, en efecto, al escenario concreto de la realidad sensible.

Sabemos que una de las principales consecuencias del positivismo es el intenso desarrollo a que se ven impulsadas las ciencias particulares, desarrollo que trae consigo el auge de la industria y en general, de todo lo que se ha denominado bajo el término progreso. Más tarde, Stuart Mill, discípulo de Comte, historia este progreso y lo define como una conquista de orden más o menos material, ajena en todo caso a los valores subjetivos.

Corresponde a esta etapa de la cultura la evolución sufrida por el concepto de moral. Sin entrar en la casuística ni en detalles más o menos pasajeros, nos vamos a referir en general a la ética de Mr. G. E. Moore. La ética, según este pensador inglés, no es una ciencia que deba girar exclusivamente en torno al alma humana, sino que hay que ponerla también en las cosas, las cuales pueden ser buenas o malas, independientemente de nuestros juicios, del mismo modo que una cosa puede ser falsa o verdadera, con prescindencia de nuestra opinión personal.

Coincide con esta concepción objetivista de la moral, la actual noción de libertad, que ha evolucionado desde una acepción subjetiva y metafísica a un significado positivo, acorde con las necesidades de la vida social.

Hay que reconocer que hoy día el grupo humano, llámese gremio, sindicato, asociación o Estado, está adquiriendo una gran preponderancia sobre el individuo, el cual, considerado aisladamente, desaparece a fin de dar vida autónoma a la cor-

poración. León Duguit, por su parte, ha proclamado la tesis del Derecho objetivo. Esta ciencia no se basa en un principio innato, de oriundez metafísica, como se sostenía desde los romanos, sino que es el producto liso y llano de la función social del individuo, del hecho de actuar en sociedad. Finalmente, el progreso de la Biología ha disipado la antigua magia del Espíritu. Ya el genio no tiene exquisiteces ni hieratismos que no hayan sido esclarecidos o interpretados a la luz de la Patología y de la Psicoanálisis.

Es de igual modo significativa para la interpretación plástica de nuestra cultura la actual resurrección de la fenomenología, escuela filosófica de raíz positivista, que es el tercero en discordia de la vieja disputa entre materialistas y espiritualistas. Es la fenomenología, según acertada definición de uno de sus apóstoles, una intelección de las formas de la objetividad. Esta manera de concebir el mundo, por las cosas en cuanto materia activa, ha influido todo orden de conocimientos, incluso el arte y la literatura. Las formas concretas tienen su representación metafísica en los arquetipos de las artes plásticas. De tal modo que una época en la cual predominan las formas concretas deberá estar regida estéticamente por los elementos de la plasticidad.

Tanto en poesía como en música, artes inmateriales por excelencia y de naturaleza auditiva, se ha entronizado una verdadera plasticidad, caracterizada, en la primera, por el alquitaramiento de la imagen—sucesión de rápidos cuadros de una emoción luminosa—y cuya total belleza resulta del arranque de la fantasía, que como un dios mitológico va engarzando los distantes productos imaginíferos; y en la música, por su tendencia no sólo a lo descriptivo, sino al refinamiento sensual (vale decir visual), al mundo de las sonoridades coruscantes y bizarras.

La novela no se nutre ya en los espacios siderales de un psicologismo que culmina y talvez muere en Proust, sino en el ancho y exótico panorama de los viajes. Cosa no bien precisa de anécdotas; pero sí de dibujo y colorido. Con respecto a la pintura y demás artes plásticas, podemos decir que el motivo, en función de la primera, constituye uno de los tópicos más interesantes de la Historia del Arte. Pasados los primeros desvarios de un lógico movimiento de renovación, la plástica se va precisando en un terreno que tiene mucho de clásico. (Pero esta materia daría para un par de ensayos más. Bástenos decir por ahora que, en general, las artes plásticas, como familia artística favorita de la época, buscan su venero en lin-

des propias, tienden a fundar un arte exclusivamente formalista y, por decirlo así, corpóreo.)

Todo esto revela en forma indiscutible la hegemonía de las cosas o por lo menos su yuxtaposición con los valores humanísticos, lo cual expresado en un lenguaje algo patético, significa la muerte del Romanticismo.

La forma, la forma concreta y tangible es la prueba máxima de toda existencia. Ella es el broche que cierra el círculo de lo creado; la revelación primaria y la última del conocimiento. Ahora bien, a una época de civilización, no de cultura, donde la creación espiritual es desmedrada, corresponde una producción material intensa. Sin embargo, no hay en estas épocas decadentes una efectiva ausencia anímica, sino solamente como una saturación y hastío del espíritu que le induce a comprobar lo ideado en épocas anteriores.

Un pensador eminentísimo ha sostenido, de acuerdo con lo que acabamos de exponer, que nuestra época corresponde al último eslabón del ciclo orgánico de una gran cultura. Esto quiere decir que somos testigos de un período de decadencia, de mera civilización, la cual vive, como una gran artista envejecida, pugnando por detener sobre su rostro la acción corrosiva del tiempo.

Repítese pues, el eterno fenómeno de la reacción del hombre frente a lo desconocido, que en los pueblos primitivos se manifiesta con carácter religioso y que no es sino una forma de conocimiento tendiente a conjurar el misterio de los fenómenos naturales y, en último grado, el miedo a la muerte. Pero el hombre contemporáneo como ya no puede crear lo que le daría una sensación de vida más intensa, esto es, las grandes obras de trascendencia espiritual, crea desesperadamente y con profusión, las cosas externas, dándoles con frecuencia magnitudes ciclópeas (1).

Ver. Desde niño la pasión del hombre es ver, y su primer alimento espiritual lo ingiere por la vista. Luego el niño crece y se encuentra ante dos perspectivas ignoradas. Lo distante que queda fuera del alcance de sus ojos y lo cercano que se oculta. Ofrecélese, entonces, como medios correlativos, el viaje y la mujer. La mujer, como hechizo de forma natural y de cosa prohibida y el viaje, como realización de la forma de lo desconocido.

(1) Relacionando estos conceptos nos encontramos frente a un postulado de cuya originalidad no estoy cierto: el instinto creador del hombre está íntimamente ligado al sentimiento religioso.

¡Acaso esta pasión de ver, doblemente simbolizada en la historia bíblica de la mujer de Loth, nos esté llevando nuevamente al término de las Ciudades Malditas! Y he ahí que cual una fruta reluciente y de sabor eternamente desconocido, el sexo, el Dios-Sexo, es adorado a plena luz como el signo magnífico de la imponderable necesidad de ver.—J O S É M A N U E L S Á N C H E Z.

París y el centenario del romanticismo

C IEN años de romanticismo! Es bastante. París conmemora la historia de lo que ha sido su vida y su savia durante tan largo tiempo. Su bruma, sus flechas y sus aguas hablan hoy de ese «mal del siglo» que se representaba con un lago de fondo, un árbol inclinado y un joven meditabundo.

¿Qué es preciso entender por la palabra romanticismo? Un arte en que la imaginación y la sensibilidad predominan sobre toda otra facultad del espíritu, es la definición más acertada. En un sentido más vasto: vida adaptable «au roman». El romanticismo pasó como una avalancha invadiéndolo todo: música, literatura, política, poesía. Una revolución tan grande sólo la verán los siglos en el movimiento obrero que ha cambiado y cambiará las raíces mismas del hombre. Hoy existe en determinados medios y países una ideología marxista que invade el total de los campos espirituales y materiales. Ahí no se juzga a los artistas sino desde el punto de vista de clase: Proust, Gide, Paul Valéry son sólo los representantes de una burguesía ociosa y corrompida.

Esta cruz negra sobre el romanticismo y sus derivados, tomándolo en un sentido de exaltación del más allá, nos parece difícil concebirla. Hoy más que nunca el hombre busca la belleza abstracta, la combinación de imágenes y líneas que lleven a la irrealidad. El mundo ha dejado de ser una representación gráfica y se pretende fijar lo desconocido, la emoción de lo inexistente, la armonía de la desarmonía. Esfuerzos estériles de una sociedad en decadencia traducen los de mañana que miran al hombre que sufre, que lucha y que trabaja.

¿Esta tragedia del individualismo dará paso a un arte anónimo, como el gótico-religioso? Eso lo dirán y lo verán los si-

glos. Hoy sólo nos cabe constatar que el derecho a la pasión que lo excusa todo, cantado por los románticos, es hoy en ciertos países como la Rusia soviética no un atenuante sino causa agravante en caso criminal.

Un número sobresaliente del programa ha sido la exposición organizada por la Biblioteca Nacional en la elegante sala Mazarino. Documentada y catalogada con gran claridad ella es en conjunto una manifestación de la especial inteligencia que tienen los franceses para todo lo que signifique presentación. En pequeñas vitrinas separadas están ahí los que podríamos llamar escalones consecutivos del gran movimiento. Comenzamos por las que contienen las primeras influencias extranjeras: Osiann. Poesías gaélicas de Macpherson, traducidas por Le Tourneur. Ejemplar de Napoleón I, que gustaba, como todos sus contemporáneos, de este hábil arreglo de cantos populares escoceses. *Les Souffrances du jeune Werther*, traducida al francés en 1776, y que es tal vez de todas las obras derivadas de la *Nouvelle Heloise* la que ha dado al amor un color más romántico. *Les nuits de Young*, traducidas del inglés por Le Tourneur; libro de éxito clamoroso. Se sabe que es de Inglaterra de donde partió en el siglo XVIII la gran corriente de sensibilidad que invadió primero a Alemania y después a Francia, aportando ese gusto de lo fantástico y macabro, característico de un cierto aspecto del romanticismo. *Otelo* de Shakespeare, traducido por J. F. Ducis. El amor apasionado, los celos violentos, el desenvolvimiento patético de una pasión salvaje, el color exótico, el desprecio de las reglas de Aristóteles, todo contribuyó al éxito de esta pieza que tuvo en Francia una suerte igual a *Hamlet*, *Macbeth* y el *Rey Lear*. Voltaire lo trató de loco, y Rivarol y La Harpe pensaban más o menos como él, pero el actor Garrick, muy a la moda, consiguió popularizarlo, representando en 1751 fragmentos de *Hamlet* en los salones y haciendo llorar a los espectadores por la suerte de los *Amantes de Verona*, del *Rey Lear*, errante en medio de los bosques y por el destrozado corazón de Ofelia. *L'Enfer*, traducido por Rivarol, espiritual demoledor al cual la Revolución alejó de Francia, hecho que lo indujo a buscar los orígenes del poder político y los fundamentos del orden social. Y así este implacable burlón concibió la traducción de la terrible sátira al poder que es *El Infierno*. Rivarol, que murió en Berlín en 1801, fué uno de los pocos franceses que conoció en esa época *La Divina Comedia*. El está muy lejos de la ironía de Voltaire y de la ignorancia respetuosa de Chateaubriand. Su entusiasmo, lleno de reflexión, preparó mucho tiempo antes la reha-

bilitación romántica del gran poeta italiano. *Clarisa Harlowe*, de Richardson, que conquistó todas las almas sensibles. Así, cuando Diderot en el delirio de su entusiasmo escribió el *Elogio de Richardson* no hizo sino decir con elocuencia cuanto pensaban los franceses.

Jamás se ha hecho en ninguna lengua una novela igual a *Clarisa Harlowe*, ni nada que se le aproxime—decía Jean Jacques Rousseau.

Más tarde aparece Byron cuya poesía inflamada, profundamente personal, creó las epopeyas líricas del peregrinaje de *Childe Harold*, de *Giaour*, de *La novia de Abydos*, del *Corsario* y de *Lara*.

Según los historiadores literarios la protesta contra la imitación clásica comenzó en Francia en el siglo XVII, por la *Querrela entre antiguos y modernos*. Ya Fontenelle, Perrault y La Motte le habían dado rudos golpes a la tragedia clásica, pero el verdadero demoleedor de las reglas sobre las cuales reposaba es Diderot, el que se alza contra los preceptos de Aristóteles y de Horacio. Las tragedias son a sus ojos artificiales y falsas, contrarias a la naturaleza y a la verdad. La acción inverosímil, el lenguaje ampuloso y declamatorio, los trajes ridículos, la decoración nula. El poeta deberá tomar sus temas en la vida doméstica y creará la tragedia burguesa, en la que la prosa sustituirá al verso. Pero Diderot confundía muy a menudo la naturaleza con un realismo pueril y su sensibilidad siempre en efusión le lanzaba a un género llorado y ridículo. Y fracasó en sus obras *Padre de Familia* e *Hijo Natural*. Fueron precisas otras influencias, más fuertes y profundas, para la reacción contra el clasicismo, que no estaba sino en gérmenes a mediados del siglo XVIII.

Estas influencias fueron, como se sabe, Chateaubriand y Madame Staël que representan el segundo período del romanticismo francés.

Napoleón, que buscaba a los poetas como accesorios a su gloria sólo consiguió alejarlos y contribuir así a la gran renovación literaria que se preparaba. Fué allá en su destierro a Alemania donde Mme. Staël entrevió la literatura del porvenir. Su entusiasmo por este país contribuyó a atraer las miradas al otro lado del Rhin y a trasplantar a Francia algo del ensueño y lirismo alemán. Estos libros fueron secuestrados durante largo tiempo por la policía imperial, y la poesía clásica pasó, de hecho, a representar el pensamiento oficial.

Pero en 1820 aparecen las *Meditaciones* de Lamartine y no

hubo ya diques que oponer al mar. Dos años después de las *Meditaciones* son las *Odas* de Víctor Hugo, y junto a este nombre se agrupan Alfredo de Vigny, Emile Deschamps, Delfina Gay (la futura Madame de Girardin) y muchos otros que representan los héroes de la gran batalla romántica. Al ardor de los principios literarios se unen los políticos, pero, por extraña ideología, los románticos eran realistas y los clásicos liberales. Los que predicaban la libertad en el arte eran absolutistas en política. El enardecimiento de la pelea llevó a los académicos a cambiar la palabra romántico por la de alienado. Es en este momento cuando Víctor Hugo lanza su célebre manifiesto que es el Prefacio de *Cronwell* (1827). En él hay, a grandes trazos, una historia de la poesía que dice así:

La poesía tiene tres edades: cada una corresponde a una época de la sociedad: la oda, la epopeya, el drama. Los tiempos primitivos son líricos, los antiguos épicos, los modernos dramáticos. El drama es la poesía completa y su carácter es lo real. Lo real resulta de la combinación natural de dos tipos, lo sublime y lo grotesco, que se cruzan en el drama como se cruzan en la vida y en la creación. Porque la poesía verdadera, la poesía completa, está en la armonía de los contrastes... Todo lo que está en la naturaleza está en el arte.

Esta expresión de la vida integral, de la vuelta a lo verdadero, fueron las fórmulas de la escuela nueva, cuyo cenáculo eran los salones de Charles Nodier, bibliotecario del Arsenal.

Y es aún a Víctor Hugo a quien corresponde ganar la batalla definitiva con su dramático *Hernani*.

Sería difícil—escribe Gautier cuarenta y cuatro años más tarde—describir el efecto que producían en el auditorio esos versos tan singulares, tan fuertes y varoniles, de una forma tan extraña, de un aire tan corneliano y shakesperiano a la vez. Dos sistemas, dos partidos, dos ejércitos, y aun, no es exageración decirlo, dos civilizaciones, estaban ahí presentes odiándose cordialmente como se odia en el campo literario. ¡Qué ruido!, ¡qué gritos!, ¡qué silbidos!, ¡qué huracán de bravos!, ¡qué torrentes de aplausos! Los jefes de partido se injuriaban como los héroes de Homero... Para esta generación *Hernani* ha sido lo que fué el *Cid* para los contemporáneos de Corneille. Todo joven valiente, poético y enamorado sintió el soplo... Y el encanto dura todavía para los cautivos.

Y después ya fué el reinado pleno, incontestable, indiscutido. La apoteosis del yo, en sus dudas, sus sufrimientos, sus alegrías y sus exaltaciones. La realización del ser íntimo como síntesis del universo, hasta el momento en que apareció el naturalismo burlándose de estos señores que anteponían a todo su caso personal. Y hoy que la vida sentimental es fácil, frívola y amable, y que ya nadie llora por su amor ni por su da-

ma, el público de París se inclina ante esta fila de cadáveres románticos como ante *spécimens* curiosos de museo, cortados todos los hilos, aún de la más lejana conexión.—MARTAVERGARA.

Orientaciones del arquitecto

EN 1928, en el Castillo de La Sarraz, Suiza, celebróse un Congreso Internacional de Arquitectos, en el que fueron echadas las bases de una agrupación internacional y se estableció un programa de acción común. La asamblea publicó un manifiesto que exponía el papel del arquitecto en la sociedad y los diversos problemas que le conciernen. Veinticuatro arquitectos firmaron la siguiente declaración:

Los arquitectos suscritos, representantes de grupos nacionales de arquitectos modernos, afirman su unidad de criterio sobre las concepciones fundamentales de la Arquitectura y sobre sus deberes profesionales hacia la sociedad. Insisten particularmente en el hecho de que «construir» es una actividad elemental del hombre, actividad que está íntimamente ligada a la evolución y al desarrollo de la vida humana. La tarea de los arquitectos consiste en ponerse de acuerdo con la orientación de su época y sus obras deben expresar el espíritu de su tiempo. Rehusan, por consiguiente, emplear en su método de trabajo los principios que han podido animar a las sociedades pasadas, y afirman, por lo contrario, la necesidad de una concepción nueva de la Arquitectura, que satisfaga las exigencias espirituales, intelectuales y materiales de la vida presente. Conscientes de las transformaciones profundas aportadas a la estructura social por el maquinismo, reconocen que la transformación del orden y de la vida social entraña fatalmente la correspondiente transformación del fenómeno arquitectural.

Extraña que los arquitectos, cuyo papel es construir, pretendan explicarnos por medio del lenguaje las razones que determinan su obra, y más aún nos ha de extrañar, si sus declaraciones, como las trascritas, salen de la zona artística y abarcan campos que hasta ahora han permanecido indiferentes para ellos. Porque, aunque no es la primera vez que esto sucede, ya que muchos arquitectos han expuesto en diversa forma las razones de su obra o el concepto que tenían de su profesión y del ejercicio de ella, es la primera vez, en cambio, que el arquitecto abandona su actitud meramente artística, meramente creadora, y se traslada al campo de las realidades

sociales. Quizá si el precursor de estos modernos arquitectos sea Viollet le Duc, que en 1863, desde su cátedra de la Escuela de Bellas Artes de París, se pronunció de manera oficial sobre la intervención—desacertada siempre—del Estado en la enseñanza de las Bellas Artes, actitud que costó al maestro su cátedra y la amargura de verse rechazado por sus propios alumnos.

Sea como sea, lo cierto es que nos encontramos ante una actitud nueva de los arquitectos y que esta actitud traerá más de una sorpresa y muchos beneficios. ¿Qué trascendencia tiene esta actitud? En primer lugar, si construir es una actividad elemental del hombre y si el que construye, o sea el arquitecto, rechaza las normas pasadas y afirma su libertad de criterio y de acción, desligándose al mismo tiempo de los lazos que antiguamente lo unían con los poderes públicos y con la riqueza, se realiza un asombroso fenómeno de independencia que, como todos los fenómenos de independencia, traerá a la colectividad un ejemplo digno de imitarse, ya que tan raros son. En segundo lugar, esta actitud va a aumentar matemáticamente el bienestar de los hombres, ya que el arquitecto, constructor de su vivienda, desligado de intereses personales, no se preocupará sino de hacerla en la mejor forma posible, contemplando, antes que nada, los deseos del que la habitará. Hasta hace poco tiempo y en todo el mundo, el arquitecto, como otros artistas, fué sólo un servidor humilde de la riqueza, un ejecutor, sin criterio, de órdenes ajenas. Su labor se reducía a construir lo que se le mandara, sin que pudiera exponer razón u opinión alguna que no fuera de índole estética pura. La enseñanza de la Arquitectura, por otra parte, se ha realizado siempre en abstracto, en líneas, podríamos decir, excluyendo el sentido social que la Arquitectura, como otras artes o como otras ciencias, debe poseer para ser completa. Esa anterior falta de criterio personal sobre las necesidades y deseos de la sociedad y esa enseñanza que excluía la parte social de la Arquitectura, trajeron como consecuencia el fabuloso amontonamiento humano de las ciudades europeas y del mundo, en que las construcciones fueron realizadas sin tener en cuenta otra cosa que los intereses personales del que hacía edificar, olvidando los intereses generales de la población, los intereses morales, higiénicos, de bienestar, a que todos tienen derecho.

Es decir que el arquitecto desea, no diremos recuperar, sino cobrar el papel técnico que como a creador le corresponde. ¿Quién debe dictaminar sobre las formas y condiciones en que se construirá una casa, una villa, un barrio o una ciudad?

El que la construye, el arquitecto, así como es el higienista quien debe establecer los reglamentos y las obras de salubridad y el médico las de hospitalización y atención médica. Se realizaría o se realiza de este modo el desplazamiento del Estado en aquellas actividades técnicas que no son de su incumbencia y que siempre, aun en los países adelantados, se prestan a manejos y a perturbaciones provocadas por los intereses particulares. He ahí el valor de esa actitud. El Estado debe tomar una forma simplemente administrativa, amenguar su monstruoso crecimiento que pretende absorber todas las manifestaciones espirituales y materiales de la vida del hombre y ceder el puesto a los creadores, sabios o artistas, en aquello que les corresponde como a tales.

El arquitecto, planteado así su papel tiene ante sí una gran obra que realizar. Ya en Francia y otros países europeos le han sido confiadas las construcciones de grandes grupos de casas para burgueses y para obreros, construcciones que verificará sin tomar en cuenta otra cosa que no sea el interés, de las personas que en esas casas van a vivir: aire, luz, agua, comodidad, amplitud. Los nuevos materiales de construcción, especialmente el cemento, como dice André Lurçat, al revolucionar el arte de construir, permiten perfeccionar el plan de las casas, edificar casas aireadas e iluminadas profusamente, sanas y confortables. Todos los nuevos aportes de la industria permiten una mejor manera de vivir, encaminándonos hacia una nueva moral.

De la posibilidad de crear formas nuevas, resulta la aparición de una nueva concepción plástica.

Y no solamente plástica, sino también social, que es la parte más interesante de este movimiento de los arquitectos jóvenes de Europa.

Las nuevas formas de vida, el crecimiento del maquinismo, el enorme desarrollo de las ciudades, en que se concentran las fábricas y las industrias, hacen necesaria la aparición de nuevas formas arquitectónicas y estas formas deben corresponder a las necesidades y a los deseos de las masas que mueven esas ciudades, esas industrias, esas fábricas. El valor hombre debe ser contemplado como el principal valor de las sociedades y dársele las comodidades a que tiene derecho.

Los arquitectos jóvenes llegan incluso a preconizar la desaparición de la propiedad privada y el advenimiento de la propiedad colectiva. Y es que lanzados por la pendiente de la

independencia y acercándose a un sentido humano amplísimo, su camino ya no se detendrá sino hasta llegar a límites insospechados y sorprendentes.—MANUEL ROJAS.

Glosa del individualismo español

MIENTRAS avanzaba el enemigo devastando ciudades, la energía indomable de Clemenceau era la voz de aliento para la Francia invadida. Todos los espíritus se hallaban fatigados y perdidas todas las esperanzas cuando la suerte de la guerra se puso en manos del estadista genial. Al ser convertido éste en director, en Patriarca de los pueblos aliados, llegó al Parlamento para decir con su natural y terrible crudeza: *A mi edad no he venido al Gobierno para perder el tiempo; he venido para hacer la guerra.* Y este fué su estribillo durante largo tiempo. En su voz se cernía un eco de La Marsellesa. Los *poilus* lo apodaron *El Tigre* al verlo en los campos de batalla, entre los generales, en medio de la muerte, tranquilo, sólido, firme. Hacía la guerra, hacía la victoria y, más tarde, hizo la paz en la asamblea de las naciones vencedoras.

Pasados los trágicos momentos de peligro, quiso la República investir de la Suprema Magistratura al *Padre la Victoria*; pero fracasó su candidatura presidencial y volvió al retiro de su estudio, a continuar sus obras, sin que sus energías desmayaran un solo instante, sin sentir siquiera el desfallecimiento de la ancianidad.

Ninguna otra circunstancia de la política francesa, en los últimos años, contiene una enseñanza más trascendental que esta. La disciplina colectiva, la existencia de sólidos principios determinan la supervivencia de la vida nacional, de las actividades políticas, tras el desaparecimiento de su figura máxima. En tal ambiente, cada cual es el hombre de una hora, de una necesidad, de un deber, sin requerir universalidad de conocimientos ni multiplicidad de actuaciones. Así se alcanza una cultura cívica suficiente para hacer comprender al estadista cuándo ha pasado su hora e impulsarlo a continuar sus trabajos particulares, sin pretender enseñorearse del poder, mientras presta conformidad a las masas y las enseña a no

persistir en idealismos perjudiciales que no acarrearán más que desorientaciones.

En España, por desgracia, no sucede lo mismo; a ello se deben, en gran parte, los reveses de fortuna y las inquietudes del momento actual. No sin razón dicen filósofos y publicistas que la crisis de este país no es de sistemas sino de hombres. Para comprender la trascendencia de esta desgracia, es necesario medir la influencia perniciosa y preponderante del *Caciquismo*.

Derivado de una torpe educación o de matices psicológicos, el individualismo existe en España. Allí se crean eminencias por simpatías personales y las cosas se hacen *a lo amigo*. Cuando falta un hombre de temperamento y de las condiciones que son necesarias para reunir la amistad de la mayoría, la vida política se sale de madre, todo se desborda, se trastorna, mientras cada cual preconiza aisladamente sus particulares puntos de vista.

El maravilloso libro de Luis Araquistain *El ocaso de un régimen*, aparecido recientemente (1), nos dice que el español no ve los círculos concéntricos que forman la vida del hombre: familia, sociedad nacional, sociedad universal, humanidad; si no que se encierra dentro del círculo más pequeño y reduce su vida al medio familiar. De este modo se acrecienta el utilitarismo—por cuanto cada uno señala una meta a sus aspiraciones en el bienestar que ha de proporcionar a los suyos—; el favoritismo—en virtud de las reducciones que sufre la visión de cada individuo—; la incompetencia, la venalidad y la deslealtad—como corolarios lógicos del favoritismo, así como el menosprecio por el trabajo y el espíritu de empresa—; y el fatal predominio del espíritu privado sobre el espíritu público.

De esta suerte, desaparecidas de la escena política las figuras que en otro tiempo fueron predominantes, el pueblo no sabe qué hacer, ni a dónde dirigirse, mientras los pequeños y aislados núcleos sobrevivientes pierden cohesión en la inútil disputa personalista.

A este individualismo, de suyo funesto, se suman los males de una característica que le es propia. La que Jean Cassou (2) denomina el *adanismo*. El que logra surgir y destacarse es una especie de Adán, en medio del Paraíso desierto. Ha de crearlo todo, formar ambiente, organizar, edificar artificiosa-

(1) Luis Araquistain, *El ocaso de un régimen*. Edit. España. Madrid, 1930.

(2) Jean Cassou, *Littérature espagnole*. Edit. Kra. París, 1929.

mente una realidad; lo cual le obliga a la universalidad de conocimientos, esto es, a nociones generales acerca de todo, que le permitan servir hoy en una cartera y mañana en otra, afrontar todo género de dificultades y buscar soluciones a los problemas más heterogéneos.

El político que ha logrado relieve, que escala el poder y consigue formar ese ambiente, crear esa vida artificial y despertar esas aspiraciones, cree que ha fundado a España; no se aviene fácilmente con renunciar y retirarse a la vida privada; se siente acreedor de sus conciudadanos y no sabe conformarse. En la crisis ve una manifestación de ingratitude. Se rebela contra ella; y como debió su predominio a atracciones personales, a simpatía, ha llegado, con mayor facilidad que otros, al máximo del envanecimiento. Por otra parte, sus electores no saben renunciar a este género de debilidades sentimentales, no abdicar su apasionamiento, sino que urgen a su favorito, lo inducen a la rebeldía, le hacen creer que es merecedor al eterno poder, puesto que le asiste la sabiduría infalible, hasta que logran decidirlo y luchan por imponerlo. Por eso las crisis no se reducen a cambios de gobierno, más o menos difíciles de realizar, sino que se traducen en inquietudes, en disturbios populares, en angustias; porque las crisis equivalen a renuncia del Gobierno y... pronunciamiento.

Como vive encerrado en el círculo doméstico, usa de éste como fin y no como medio, sin concebir ideas universales. Y es feliz el español con su presuntuosa ignorancia, con su desdén por el trabajo y el espíritu de empresa. Ha situado el máximo de la perversidad en la ambición; y ambiciosos llama a todos aquellos que conciben algo con la esperanza de trascender y trasponer las fronteras. Ha olvidado que hay algo, una partícula, de humanidad en su persona. Y se dedica a buscarse la vida, *a hacer carrera*, procurándose bienestar e influencias por medio de gestiones familiares. No se muestra arbitrario Araquistain al decirnos que *raro es el español que no lleva dentro un mendigo, un pedigüeño crónico*.

Y, sin embargo, fué en otras épocas individuo de conceptos universales. No tuvieron, entonces, límite sus aspiraciones. En su imperio no se ponía el sol. Descubridor, colonizador, catequizador, se consideraba ciudadano del mundo. Aspiraba a destacarse, a predominar y a redimir. Su último gesto de universalidad está condensado en las guerras de la Independencia. Pero en ellas también se engendra en cierto modo el funesto individualismo de hoy día. La fabulosa importancia que en ellas alcanzó el guerrillero demuestra el descubrimiento que hacían

los españoles de su propio valor, abandonados a su inspiración personal, desechada la tutela de un Estado podrido. El pueblo logró acertar fundándose en su propia virtud. Los *piojosos* vencieron a las brillantes tropas del Imperio. Pero este rescate de la voluntad personal fué gastándose y concluyó por degenerar. Aquellas guerras hicieron posible el bandolerismo que ensangrentó la tierra española durante el reinado de Fernando y de su hija. Y en esta forma ulterior, la energía resucitada perdió utilidad social. Al decir de Manuel Azaña (1):

Ramón Cabrera nació tarde: hubiera afilado su garra contra los franceses, y hoy tendría estatuas, sin dejar de ser el mismo hombre. Muchos nacieron tardíamente, cada vez más anacrónicos, fuera de la ley del Estado, que ya no podía alistarles para fines gloriosos.

Luego viene el romanticismo a exaltar esta condición del individualismo. El pueblo, según él, ha vivido una epopeya; se le observa, se le admira, se le imita. En su presencia se cree estar en la presencia de la verdadera, de la única España. Gautier se viste de majo en Granada; la Condesa de Tebas luce marsellés con alamares; el Duque de Alba, el Marqués de Alcañices y otros nobles se visten de corto en Toledo, pasean por sus calles, visitan la Catedral. El Duque de Montpensier, casado con la hermana de la Reina, gasta 25 mil reales en vestirse a la usanza sevillana. El tipo burgués, ascendente en la vida social, no tiene prestigio, suscita la vena cómica. Y el extranjero, deseoso de españolismo recio, no acierta a descubrirlo más que en el pueblo.

Así los tipos populares se destacan y como no tienen enjundia propia, como nada hay en ellos que resista el detenido análisis de quien no quiera conformarse sólo con lo pintoresco, pierden su posición. Todo ese pasado glorioso, esas energías indomables, ese anhelo de grandezas, de poderío y de rumbo, se refugia en el redondel de la plaza de toros, donde el torero, único héroe popular sobreviviente, da testimonio de la gallardía española.

España, que no vaciló en aceptar las responsabilidades de potencia dominante, que no se sintió arredrada ante los peligros de la conquista, de la colonización y de la catequización; España que no se detuvo ante la cruz que espera a todos los redentores y que dió vida al Quijote, ante la trágica visión de la gran guerra se llenó de pavor. Huyó del conflicto porque sus ideas habían perdido universalidad. Se escudó tras de la

(1) Manuel Azaña, *Juan Valera en Italia*. Edit. Páez. Madrid, 1929.

pena que tendrían las madres españolas si la nación hubiera enviado hombres a las trincheras. Buscó justificación en razones domésticas. Vió los inconvenientes que iban a sufrir las familias; las inquietudes y los sinsabores que amargarían a las amistades. Y si mantiene la guerra en Marruecos, no es para conservar el espíritu católico y colonizador de los antepasados, sino —como lo expresan claramente muchos autores— para servir a los amigos con succulentos contratos de aprovisionamiento.

Así, sin ideas universales, sin orientaciones definidas, viviendo en la intimidad mezquina del hogar, dependiendo de prejuicios e intereses creados, la vida política española, en circunstancias difíciles, como las de hoy día, no es más que desorientación y perplejidad. Faltan hombres. Y no existe conciencia colectiva.—F. ORTÚZAR VIAL.

Crónica de espectáculos

FUNESTAS CONSECUENCIAS DEL CINE SONORO.—«LA MAGIA ROJA», «LA FAVORITA DEL ZAREVICH» Y «LA MARAVILLOSA MENTIRA DE NINA PETROWNA», TRES CINTAS MEDIOCRES.—«MANOLESCU» Y LA CENSURA.

LA PRECONIZACION del nuevo medio de expresión que significa el cine mudo no equivale solamente a la defensa de principios estéticos y a la aspiración de elevar el nivel de la cultura. El arte es conductor de ideas universales, ejerce una importante función social, y entre todas sus manifestaciones ninguna representa mejor que el cinematógrafo el medio de lograr directamente este objetivo. Hasta hace poco tiempo, paralela al progreso de la técnica, existía la divulgación de ideas profundas que destacaban el aspecto serio, el matiz psicológico, el sentido de la vida. *Varietés*, *Y el mundo marcha*, *Amanecer*, *¿Dónde está el padre de mi hijo?* y tantas otras producciones de relevantes méritos, no constituyeron simple manifestación de belleza, sino que utilizaron sus elementos artísticos para llamar la atención de las muchedumbres hacia problemas trascendentales y pensamientos de cierta calidad filosófica, que denotaban una loable preocupación intelectual. Y he ahí la razón de la funesta influencia ejercida por el cine sonoro. Sin detenernos a considerar el escaso valor estético que logran sus producciones, podemos apreciar el desplazamiento que realiza del ánimo de los espectadores hacia la musicalidad. Y como la industria ha de aten-

der las preferencias de la mayoría, tal desplazamiento no puede realizarse sino utilizando elementos frívolos; canciones y estribillos sin trascendencia alguna, que no son capaces de contener una personalidad digna de estudio.

Así han desaparecido de la pantalla las sugerencias interesantes, que hacían sobrevivir la manifestación artística en el pensamiento del público. Se concurre al cine para pasar el rato, escuchando números musicales, ligeros, insustanciales. Y es posible establecer una exacta proporción relacionando así los términos: el cine sonoro es al cine mudo lo que la revista al drama y la comedia.

* * *

Esta frivolidad del público en general perjudica a todos, directa o indirectamente. Los productores siguen atentamente las evoluciones que sufre el ánimo del espectador y tienen que desvirtuar el espíritu de las obras para no ofrecer contraste y lograr que no aparezcan sesudas y pesadas junto a las exhibiciones frívolas del cine sonoro. Esto hace que desmerezca la calidad de los últimos films que hemos contemplado. En *La maravillosa mentira de Nina Petrowna*, *La Magia Roja* y *La favorita del Zarevich* hemos podido anotar que las empresas se contentan con la presentación de ambientes de lujo, en los cuales actúa un buen actor, con prescindencia casi absoluta de las segundas partes, generalmente mediocres, y gran concurrencia de coros, o sea multitudes, a los cuales se les asigna desmesurada importancia para lograr el matiz de lo pintoresco. En tales films, el argumento casi no existe o lo que es peor, se reduce a una historieta estúpida, que sólo puede aficionar a individuos de mentalidad rudimentaria y que no tiende a transformarse, a llegar a ser algo en cuanto a calidades intelectuales. En ellos los detalles descriptivos son, a veces, admirables, pero esto es sólo consecuencia del progreso alcanzado por la técnica fotográfica; mientras los detalles sugerentes, dirigidos a la intuición, y relacionados con un argumento o una tesis, han desaparecido casi por completo. Obligan al público a conformarse con la mímica teatral de un Conrad Veidt, con la atrayente figura de Brígida Helm o Ivan Petrovich, los escenarios pintorescos y los ambientes elegantes, lo que representa, a más de la tendencia hacia la frivolidad, una predilección por el *snobismo* amanerado, por las aptitudes de imitación.

El estudio de matices psicológicos y la presentación de escenas sugestivas relacionadas con un argumento serio, de ideas

profundas, proporcionó los medios de alcanzar el arte máximo de un Carlos Chaplín. Mas si la producción de estos films de sociedad continúa y se generaliza, no podrá pasarse más allá de la muy chic mediocridad de un Reginald Denny.

* * *

A nuestro juicio la acción de mayor importancia que puede y debe desarrollar el Consejo de Censura Cinematográfica es la de encauzar esa función social del arte a que hemos hecho referencia anteriormente. Recortar películas, suprimiendo escenas de un realismo exagerado, que puede llegar a conducir hasta la pornografía, no es más que evitar las excitaciones sensuales puramente transitorias que ellas pueden producir en el espectador. Mas lo importante es procurar que el cinematógrafo, en su condición de arte, de conductor de ideas, ejerza su acción divulgando principios morales, pensamientos nobles, sentimientos generosos. Es siempre más inmoral la propaganda de una idea despreciable que la presentación de desnudos o actitudes más o menos atrevidas.

La exaltación de personajes tenebrosos actúa sobre las masas con funestas consecuencias, que es posible medir en los centros populares. Si la figura de un ladrón, de una prostituta, de un negociante que adopta procedimientos tortuosos, se presenta en la pantalla realzada por una aureola de simpatía, talento y fortaleza, se ofrece un ejemplo funesto a las clases humildes; los que viven asediados por la miseria y las enfermedades y asisten a un espectáculo que reproduce la historia de una vida fácil, lograda con ingenio y sin escrúpulos, tienen lógicamente que sufrir una sugestión perniciosa que, a la larga, puede traducirse en prácticas prohibidas. Así no nos explicamos cómo ni por qué nuestro Consejo de Censura que ha mutilado tantas cintas cinematográficas porque en ellas se presentaban actitudes más o menos provocativas, ha permitido la exhibición de *Manolescu*, la obra filmada por Brígida Helm y Mosjukin, en donde, con la complicidad de un estúpido argumento, se hace apología del ladrón elegante y de la entereza de los criminales que prefieren sufrirlo todo antes que delatar a sus cómplices.—A L F A.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Biblioteca Central de la Universidad de Concepción

FORMACIÓN

1.º El Consejo Universitario en su sesión de 21 de Junio de 1926 acordó proponer al Directorio la creación de una Biblioteca Pública Universitaria que podría instalarse en las Oficinas administrativas. El Directorio, en su sesión de 23 del mismo mes, pasó en informe a la Comisión de Finanzas la indicación del Consejo y en sesión de 6 de Agosto del mismo año aprobó el Presupuesto de Gastos de Instalación de la citada Biblioteca.

2.º En 1927 se le asignó un Presupuesto de \$ 5.000. En 1928 de \$ 35.000; en 1929 de \$ 200.000; y para 1930 un Presupuesto de \$ 60 mil, que es inferior al del año pasado en razón de que el Secretario General don Luis David Cruz Ocampo, a cuyo cargo está la organización de este servicio, permanecerá durante el presente año en el extranjero comisionado por la Universidad para que estudie el mecanismo más moderno de las Bibliotecas y haga direc-

tamente en las librerías y casas editoras pedidos de obras que se pagarán con cargo al presupuesto del año venidero; de manera que sólo en apariencia ha disminuido la partida asignada a esta importantísima repartición.

3.º La biblioteca cuenta actualmente con un total de 8,200 volúmenes ingresados, contándose entre ellos algunos obsequios. La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de Buenos Aires, por ejemplo, envía continuamente numerosas obras de interés.

4.º Cuenta además con la recepción periódica de 350 publicaciones nacionales y extranjeras (Revistas, Diarios, Periódicos, Boletines, etc.). De estas publicaciones, 110 pertenecen al canje establecido con la revista *Atenea*.

5.º Hay pedidos hechos al extranjero por más o menos 9.000 volúmenes.

ORGANIZACIÓN

El plan elaborado con este objeto es más o menos el siguiente:

1.º Se llevará un «Libro de Estadística» en el que, por orden de llega-

da, se anotará toda obra que ingrese a la Biblioteca. Cada obra llevará el mayor número de datos relativos a ella. (Autor, valor de adquisición, procedencia, colección a que pertenece, número de volúmenes de que consta, depósito que debe dejarse al retirarla.)

2.º Este mismo libro, para la comodidad del lector, será pasado a un «Catálogo por Autor» (sistema Kardex) en el que, cada autor tendrá su tarjeta especial que llevará anotadas todas sus obras.

3.º Habrá un «Índice Diccionario» (sistema Kardex) por materia, que se confeccionará no sólo agrupando cada materia en forma global. Será un trabajo hecho en forma lo suficientemente minuciosa para que si con relación a una rama determinada de la Ciencia, como es el Derecho Internacional Público, por ejemplo, se solicitan datos sobre el «Arbitraje», el interesado pueda hallarlos en una tarjeta que, destinada sólo a la palabra «Arbitraje», indicará al solicitante todos los libros o revistas que pueda encontrar algo referente a ese punto.

4.º Habrá secciones de: a) «Lectura a Domicilio».

b) «Consultas por Correspondencia», para cuya rápida contestación bastará consultar el «Índice Diccionario», y

c) «Propaganda y Extensión Cultural» cuya labor será hacer llegar hasta el lector, en forma periódica, listas de las obras que tenga o vaya recibiendo la Biblioteca en las diferentes materias a fin de que las personas que reciban estas listas conoz-

can las novedades que puedan interesarles. Así por ejemplo, los señores médicos recibirán listas de obras de Medicina; los aficionados a las Letras, de obras de Literatura, etc., etc.

Toda esta atención al público se pondrá en práctica una vez que el plan de organización se haya realizado. Hasta hoy la Biblioteca sirve exclusivamente a profesores y alumnos universitarios.

LABOR DESARROLLADA

Debido principalmente a la falta de local adecuado, no ha sido posible desarrollar sino las siguientes actividades:

1.º Recepción de obras adquiridas e ingreso de las mismas a un catálogo provisional.

2.º Ingreso periódico de revistas y demás publicaciones.

3.º Confección de listas de los pedidos hechos al extranjero.

4.º Un estricto índice alfabético de la totalidad de las obras (existentes y encargadas), índice necesario para la elección de obras que hará en el extranjero el Sr. Secretario General, durante cuya ausencia se ha suspendido toda compra.

5.º Recientemente ha podido iniciarse la confección del Índice Diccionario.

6.º En el curso del año quedará confeccionado el Libro de Estadística y el Catálogo por Autor, cuya confección no ha podido iniciarse por deber especial atención a la recepción de las obras que, respondiendo a los pedidos, llegan del extranjero.

FUTURO EDIFICIO

En el edificio que actualmente se construye anexo al Teatro Concepción para las oficinas administrativas de la Universidad, la Biblioteca dispondrá de amplios y cómodos departamentos que han sido arreglados

de una manera especial en relación con el objeto a que serán dedicados. Se destinará a Sala de Lectura de la Biblioteca el gran Salón de Baile del Teatro ubicado en los altos del edificio y que reúne magníficas condiciones de luz y espaciosidad.

LOS LIBROS

NOVELA

EL DELATOR, por *Liam O'Flaherty*.

Las Islas Aran, dice el escritor irlandés Synge, parecen ser el lugar más primitivo de Europa. Primitivo no por la constitución física de las islas, sino por la vida que sus habitantes arrastran. Su miseria y su pobreza causarían pavor aún al más miserable y pobre de los súbditos ingleses, y sabido es que Inglaterra no puede quejarse de escasez de gente miserable. Estas islas están situadas en la costa occidental de Irlanda y forman, a la entrada de la Bahía de Galway, una especie de rompeolas que defiende a la bahía de los asaltos del Atlántico. Son tres islas: Inishmore o Isla Grande, Inishmaan o Isla del Medio, e Inisheer o Isla Oriental. Pertenecen al Condado de Galway. Se encuentran allí restos arquitectónicos muy antiguos, entre ellos una torre ciclópea construída en una roca que se eleva a doscientos pies sobre el mar. Durante mucho tiempo las Islas Aran fueron un lugar notable por la extrema religiosidad de sus habitantes. Sus orato-

rios y ermitas, habitados por santos y ascetas, entre ellos algunos extraordinarios, daban a las islas un carácter monástico singular, que llamaba la atención de los europeos. El cristianismo fué introducido allí en el siglo V por algunos discípulos de Roma.

En estas islas nació, en 1896, el novelista Liam O'Flaherty, autor de *El delator*, recientemente traducida al castellano. La vida de este escritor, como la de Jack London, como la de O'Neil, como la de Gorki, fué muy accidentada en su juventud, rica en intensidad exterior e interior; pero, al revés de London y de Gorki y semejante en cambio al autor de *El Emperador Jones*, O'Flaherty no ha narrado su vida en sus obras. Sus correrías por el mundo no le sirvieron sino para intensificar su visión de los hombres, para comparar, para comprobar. Su vida personal permanece inédita en él. Sus obras no tienen el carácter de narración de aventuras. Parece que todo lo que vió a su paso no le pareció tan interesante como lo que había visto en su isla natal y en Irlanda. Su primera obra, escrita al regresar a Inglaterra, en 1920, tiene como escenario las Islas Aran.

En su juventud, tal vez entre 1914 y 1918, O'Flaherty tomó parte en las luchas de los irlandeses contra Inglaterra. En 1918 aparece en Londres como empleado en una cervecería, empleo que atendió durante una semana, embarcándose luego para Brasil. Desde Río de Janeiro su vida sigue la más inverosímil de las trayectorias: Montreal, Nueva York, Esmirna, China, Port Arthur. Sus oficios son los de minero, mozo, marinero, los más variados y los más peregrinos. En 1920 regresó a Inglaterra. Allí empezó a escribir.

Su genio es tumultuoso, lleno de fuerza, disparejo quizá y quizá falto de pulimiento, ya que su cultura es una cultura humana antes que puramente literaria, pero que atrae y encanta con su riqueza de matices, de evocación, de realidad. El examen de su personaje central en *El delator*, Gypo Nolan, evidencia en él una penetración psicológica que hace a veces recordar a Dostoievski en *Crimen y castigo* y en los tremendos laberintos de *Los endemoniados*. Sus descripciones de hombres son soberbias, exactas y minuciosas como una disección, y sobrias, enjutas, magníficas de relieve.

El delator, su mejor obra, es una novela de Dublin que pinta la actuación de ciertos revolucionarios civiles, quienes, terminada la lucha contra Inglaterra, son absorbidos por la organización obrera comunista y continúan desarrollando en ella su misma práctica anterior. Se ha llamado a O'Flaherty el novelista de la miseria. Quizás esto sea un poco estrecho. Su obra no se ha limitado a describir la miseria de sus islas

natales o la de Irlanda y si bien es cierto que sus mejores novelas están llenas de una multitud de gente miserable, hambrienta, de hombres ebrios, como en *The Mountain Tavern*, en cambio, sus trabajos sobre animales y pájaros, *The Wounded Cormorant*, *The Wild Goat's Kid*, demuestran que su labor no se reduce a la vida dura de los revolucionarios irlandeses o a la miserable de los isleños de las Islas Aran. Como Jack London, es un maestro de la descripción del mundo animal.

Figura hoy, al lado de Joyce, entre los mejores escritores de su patria, desemejante al mago de *Ulysses* en su técnica, en sus preferencias y en sus realizaciones, pero no menos grande que él en talento.—*Manuel Rojas*.

LE PLAN DE L'AIGUILLE, LES CONFESSIONS DE DAN YACK, por *Blaise Cendrars*.

Le Plan de L'Aiguille y *Les Confessions de Dan Yack* son dos libros que se completan en un ángulo particularísimo: la historia de la vida peligrosa. Pertenece Cendrars a un grupo de escritores de idioma francés que perforan horizontes y reaniman sus nervios gastados con búsquedas febriles de tipos raros. Menos colorista y más seco que Monrand, parecido en ciertos procedimientos al Philippe Soupault de *Le nègre*, Cendrars ha creado un Dan Yack que es el detritus de todas las sublimidades. Forma un ser desusado, anormal y quinta esenciado del europeísmo rabioso de la post guerra. Hombre que se busca a sí mis-

mo sin hallarse y que contiene, en germen, el corazón de un descubridor y colonizador de hoteles y cabarets, a la vez que un alcohólico soberanamente abúlico en ciertos ratos. En otros es un optimista y un hombre generoso, que derrocha los miles y cambia las sensaciones como las camisas o los pijamas. Inglés opulento, vivía en San Petersburgo, llevando la librea del civilizado y jugando en todas las ruletas, vértigo de azar que sacude sus nervios decrepitos. Su popularidad se difundía como un mito en torno suyo sin que nada hiciese por alimentarla. Su historia empieza en el preciso instante (sólo Girard o Cendrars buscan esos felices momentos) en que muere un tío rico de Liverpool y lo declara heredero de su riqueza y de sus navíos. Coincide ese episodio con el abandono que le hace una amiga que prefiere casar con un príncipe ruso.

Mientras dormita Dan Yack en la mesa de un cabaret, lo despierta en torno una conversación de tres rusos que lo nombran, acusándolo de egoísta. Se preocupan de no tener dinero y de no poder viajar. Son un escultor campesino, un músico de origen francés y un poeta judío. El inglés Dan Yack los provoca con su fortuna, su fama y sus dispendios. Dan Yack reacciona y les habla. Díceles que pueden ir en su compañía a las islas australes, donde hay rosarios de ballenas y cachalotes. Todo correrá por cuenta suya. Los tres bohemios aceptan y he aquí a Dan Yack en camino de la vecindad del Polo Sur.

Invierno en el Polo Sur con una sola noche negra como la pez y un frío que engranuja la piel. Cuatro

hombres y un perro hacen su vida, o, para ser más exactos, su propia muerte. O agonía. Da lo mismo en esa latitud. Ahí comienza una serie de aventuras interiores en que Cendrars abunda en recursos absurdos, en gracias violentas, en toda suerte de temas lunáticos. Dan Yack se preocupa de saber la hora, porque ha perdido el reloj. Teme también que se rompa su monóculo, y a la vez, vigila su castidad, especie de cronómetro de cuerda larguísima en tan sugestivo personaje británico. El poeta se enferma gravemente de escorbuto; el escultor esculpe en el hielo el monóculo del inglés; y el músico, zarandeado por un mal, intenta—rabioso—hacer una sinfonía.

Así pasan los días y tornan a ver el sol. Los compañeros de Dan Yack han sido vencidos por el tiempo perrruno. Este se pasea de smoking cuando lo encuentra el navío liberador.

Todo sucede con una desproporción que corresponde a un temperamento modernísimo, dinámico y que teme aburrir.

Después sigue la vida de Dan Yack entre los patagones, concertando tratos para la competencia con rivales en la pesca de ballenas. Constituida una nueva sociedad parte a Puerto Decepción y se convierte en un «pioneer» de la industria ballenera, haciéndose cargo completo del negocio y de sus ramificaciones. Es curiosa la llegada de un socio, que se ha casado. La aparición de una mujer provoca una furia matrimonial, y sesenta pescadores desertan para buscar hembras en otra parte.

La amiga de Dan Yack no le es-

cribe y éste mata su abulia cazando focas para extraer aceite. Dan Yack piensa que pueden utilizarlo las creaturas que nacerán de las muchas bodas promovidas por la aparición de la recién casada. Así siguen sucediendo cosas cinemáticas, amenas y recargadas de absurdo.

Cendrars no cree en lo absurdo y dibuja asuntos con una calma inmensa. El ámbito de sus novelas se puebla de seres raros, de transeuntes alcohólicos, de hombres aburridos, de mujeres anormales, de almas cansadas, de aventureros infatigables, de esforzados cazadores de paisajes. Dan Yack no tiene más ley que dejarse mover por el azar. Su vida está cargada de hastío, pero este se torna dinámico y lleva a su protagonista a realizar extrañas proezas en latitudes divergentes.

Sin embargo, cabe pensar si todo Dan Yack es absurdo. Cendrars sabe dar realidad a muchas escenas y Dan Yack se mueve. Sus músculos cobran tensión de alas y su corazón palpita con fuerza novísima con algo de máquina acerada.

Lo que en otro sería una abstracción monstruosa, una verdadera en-telequia, en manos de Blaise Cendrars cobra un relieve y un interés directo. Los compañeros de Dan Yack tienen una animación rara. A veces semejan figuras del Museo Grevin, se duermen y quedan tiesos como esculturas de cansancio. Después se animan, cobran un soplo furibundo de vida y saltan movidos por los resortes personales que maneja el novelista. El tiempo nuevo, con su difusión y sus contraposiciones, aparece grávido de sentido en Blaise

Cendrars. Sus contradicciones temerarias; su mezcla de cansancio y dinamismo; la aceleración y la neurastenia; el deseo de inmortalidad y la limitación; todo el coro de voces contrarias y de vientos chocantes se revuelven en esta verdadera sinfonía de la época actual. Esos hombres y algunos animales que coloca Cendrars como viñetas exóticas viven habitualmente en un plano obscuro y silencioso que de repente se cambia. Entonces todos salen a primer término, gritan, saltan y viven con premura y relieve propio.

Cendrars es amoral. Sus tipos sienten la voz del instinto y, en esto, proceden casi de un modo mecánico. El detalle geográfico sale poco respetado, por más que Cendrars viaja mucho y conoce la zona austral.

Véase esta pintura de Ancud en las Páginas 174-75 de *Les Confessions de Dan Yack*:

A Chiloé, dans les collines de San-Carlos, les oiseaux me donnaient de merveilleuses rhapsodies. Cela durait deux bonnes heures pour s'arrêter régulièrement juste comme le jour paraissait. Le philetton à cravate, qui est l'oiseau paille-en-queue, le *toui-toui* des indigènes, fait alors jaillir de sa gorge, éparpille, égrène des milliers de reculades rapides, souples, trillées, sonores, le *kaou-kaou-pá*, la grosse palombe roucoule à contre-basse, la pie de mer, l'oiseau moqueur, le perroquet Nestor jubilent et l'oiseau à sonette fait retentir son *tin-tin-tin* pareil à celui d'un triangle.

El ritmo agradable de la prosa de Cendrars pierde toda su eficacia en ciertos instantes en que se mete en torpezas y groserías de índole natu-

ralista. Cendrars no tiene preocupaciones de paisajes ni de costumbres, pero cede—sin embargo—a la tentación de relatarnos alguna intimidad de unos patagones que sólo han poblado sus noches de fiebre.

Ahí detona este hombre tan insensible ante las maravillas de un océano, constelado de islas y de pájaros.

Cuando Cendrars recobra el ritmo de su estilo todo se vuelve agrado. El período se cincela y asume un tono vital. Conciso y directo no se parece a nadie, pero se acerca al universalismo sin tener los defectos de un contacto directo con otras prosas.

Todo el tiempo notamos su trato creciente con el cine, tanto en su técnica como en los recursos sin esperados a que acude para saturar de novedad las situaciones. La literatura de Cendrars se influencia y se daña con el cinema. En otros casos el cinema se intoxica de literatura.

La visión movible y super rápida de estas dos novelas es visiblemente una consecuencia del «cinematismo» o «cinemismo» de que están impregnadas las letras actuales. Casos como *El puente de San Luis Rey* de Thornton Wilder, *Manhattan Transfer* de John dos Passos y *City Block* de Waldo Frank hablan con elocuencia de tal interpolación de recursos «cineastas» en la literatura.

Baste decir que Cendrars es autor de un manual: *L' A B C du cinema* y que su reciente libro fué dedicado a Abel Gance.

Con más vastos recursos y procedimientos, con más humanidad, con

menos efectismo Cendrars llegaría a ser un definido intérprete de nuestro tiempo. Lo dañan su oportunismo, su precipitación, su carencia de moral artística. Dice que «todas las filosofías no valen lo que una buena noche de amor». Su destino movido, su amor a las tabernas, su fe ciega en ese azar, «que lo deja moverse», son quizá las causas de que no realice una obra perfecta. Es de sentirlo por las letras. Sus magníficas dotes artísticas suelen ser vencidas por sus olímpicos defectos, muy siglo XX y muy eternos (1).—Ricardo A. Latham.

(1) Con posterioridad a la redacción de este artículo, visitamos por una temporada la Isla de Chiloé. Como resultado de tal viaje comprobamos que Cendrars estuvo realmente en esta pintoresca región. Las pocas personas entendidas en letras que allí viven se dieron cuenta de que el novelista francés se detuvo, acompañado de su esposa, en la ciudad de Ancud.

Nuestros informantes agregaron una referencia sabrosa, que consignamos a guisa de curiosidad y dejando su responsabilidad a los isleños. Mientras el novelista se detenía más de lo necesario en las deliciosas tabernas de los poblachos y vivía horas de ensueño... alcohólico, su esposa internábase por campos y aldeas en busca del dato ameno, de la referencia con color local.

Una profesora muy culta recordaba a Cendrars y nos refirió varias de sus genialidades. Por otra parte, en Europa y por intermedio de gente que conoce la intimidad del autor de las *Confesiones de Dan Yack*, supimos que tales aficiones son habituales a su carácter.—R. A. L.

LOS QUE TENÍAMOS DOCE AÑOS, por
E. Glaeser.

Otra novela de la guerra.... Se han sucedido casi sin interrupción. Libros rusos, alemanes, franceses; Remarque, Arnoux, Barbusse, Latzko, Renn, Dwinger, Frank, Johannsen, Fedin, Glaeser, Gladkov, autores de *Sin novedad en el frente*, *El cabaret*, *El fuego*, *Hombres en guerra*, *Guerra*, *El sargento Grischa*, *Lejos de las alambradas*, *El hombre es bueno*, *Cuatro de Infantería*, *Las ciudades y los años*, *Los que teníamos doce años*, *El cemento*, forman ya una extensa lista de escritores que se han ocupado de la guerra. Ha sido observada y descrita desde todos los puntos de vista, desde su horror, como *Sin novedad en el frente*, hasta su humorismo, como en *El fuego* y en *El cabaret*. Los escritores franceses no han sido superados hasta ahora por sus colegas europeos y quizás esto se deba a que su formación literaria es anterior a la guerra. Sus libros son más delicados de visión y menos dolorosos, menos sangrientos, contienen más calidad ideológica y mejor construcción literaria. Ningún libro alemán puede compararse a *El fuego*, de Barbusse, libro trágico, humorístico, exaltado de ideas sociales, lleno de detalles que han escapado a los pesados germanos. Los rusos, distintos a los alemanes y a los franceses por los acontecimientos de su patria y por su tradición literaria, han aportado a la literatura universal novelas sociales de la guerra, libros que se desarrollan, más que en las trincheras, en las ciudades, como si en

Rusia la guerra hubiera sido civil y no internacional.

El libro de Glaeser pudiera muy bien colocarse en un término medio entre las obras rusas, alemanas y francesas, pues la novela tiene caracteres distintos en su desarrollo. Como lo indica el título, sus personajes son niños, los que tenían doce años en la fecha de la declaración de la guerra y que recibieron el acontecimiento con la novedad de lo que no se ha visto ni se comprende. En realidad, la novela no es una novela de la guerra sino una novela que se desarrolla durante la guerra. A los sucesos que en la ciudad provoca el conflicto internacional, el autor ha añadido interesantes observaciones de índole sexual y quizá si esto constituye la verdadera médula del libro y su valor más sobresaliente. El autor ha unido la psicología sexual a la guerra, dos temas de gran actualidad hoy día y que pueden asegurar a un autor europeo un éxito completo, por poco que se esfuerce en hacer una novela regular. Los libros de guerra tienen un asombroso éxito en Europa y América; las ediciones se venden en pocos días. Se explica esto no por el valor literario de la mayoría de las obras sino por el deseo que tiene el público, aquel público que no conoció la guerra, de conocerla aunque sea a través de las creaciones literarias. *Sin novedad en el frente*, el libro que más se ha vendido, se parece más a un folletón que a una verdadera novela.

Seguramente, la vena tentará a otros hombres y pronto nuestros mercados y los de Europa se verán repletos de libros de la guerra, hasta

que se llegue a la indigencia total del tema, a un género parecido al policial, a un relajamiento completo de la sensibilidad: al sentimentalismo. *Los que teníamos doce años*, por su estilo, que pretende ser cuidado y que a veces lo logra, por sus observaciones sexuales, que no son tampoco de primera calidad, pero que el autor ha escrito con honradez, quedará y logrará destacarse entre el aluvión de la literatura de la guerra, aunque sin añadir a la literatura o a la novela, veta alguna digna de permanecer. Por lo demás, Glaeser es un hombre joven y, según dicen, ha lanzado su obra no con la intención de hacer un buen negocio sino con el deseo y la aspiración de contribuir al estudio de aquella época y formarse un nombre como escritor serio.—
Manuel Rojas.

BIOGRAFÍA

BYRON ET LE BESOIN DE LA FATALITÉ, por *Charles Du Bos*.

Lord Byron, reunió, por un designio inescrutable, lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Bello hasta la exageración, era sin embargo cojo; poeta de los más hondos que ha tenido Inglaterra, país privilegiado de la poesía, su vida privada está en perfecto desacuerdo con la excelsitud de sus confesiones rimadas, de sus tempestades líricas y de sus inimitables apóstrofes. Macaulay en su ensayo sobre la poesía de Byron señala ya la extraña antinomia de esa

vida. Charles Du Bos, en *Byron et le besoin de la fatalité* (1), pone a contribución los resortes de una completa dialéctica para mostrar por qué caminos llegan la fatalidad y el azar a convertir la vida de Byron en una cosa de tal manera odiosa y sublime alternativamente.

El período de la vida de Byron que interesa más al autor francés es el comprendido entre el 12 de Marzo de 1812 y el 25 de Abril de 1816, es decir, poco más de cuatro años. En este lapso Byron sufre, una tras otra, la invasión de las más fuertes pasiones que ofrece su vida. Es preciso advertir desde luego que Byron no parece haber respondido a ninguna de estas pasiones, salvo a la más seria de ellas: la que tuvo por objeto su media hermana Augusta (hija de un matrimonio anterior del padre de Byron). También se narra aquí, con colorido vivo, la infancia y juventud del poeta en un medio familiar extraordinariamente propicio para alimentar el rencor que Byron guardó toda su vida.

El punto de vista escogido por Charles Du Bos para componer su interesante obra es más que el estrictamente literario, el humano. Como él mismo dice con giro arriesgado, ha hecho una obra más de zoología que de estética. Ha atendido al *animal humano* que era Byron, ha desmenuzado los episodios propiamente animales en que anduvo mezclado y ha aplicado a su interpretación una certera iluminación psicológica. La misma riqueza de la materia es un

(1) *Le conciliabule des trente. Au Sans pareil. 1929. París.*

obstáculo para el conveniente estudio de la persona de Byron. En unos cuantos meses, a veces en semanas, Byron viaja de una ciudad a otra, se siente enamorado de una o de dos mujeres a la vez y alienta los más extraños proyectos, al mismo tiempo que escribe sus primeras obras considerables. Es un vértigo.

Y como vértigo que es, atrae con fuerza incontrarrestable. Las mujeres se sienten morir de amor por él; basta verlo una vez para abandonarlo todo y ofrecerle, a un tiempo, el alma y el cuerpo. Byron, elegantemente escéptico, acepta con mucha parquedad tanto homenaje, y dominado por el cinismo, no quiere en modo alguno entrar en ninguna *liaison* seria. Pero toda regla tiene excepción, y en este caso, Byron cae dos veces.

La primera es su amor incestuoso por Augusta, su media hermana. De esta pasión, que durante muchos años fué negada y luego controvertida agriamente antes de llegar a la plena evidencia documental (1), nació una hija. La segunda es su matrimonio, un matrimonio puramente de razón que en poco tiempo hizo crisis y terminó con una separación que iba a ser eterna. En efecto, Lord Byron partió en un largo viaje por Europa en Abril de 1816 y no volvió vivo a Inglaterra. Miss Milbanke, la mujer de Byron, es una de las últimas víctimas del poeta y ciertamente la más digna de lástima. No sólo no mereció esa suerte—era bonita, dis-

(1) En el libro de Du Bos las pruebas más concluyentes están dadas en las páginas 200-1; a ellas remitimos al lector curioso.

creta, joven y cultísima—sino que frente a ella el genio byroniano alcanzó las cimas de la abominación. No otro calificativo merecen escenas como la siguiente, que se nos cuenta en la página 333 de este libro:

Una noche que había vuelto ebrio de una comida en casa de Kinnaird, llamándose monstruo se arrojó a los pies de su mujer, presa de remordimientos seguramente más conmovedores que lo usual porque Annabella agrega: «Sorprendida por esta vuelta de virtud, mi rostro estaba inundado de lágrimas, y le dije: «Byron: todo está olvidado; nunca, nunca, oirás hablar de esto.» Al oír esto, Byron se rehizo, y cruzando los brazos al mismo tiempo que me miraba, rompió a reír. «¿Qué quieres decir?»—repliqué. «¡Oh—dijo—; no es sino una experiencia filosófica. ¡Nada más! Quería poner a prueba la solidez de tus resoluciones.»

A lo que Charles Du Bos comenta:

No sólo el incidente no podría ser sobrepasado, sino que, en este momento preciso, Byron se ha sobrepasado a sí mismo, sí, como lo pienso, en su vida entera no existe nada tan perfecto en lo abominable.

Byron se destruye a sí mismo, parece ser su mejor, su más encarnizado enemigo, y en verdad es difícil concebir dosis tan grandes de buena voluntad y paciencia como las que debieron necesitar todos los que vivieron en torno suyo.

El libro de Charles Du Bos, escrito con un irreprochable don de objetividad, es uno de los mejores trabajos de conjunto que ha motivado la breve pero tormentosa vida del autor de *Childe Harold*. No abarca prácticamente sino la vida de Byron en Inglaterra y da particular des-

arrollo al amor del poeta y Augusta y luego al matrimonio. Pero ilumina clara y oportunamente una psicología de suyo complicada, presa de los cambiantes de humor más disparatados. Ese es su valor cardinal, y no es poco valor.—*R. Silva Castro.*

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE FEDERICO EL GRANDE, por *Francisco Agramonte y Cortijo.*

En 1782, Prusia envió su primer ministro a la corte de Madrid. Federico II designó para este puesto al Conde de Nostitz, noble de Silesia, en quien recayó tan alto honor más por ser católico que por sus méritos personales. Nostitz gastaba con suma facilidad los emolumentos que le remitiera el rey y se encontraba en constantes apuros de dinero.

La servidumbre que ocupaba constaba del siguiente personal: 1 ayuda de cámara, 1 cocinero, 3 lacayos, 1 portero, 1 cochero, 1 postillón, 1 marmitón, 2 criadas. Hemos de agregar que Nostitz era soltero y que la Legación de Prusia constaba de dos personas: de él y de un secretario.

Federico tenía una opinión muy desfavorable de Nostitz. Por lo tanto, le pedía constantemente que se dedicara con todo entusiasmo a sus labores y que consiguiera de España algunas ventajas comerciales para Prusia, declarándose al mismo tiempo dispuesto a conceder franquicias aduaneras a ciertos productos españoles. Nostitz no consiguió nada. En cambio, trataba de explicar al rey las dificultades con que tropezaba, la necesidad de que le remitiera

más dinero, etc. Federico rechazaba toda petición financiera de Nostitz y le volvía a insistir en la necesidad de conseguir ventajas aduaneras para la importación de los lienzos de Silesia en España.

Finalmente, algún diablo familiar le sugirió la idea de enviar a su rey las nuevas tarifas aduaneras de España, manifestándole que después de grandes dificultades había obtenido las deseadas franquicias para los lienzos prusianos. Pero cuando en Berlín estudiaron aquellas tarifas se pudo comprobar que la verdad distaba mucho de lo que había comunicado Nostitz. En vez de una rebaja para los productos prusianos, se trataba de un alza.

El pobre Nostitz recibió de su rey una carta en que le dice entre otras cosas (1):

Cela denote une tete fort legere de votre part qui n'a ni application ni solidité. Prenez donc garde de ne pas donner une seconde fois dans une faute si grossiere ou Vous m'obligerez de Vous remplacer par quelqu'un de moins frivole. Vous allez recevoir a present que si Vous ne les tenez deja en main des Memoires que j'ai ordonné de Vous envoyer qui Vous mettraient a meme de negotier avec le Ministere de là bas... Sur ce Je prie Dieu qu'Il vous ait en sa sainte et digne garde

Nostitz se excusa alegando que en España no hay estadísticas, que en los centros de hacienda se observa un misterio impenetrable, que le hacían falta cónsules con conocimientos técnicos que le faltaban a él, que había dejado de ver el despacho

(1) Ortografía original.

antes de cifrarlo, etc. El rey le contesta:

Vous avez beau écrire les plus belles choses du monde pour vouloir vous justifier, Vous ne sauriez disconvenir d'avoir commis une très grande étourderie en prenant une hausse pour baisse dans le Tarif émané de la Cour ou etes. Cela sent l'étudiant de l'Université de Jena y non le Ministre Resident a une grande Cour de l'Europe. Mais la chose étant faite, tachez de la reparer par une conduite moins blamable et plus appliquée a l'avenir pour que Je puisse continuer comme Je le fais a prier Dieu qu'Il vous ait en sa sainte et digne garde.

Nostitz le propone en seguida a Federico que le consiga más dinero, indicándole al mismo tiempo que como su trabajo redundará en beneficio de los fabricantes de lino de Silesia, éstos podrían contribuir a los gastos de la legación en la Corte de Madrid. El rey le contesta:

Comme J'ai l'honneur de Vous connoître pour un panier percé du 1er. ordre, Je ne fais aucune attention a vos propositions, qui ne tendent qu'a manger le bien de Mes Negociants & a faire des depenses inutiles. Vous ne reusirez pas et Je ne fournirai pas un sol. Jusqu'ici meme vous ne m'avez regales que de fausseté & des balivernes & vous pouvez compter surement, que, si vous continuez de meme, et Me mettes par une pareille inconduite en mauvaise humeur, Vous ne seres non seulement relevé tout de suite par un negociateur plus habile et entendu que Vous..., mais qu'encore vous sera fermé pour toujours de quelque nature qu'il puisse être.

Federico pide poco tiempo después a su ministro que le envíe un memorandum sobre las cualidades del prin-

cipe heredero de España. Nostitz le manda este informe, del cual creo interesante reproducir algunos párrafos (el informe constituye, a la vez, una colaboración para el disparatorio de esta revista):

Ce Prince ne paroissant pas avoir reçu en partage des qualités d'un genre eminent, qui le distinguent des Princes de Sa Maison, possède au moins toutes celles qui ne sont pas incompatibles avec la mediocrité. L'éducation et les principes qu'on lui a donnés étant venus d'appuy de sa bonté naturelle, qui cependant se cache sous des dehors de rudesse, l'ont rempli des meilleures intentions pour le bienetre des peuples, qu'il doit gouverner un jour, mais cette education l'a également nourri de cet abandon de confiance, qu'on a ordinairement dans ce pays-ci pour les Ministres et dans le degout pour toute occupation serieuse et suivie. Il seroit difficile et peu vraysemblable apres ceci, qu'il s'ecartat jamais soit des principes de politique adoptes par le Roi son pere, soit de sa manniere de gouverner. Aussi n'y a-t-il pas d'exemple qu'il ait été d'une opinion contraire si ce n'a été par quelques impressions momentanées qu'il a recues contre telle personne qui n'avoit pas beaucoup d'amis dans le public: et les efforts que l'Angleterre a faits par ses adherants dans la nation pour disposer ce Prince en sa faveur, n'ont jamais eu de succès. Le Ministere se trouvant maintenant entre les meilleures mains possibles, celles du Comte de Floridablanca on voit jouir ce Ministre de toute la confiance et amitié de ce Prince ce qui prouve ce que j'ai avancé ci-dessus. Peut être le grand ascendant de la Princesse son Epouse sur lui diminuera un peu.

Además, Nostitz escribe al rey que su salud estaba un tanto quebrantada. Federico le contesta:

Le meilleur spécifique que Je puis Vous recommander pour votre petite santé, vos petits nerfs, et votre petite poitrine... est de Vous servir de Mercure doux, remède qui a été regardé comme un spécifique excellent dans toutes les infirmeries de Cythere... Au reste J'admire beaucoup la profondeur et la pénétration que Vous avez du cœur humaine, laquelle Vous venez de manifester dans le portrait du Prince des Asturies que vous venez de M'envoyer, et J'avoue que je le trouve aussi superficiel que le sont tous vos rapports & même votre personne. Toutefois Je prie Dieu qu'Il vous ait en sa sainte et digne garde.

¿Es preciso agregar más detalles para caracterizar a un monarca ejemplar? Su lenguaje especial (hemos conservado la ortografía original), su empeño, en propulsar el bienestar de su país y defender la situación de los productores, su veracidad absoluta, su voluntad de exigir sacrificios a los funcionarios del Estado: todo ello se refleja con fidelidad en los párrafos que hemos copiado del libro de Francisco Agramonte y Cortijo sobre *Los últimos años de Federico el Grande* (1).

En realidad, lo que más admiramos en Federico es la amplitud tan humana de su genio. Manejaba los negocios del estado con un personalismo, sin duda exagerado en todo otro monarca, pero perfectamente justificado en este caso único. Toda su vida fué una sola tarea de trabajo. Trabajó hasta el día anterior a su muerte. Dictaba personalmente las contestaciones a toda la correspondencia del gobierno, se preocupaba de todos los detalles e impartía to-

das las órdenes que emanaban del gobierno. Existe otro monarca que pretendió gobernar a sus pueblos en la misma forma: Felipe II de España. Pero mientras éste se ahogó formalmente en el trabajo y su personalismo paralizó la vida de la nación, la Prusia de Federico el Grande fué convertida en un organismo que funcionaba admirablemente.

Fué este rey el moldeador de un pueblo. Las cualidades especiales de su espíritu se transmitieron a las masas. Su dinamismo personal llegó a ser el impulso y arrebató de su nación. Muy rara vez nación en el mundo tuvo un educador que se pueda comparar a él. Lo que Alemania llegó a ser más tarde en el siglo XIX es en gran parte obra de Federico.

Nuestro tiempo parece reunir las condiciones necesarias para comprender la obra de este genio. La evolución política, los problemas económicos y una infinidad de detalles de nuestra vida social se asemejan a la situación del siglo XVIII. En aquel tiempo se trataba de proteger a la sociedad contra los atropellos de la nobleza y de las ciudades. La solución que se dió a este problema consistió en establecer un gobierno fuerte: una monarquía absoluta. En nuestros días nos vemos ante la necesidad de proteger a la sociedad contra los desmanes del capitalismo y de las masas obreras. Hemos reconocido la necesidad de establecer gobiernos fuertes. En el siglo XVIII los estados trataron de crear un sistema económico nacional, protegiendo a las industrias del país. En nuestros días, los estados han vuelto a propende

(1) Pantheon-Verlag. Berlín.

a la misma política. El sistema económico adoptado por los estadistas del siglo XVIII fué el mercantilismo, y en nuestros días muchos autores definen nuestra política como neomercantilista.

Quizá debido a estas tendencias tan semejantes entre sí, estemos dispuestos a reconsiderar el juicio que la revolución francesa nos transmitió acerca del absolutismo del período barroco. En todo caso podemos afirmar que hemos leído el libro de Agramonte con profundo agrado y verdadera simpatía.

Agramonte logró descubrir en los archivos de las embajadas francesa y española de Berlín, un riquísimo material de documentos desconocidos sobre los últimos años de Federico el Grande. Al ordenarlo y exponerlo trató de pintar a grandes pinceladas los hechos políticos, económicos y sociales necesarios para poder interpretar debidamente los documentos que copia. Pero se ha esmerado en exponer detalles, tal vez insignificantes desde el punto de vista de la historia mundial, pero necesarios para conocer la intimidad de la vida del gran monarca.—*Carlos Keller R.*

CRITICA LITERARIA

LITERATURA CHILENA CON UNA ANTOLOGÍA CONTEMPORÁNEA, por *Samuel A. Lillo.*

Hace tiempo que el mundo escolar y algunos profesores ansiaban la apa-

rición de una antología que reflejara una imagen fiel de nuestro mundo literario. Faltaba la historia ceñida y sintética de la evolución artística chilena. Carecíamos también de los modelos que indicaran el afinamiento indudable de la producción intelectual en prosa y verso. Los casos precedentes ya no servían. Revelaban atraso, faltaban nombres, existían exclusiones incomprensibles.

Por desgracia, nuestros artistas no han tenido la suerte de ver publicados sus trabajos de recopilación literaria. Se ha preferido ostensiblemente—entre nosotros—a los recolectores de espíritu comercial, a los cartagineses de la cultura patria y a profesores ineptos, que obran movidos por un concepto primario de la vida intelectual.

En estas circunstancias y cuando la atmósfera se presenta propicia a un libro que oriente a los profesores y alumnos necesitados de un buen manual indicador de los rumbos literarios de Chile, surge a la vida un volumen de Don Samuel A. Lillo.

En anterior ocasión (véase nuestro libro de ensayos *Escalpeló*, 1926), tuvimos que hacer serios reparos al señor Lillo. Desde entonces hubo tiempo suficiente para corregir muchos juicios, para recoger datos más seguros, para depurar el criterio personal. Bastante se ha hecho en el terreno bibliográfico, y la crítica (pese al señor Lillo) va perdiendo el carácter propicio a las expansiones ateneístas.

No es lo importante acumular nombres al estilo de un guía social o de un índice telefónico. Tampoco es fundamental amontonar acotaciones

bibliográficas. Hoy se prefiere sobre estos inventarios de papel impreso, las síntesis hábiles, los juicios livianos y certeros, las indicaciones precisas y escogidas, en suma, aquello que grabe un hecho o acontecimiento con relieve en la mente del alumno. El señor Lillo es el último sobreviviente de esa escuela, tan desacreditada hoy, de los mediados del siglo XIX, que apuntaba escrupulosamente todos los ornamentos burocráticos, cargos honoríficos y sinecuras académicas de los aficionados a las letras.

La literatura (gracias a Dios) ha cambiado mucho y hoy lo importante es más de carácter expresivo que espectacular. Expliquémonos. Puede un hombre de letras ser secretario de mil academias y ateneos, pero no expresar nada que lo diferencie en una literatura. Puede un escritor constituir una antología de condecoraciones, un agente viajero de juegos florales y un mausoleo de flores naturales y sobrenaturales; pero no ser más que letra muerta dentro de la zona espiritual de su país.

El señor Lillo en el volumen reciente no sólo hace juicios y señala rumbos sino que entra libre y osadamente en el campo de los consejos. Para él la crítica chilena, que a veces ha puesto coto a sus desmanes poéticos, es un cúmulo de abominaciones. Oigamos sus palabras:

Se puede tener un alma sensible y delicada para sentir la belleza y emocionarse con ella, pero eso no le basta al crítico, quien debe aprender a expresar sus sentimientos en una forma adecuada. Esto no se consigue sino después de largos años, esfuerzo inteligente y constante a que

son ajenos los jóvenes críticos actuales, que no sólo suelen expresarse en estilo áspero e inarmónico y con desconocimiento de la gramática, sino que, en la apreciación de las bellezas ajenas, alaban imágenes y figuras que van en contra del buen gusto y, muchas veces en contra de la decencia. (Págs. 572-73.)

Se necesitaría otro volumen, de la extensión del que ha perpetrado el señor Lillo, para corregir todos los errores, omisiones, inclusiones absurdas y juicios huecos, ramplones y cómicos que consigna allí. Respecto a la crítica juvenil sería necesario recordar al señor Lillo que tiene valores muy lúcidos, concretos y ponderados para que merezca ese juicio tan despectivo. En otras ocasiones ha sido más amable con ella y tenemos un antecedente personal que nos autoriza a pensar que no siempre fué mirada así por el valiente autor de *Cantos filiales*.

En cuanto a la gramática, en el libro del señor Lillo, profesor de castellano, hay construcciones deliciosas como la que copiamos:

Junto con René Brickles, Federico Gana y Emilio Rodríguez, *formaron* en los últimos años del siglo pasado un grupo selecto en torno del cual se juntaban los jóvenes de la última bohemia literaria, cuya actuación todavía se recuerda como uno de los períodos más interesantes de nuestra literatura. (P. 316.)

Cuando se habla tan desenfadamente de arte y de gusto literario, preciso sería cuidarse un poco más de la siembra propia, donde es fácil cosechar gazapos de la variedad más sublime.

El manual del señor Lillo no expli

ca ningún hecho histórico, no presenta ninguna evolución intelectual ni da la razón de ciertos sucesos fundamentales en la cultura patria. No sabemos por qué tal o cual poeta es triste, ni por qué el romanticismo chileno fué político, ni por qué la actual literatura se diferencia tanto de los vates ateneístas que tanta miel hacen derramar a Lillo.

Mientras Latorre, Pedro Prado, Carlos Mondaca, Pablo Neruda, Rafael Maluenda, Joaquín Edwards Bello y Manuel Rojas son definidos malamente en líneas anémicas y descoloridas, el señor Lillo se entretiene en recopilar títulos, puestos, cargos académicos y flores de trapo que ha recogido en torneos de dudosa eficiencia y moralidad intelectual, una serie de señores que quizá no se recordarían si no fuese por estas líneas. También faltan ahí nombres como los de Alfonso Bulnes, Rosamel del Valle, Jacobo Nazaré, Fray Apenta, Guillermo Feliú Cruz, Alberto Rojas Jiménez, Raimundo Echeverría Larrazábal, Raúl Silva Castro, Luis Enrique Délano, Miriam Elim, en tanto abundan los de una serie afrentosa de grafómanos, escribientes y vecinos de buena voluntad. Hasta ahora no podemos comprender la razón por la cual se cita (muchas veces con trozos antológicos) a los señores Pedro Olegario Sánchez, Francisco A. Machuca, José Alfonso, Carlos A. Gutiérrez, Eduardo Poirier, Alberto Lara, Santiago Marín Vicuña, Alberto Mackenna, Luis Hurtado, Delie Rouge, Rosamel del Solar, Ana Neves, Pedro J. Malbrán, Carlos Cariola, Ernesto Silva Román, Ruperto Tapia Caballero y

Carlos Vega López. Es posible que todos éstos caballeros sean vecinos distinguidos, honorables y hasta cultísimos; pero nuestra literatura no tiene nada que ver con sus nombres.

Baste un nuevo ejemplo. El señor Lillo señala como prosa modelo un lamentable infundio que lleva la firma de don Carlos Vega López. No recordamos nada parecido a este trozo afeminado, hueco y cursi (p. 535-36), que se presenta a los jóvenes estudiantes de literatura. En otros pasajes, abundan las simplezas de todo estilo. Casi no hay juicio que no se deba rectificar. En cuanto a la calidad de los fragmentos elegidos, sería difícil encontrar un ojo menos certero que el del recopilador. Tocante a la bibliografía, el señor Lillo es muy pobre. Omitte obras de importancia y da valer a otras insignificantes. Veamos algunos ejemplos. De Thomson olvida sus deliciosos libros *Nirvana* y *La sombra del humo en el espejo*. Falta, además, su más reciente publicación, que se hizo hace ya la modesta cantidad de cuatro años. En cambio está muy al día con respecto a muchas insignificancias. Dice que el señor Silva Román es discípulo de Wells. Si el señor Lillo hubiese leído sólo una página de Wells no afirmaría tal cosa.

Lillo se entusiasma con un joven Germán Terpelle y celebra el ambiente oriental que simula éste. Advertimos de paso que nunca ha viajado el tan celebrado evocador de exotismo. En cambio más adelante (Pág. 567) reprocha a Salvador Reyes, prosista elegante y ágil, su imitación de Kipling, Stevenson, Fa-

rrere, Salgari, London y otros imaginistas. Eso está muy bien. Somos de los que hallan tal defecto a Reyes; pero lo que en un escritor con méritos positivos, como éste, se repara, habría que hacerlo con un simple y gris aficionado como Tépelle, celebrado con énfasis épico.

A medida que avanza en el ambiente contemporáneo, mayor es su incompreensión y más equivocados sus juicios. Hace nacer en Talca a Domingo Melfi (pág. 582), quien vió la luz en Italia. A Mariano Latorre le atribuye como publicada una obra que nunca salió de un proyecto. Nos referimos a *Gajos de roble*. (Ver página 442.) Mientras no aparece un concepto en Lillo que exprese algo cercano a una opinión literaria sobre hombres de la importancia intelectual de Prado, Santiván, Maluenda, Thomson o Neruda, se detiene en dos páginas (328 y 329) sobre don Francisco Araya Bennet, cuyos trabajos publicados ninguna importancia tienen dentro de las letras chilenas.

De don Enrique Molina omite sus dos obras recientes: *Dos filósofos contemporáneos* y *Por los valores espirituales*. De Ernesto Guzmán suprime uno de sus más logrados volúmenes: *La fiesta del camino* (1923). De Amanda Labarca no cita su mejor obra: *La lámpara maravillosa* y no anota sus *Impresiones de juventud*. De Joaquín Díaz Garcés no nombra las *Páginas de Angel Pino*.

Repetimos que el aspecto bibliográfico en el libro de Lillo es deficiente y que no sólo hay omisiones apasionadas sino inclusiones grotescas, a la vez que errores de infor-

mación sensibles en un profesor de literatura, que dogmatiza contra los críticos jóvenes, a quienes acusa de ignorancia a cada paso.

Halla que los versos de Pedro Prado son defectuosos y prosaicos. Olvida que *Flores de cardo* representó un avance innovador en la sensibilidad chilena y que hasta el exigente Omer Emeth estimuló el rumbo que significaba en un país que aún creía en la eficacia literaria de los ateneos.

Es candoroso el afán con que el señor Lillo acumula epítetos y adjetivos sobre todos los grafómanos refugiados en algunas instituciones que hoy no representan nada en nuestra cultura sino una supervivencia de tiempos en que la misión del escritor era hueca y espectacular. La profesión, pese a algunos, se ha dignificado y existe un campo más noble que el reparto mutuo de alabanzas en recintos acotados donde nunca ha entrado un destello de sensibilidad.

La aparición del libro del señor Lillo es un síntoma sensible de que la crítica, por severa y exigente que sea, nunca lo es tanto como para poner coto a estas perpetraciones. La voluntad, el buen deseo, la abnegación y las circulares que ha escrito su autor no bastan para componer una historia y realizar una antología que no deshonre a la cultura patria.

El libro del señor Lillo revela una impotencia orgánica para entender los asuntos de la sensibilidad y una deficiencia cultural incorregible. No tiene síntesis crítica, ni ojo ni gusto para opinar y elegir los trozos. Por obra de amistad, de amplitud oceáni-

ca, de buena voluntad cósmica, ha recogido cuanto arrojan torrentosamente los tórculos editoriales de Chile.

Ahí aparece tal número de poetas, escritores en prosa, críticos, historiadores y novelistas como no los hubo ni en la Grecia del tiempo de Pericles, ni en la Roma ciceroniana, ni en la Inglaterra del período isabeliano, ni en la Florencia de Maquiavelo ni en el siglo áureo de Castilla. Cuanto vecino de buena voluntad esgrimió la pluma se mezcla torpemente con los favorecidos del don divino de la sensibilidad. Así vemos que al lado de unos cuarenta nombres distinguidos y de otros tantos apreciables dominan docenas de simples aficionados que por la amistad del señor Lillo se transforman en grandes estilistas, en eruditos soberbios, en artistas insuperados, en líricos inmensos. Gracias a su excesiva tolerancia y a su miopía crónica seguiremos sin una antología y en los colegios se continuará esperando el ansiado libro de consulta. Esa malicia de los críticos execrados por el señor Lillo ha servido, en tanto, para extender las dimensiones de la comprensión estética, del gusto depurado y de la aversión a los ateneos y cenáculos de hombres de voluntad tan buena como grande su ineficacia para oficiar en el «templo del arte». Este último es un término que sacamos de no se qué antología con pretensiones de ecuménica (1).—*Ricardo A. Latcham.*

(1) En el torrente verbal del señor Lillo hay sitio para los más pintorescos disparates. De Augusto Winter dice (p. 115-16), que pasó la mayor parte de su vida en Nueva

HISTORIA

ESTADO ACTUAL DE LA PREHISTORIA ECUATORIANA, por *Max Uhle.*

Uhle no es para nosotros un desconocido. Participó como jefe del servicio arqueológico en diferentes exploraciones efectuadas en nuestro

Imperial, en las orillas del Lago Budi. La verdad es que el citado lago se encuentra a una distancia respetable de dicho pueblo.—De Augusto Millán Iriarte (pág. 566) expresa que fué Cónsul General de Chile en España. Este cargo lo ocupaba, cuando Millán fué Cónsul de Chile en Cádiz, el señor don Anselmo de la Cruz.—Es realmente increíble tanto descuido en los detalles de un libro para la enseñanza secundaria. Nos hace retroceder a los centones como el de Don Jorge Hunneus, que desmenuzó agudamente Eliodoro Astorquiza en la malograda revista *Juventud.*

El sistema de puntuación de Lillo es tan curioso que hace aparecer como obras distintas de Armando Donoso *Vida y viajes de un erudito* y *Don José Toribio Medina*, que sólo forman un título y un subtítulo. Ocurre idéntica cosa con *Recuerdos de medio siglo* y *Don José Victorino Lastarria* del mismo autor.—En la página 54 nos sorprende haciendo aparecer como obra de Julio Molina Núñez un estudio sobre el poeta Isaías Gamboa. Dice Lillo: *Vida y obras del poeta colombiano Isaías Gamboa.* Tan aparatosa indicación bibliográfica sólo corresponde a un modestísimo prólogo de una selección del poeta.

En la página 523 dice que Roberto Meza Fuentes escribió un *Jardín Profano*. Tan solo conocemos su libro *El jardín profanado*. ¡Hay diferencia!

La bibliografía de Daniel de la Ve-

país, especialmente en las provincias del Norte. Desde varios años trabaja en el Ecuador. Ha dedicado a su profesión toda esa persistencia y el cariño a la ciencia que caracterizan a su raza.

ga aparece mutilada. No así la de una colección de grafómanos lamentables. Es curioso que en una historia literaria chilena puedan estamparse los nombres de don Francisco Ovalle Castillo, de don Oscar Barraza León y de don Carlos Vega López. Se confunde aquí la literatura con un índice de las impresiones hechas en Chile durante los 30 años de este siglo.

Cada vez que abrimos el libro del señor Lillo para hojearlo hallamos nuevas enormidades que nos obligan a aumentar la interminable aco-tación de dislates. En la página 44 sorprende la novedad de que don Agustín Edwards Mac Clure ha sido candidato a la Presidencia de la República.

En la pág. 567 hace Director del Museo Nacional a Don Carlos Porter y en la Pág 537 dice que Pablo Neruda ha sido Cónsul de Chile en China. (Ha tenido ese cargo en Rangoon y en Colombo.) A Don Juan Agustín Barriga, que vió la luz en 1857, lo hace nacer en 1853. En la página 414 observa que Don Tomás Gatica es «uno de los primeros novelistas de Hispano América».

No omite nunca el señor Lillo cuanto premio, medalla, mención honrosa y escabel académico han ocupado los diversos versificadores y iróforos (¿qué tal el término ateneísta?) en las más peregrinas justas literarias de América. De un juez serenense dice que se dedicó a las musas «en los momentos libres de su absorbente profesión». (P. 372.)

En fin, volvemos a decir que es imposible compendiar todo lo que vierte el señor Lillo por el caño irrestañable de su entusiasmo. Sería tarea pueril y triste. Baste por ahora con lo citado.—R. A. L.

Esa vida, laboriosa cual pocas, ha encontrado ahora la coronación que merecía. Uhle figurará en los anales de la historia americana como uno de los investigadores revolucionarios que han venido a transtornar las bases de lo que se sabía hasta ahora. ¿O no hemos aprendido todos que en América existían diferentes culturas indígenas? Pues Uhle ha podido comprobar la unidad cultural de esas culturas (1). Oigamos sus propias palabras:

Ahora sabemos—dice—que, como las civilizaciones europeas tomaron todas su origen en una antigua de la isla de Creta, asimismo todas las superiores americanas estaban originadas por muy antiguas mayoides, que en Centroamérica se formaron, como la consecuencia del desarrollo de la civilización de los mayas en el Este de Honduras, Guatemala, Yucatán y Chiapas.

La primera civilización de Cuenca (Ecuador), en todos los rasgos de la técnica, formas y ornamentación, se parece hasta la identidad a la civilización que, descubierta en los años de 80 por el alemán Hermann Strelbel, de Hamburgo, en Cerro Montoso, cerca de Vera Cruz, en el Este mejicano, fué descrita por él en varios libros.

Naturalmente, habría sido imposible el transporte de aquella civilización de la costa oriental de México, región tan lejana, directamente a las costas ecuatorianas.

Pero indicios de elementos propios de la antigua cultura de los Chorrotegus, que vivían en la parte occidental de Nicaragua en la costa pacífica, en la civilización mayoide de Cuenca, nos indican el camino tomado por la civilización maya para acercarse a las costas ecuatorianas.

(1) Publicación del Gobierno del Ecuador, oficina de Información y Propaganda del Estado. Quito, 1929,

Por la estrecha afinidad de la civilización de Cuenca con las primeras conocidas del Perú, protonazca y protochium, fué posible, ahora, probar, hasta la evidencia el origen mayoide centroamericano también de estas peruanas. (Pág. 36-37.)

Este descubrimiento fundamental de Uhle ya le señalaría a él una gloria inmortal entre los americanistas. Pero sus investigaciones han solucionado, además, un problema esencial de la arqueología mexicana. Como es sabido, la mayoría de los americanistas atribuía hasta ahora especial importancia a la cultura tolteca en el desarrollo de las culturas mexicanas. Uhle ha podido comprobar, ahora, al contemplar aquellas culturas bajo el aspecto sudamericano, que tal opinión es errónea.

El sistema genealógico atribuido antes a las civilizaciones mexicanas en general—dice al respecto—no estaba, hasta el último tiempo, de acuerdo con la derivación de las primeras civilizaciones sudamericanas con las mexicanas. Por eso mexicanistas prominentes se habían, también, negado siempre a aceptarla. Mas ahora esta derivación es evidente; sólo el sistema aceptado de las civilizaciones mexicanas no estaba con ella de acuerdo. En este sistema se había dado a la civilización de Cerro Montoso, descubierto por Strebel, como a todas las mayoideas, menor importancia y una posición más nueva. Otro estudio tuvo, por eso, que emprenderse para comprobar aquellas diferencias de conceptos, y esto dió por resultado el trastorno del sistema antes aceptado, el destornamiento de la civilización de los toltecas que antes habían estado en el centro del desarrollo, y la elevación de las mayoideas en su lugar, como primeras centroamericanas, de las que se habían derivado también

todas las mexicanas posteriores a la puramente arcaicas.

De esta manera—continúa Uhle—el descubrimiento de una civilización cuatoriana se ha transformado en piedra angular para la reforma de todo el sistema de las civilizaciones americanas aceptado antes, y es dudoso si tan importante reforma se habría realizado tan temprano, y de otra manera, sin las condiciones de las civilizaciones ecuatorianas, especialmente favorables a investigaciones de este sentido.

Carlos Keller R.

CIENCIAS SOCIALES

EL OCASO DE UN RÉGIMEN, por Luis Araquistain.

Desde la dirección del semanario *España*, Luis Araquistain manifestó su temperamento vigoroso y su radicalismo, frente al problema político, combatiendo todo aquello que comunicaba odiosos aspectos de cosa caduca a la vida social española. Anteriormente, se había pronunciado en favor de la causa de los aliados, durante la gran guerra, dando pruebas de su tendencia hacia lo universal y demostrando, al lado de Unamuno, sus excepcionales dotes de polemista.

Sus numerosos libros evidencian estas y otras cualidades sobresalientes. El último de ellos, intitulado *El ocaso de un régimen* (1), contribuye a precisar el perfil de su personalidad. Por él podemos apreciar el valor de sus actitudes anteriores y justipre-

(1) Edit. España. Madrid, 1930.

ciar su literatura tendenciosa, ya que nos revela el espíritu de estudio, la investigación concienzuda, el análisis desapasionado a que se entrega este escritor, antes de manifestar sus opiniones en materia política, sin dejarse arrastrar por las brillantes apariencias de algunos conceptos que han logrado divulgación en esta época declamatoria. El autor otorga al problema español sus naturales proporciones; no le atribuye trascendencia cósmica, no olvida el rol que cabe a su patria en el concierto de las naciones europeas; se sitúa en el justo medio. Y esto no puede ser más que resultante de esa contemplación del mundo, de esa apreciación de los problemas con criterio de totalidad a que nos hemos referido y que han colocado a Araquistain en más de un trance difícil, en un país donde impera el individualismo y donde todo se resuelve con el criterio simplista de las cuestiones lugareñas.

El libro que comentamos puede ser dividido en tres partes; la primera, en que se estudian los elementos raciales, el medio, los individuos, las circunstancias en que actúan las ideas; la segunda, en donde se aprecian méritos y deficiencias de los sistemas que hasta hoy han sido preconizados como remedios infalibles para dichos males; y la tercera, en que el autor deduce consecuencias de ese análisis, postula y propicia reformas, enérgicos movimientos que, a su entender, contribuirán esencialmente a hacer revivir las grandezas del pasado y a salvar la crisis española en forma definitiva.

Pocas veces será superado Araquistain en la maestría con que in-

terpreta los elementos sociales de su patria y señala las razones de índole psicológica que determinan las desgracias políticas de España. La despiadada claridad con que se refiere a los vicios y defectos, a la insuficiencia y a la estrechez de puntos de vista que asisten a sus connacionales, el tranquilo e impertinente desembozo con que insiste en ello, revelando los males que han logrado generalizarse, hacen recordar a Fígaro, el Fígaro de los artículos costumbristas, intransigente para con los espíritus pequeños y los temperamentos domésticos, grande, misericordioso y humanitario, siempre deseoso de un bien mejor para la colectividad.

Los capítulos consagrados a Costa, al separatismo y las teorías republicanas, preconizados con tanta insistencia en la península, el concienzudo examen de todas las posibilidades de solución que hasta ahora han sido formuladas, demuestran el gran acopio de antecedentes que ha asistido al autor y el desapasionamiento de éste.

En cuanto a la tercera parte, aquella en que se manifiesta abiertamente la tendencia radical socialista de Araquistain, podemos decir que originará muchas diferencias y es susceptible de ser apreciada de muy distinto modo. A muchos asustarán las aficiones soviéticas; otros tantos discutirán sus conveniencias; y todos verán en ellas la influencia de los sistemas adoptados por el México revolucionario, que el autor visitó no hace mucho y acerca del cual escribió un libro en el que manifiesta su admiración por los procedimientos

políticos e internacionales introducidos por la revolución mexicana. Sea como fuere, siempre quedará en pie una afirmación trascendental: España necesita de una revolución; o mejor dicho, España necesita de *la revolución*. Es imprescindible, urgentemente imprescindible que un choque mecánico, recio y profundo, llegue allí a sacudir las conciencias, a trastornarlo todo, a hacer imposible los conceptos y prácticas actuales, a ensanchar el campo de visión de los españoles, para que la *Madre Patria* recobre su categoría de nación, perdiendo su mezquina característica familiar.

La máxima cualidad de este libro, literariamente hablando, reside en la facilidad con que está escrito, la sen-

cillez con que penetra en el ánimo del lector, la amenidad con que se refiere a tan trascendentales problemas, despojándolos de apariencias graves y ceñudas, sin que por ello pierdan relieve ni aparezcan sirviendo un diletantismo insuficiente. En él se revela la solidez del radicalismo que profesa Araquistain, su penetración, la justeza con que valoriza los elementos de la crisis española y el medio sobre el cual actúan. Y confirma, una vez más, las extraordinarias condiciones periodísticas del autor, con las cuales da relieve personalísimo al tema, y su calidad de escritor nato, cuya frase, armónica y graciosa, fluye naturalmente de los puntos de la pluma.—*F. Ortúzar Vial.*

DISPARATORIO

Junto al chisguete, existe el confetti, nombre italiano con que han dado en designar las pelotitas de género, la «chaya» o serpentina picada. . . .—Manuel Eduardo Hübner: *Todavía se juegan carnavales en el Perú*. *La Nación*, Santiago, 18 de Marzo de 1930.

Cercano ya a los ochenta años (recordemos que nació en 1862)... —Amanda Labarca H.: *¿Qué leemos?* *La Información*. Año XV. Santiago, Marzo de 1930.

El traje de los hombres en el Japón es hoy, en su mayoría, igual al de nosotros; las mujeres usan hermosas batas de seda o de algodón, materias vegetales que se dan en el país. (Pág. 21.)

.....
Del salitre se extrae el yodo. (Pág. 50.)—S. Peña y Lillo C.: *Texto au-*

xiliar para la enseñanza de la Historia, Geografía y Educación Cívica. Tomo I. Santiago, 1930. 111

Sea porque vestíamos bien o teníamos aire de caballeros, se nos hizo pasar de preferencia.—Ortega Folch: *Las Adivinas. Las Últimas Noticias*, Santiago, 27 de Marzo de 1930.

El rico que protesta en París no ha querido darse cuenta de que la conciencia civil chilena es un hecho.—Joaquín Edwards Bello: *Los que protestan, Petulancia argentina y apocamiento chileno*. *La Nación*, Santiago, 14 de Abril de 1930.

En España va a erigirse un monumento a doña Concepción Arenal, la insigne pianista desaparecida en 1893.—G.: *Monumento a una mujer*. *El Mercurio*, Santiago, 14 de Abril de 1930.

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan, dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos

y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

1930

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año.....pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras, artes,
historia, filosofía y ciencias
sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE — COSTA RICA

— Centro América

A M A U T A

Revista mensual de Doctrina,
Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la
Torre

LIMA — PERU

Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970

I N D I C E

Organo del grupo "INDICE"

Mensuario de cultura actual,
información, crítica y
bibliografía

Dirección postal:

Clasificador 24-A Santiago

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y BELLAS ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz
Ocampo ◊ Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro ◊ Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)	9.00
A provincias, recargo de	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.